

ABRIL CAMINO

Mark y Alice:
el futuro perfecto



Serie
Hermanos Sullivan
Volumen IV

Abril Camino

Mark y Alice:
el futuro perfecto.

© Abril Camino

1ª edición, febrero 2015

ISBN: B01B26YWJK

Imagen de cubierta: Hernán Piñera
(Flickr user).

Licencia

Creative Commons.

Diseño de cubierta: Abril Camino

*A Patricia Casás,
porque sentarme a tu lado en el
autobús el primer día de colegio
fue la decisión más afortunada de
mi vida.*

«Cambiaría el más bello atardecer del mundo por un solo vistazo al skyline de Nueva York».
Ayn Rand, *El manantial*.

«Una persona pertenece a Nueva York de forma instantánea. Pertenece a Nueva York lo mismo en cinco minutos que en cinco años».
Tom Wolfe.

«Nueva York es una ciudad fea, una ciudad sucia. Su clima es un escándalo. Sus políticos asustan a los

niños. Su tráfico es una locura. Su competencia es asesina. Eso sí: una vez que has vivido en Nueva York, y se ha convertido en tu hogar, ningún otro lugar del mundo será suficientemente bueno».

John Steinbeck. Norteamérica y los norteamericanos.

SINOPSIS

Mark Sullivan lleva más de siete años hundiéndose en el fango. Ochenta y seis meses de apatía. Dos mil quinientos cincuenta y siete días de culpabilidad. En Columbia, Mark aprendió algo que no entraba en el currículum universitario. Aprendió que un error podía truncar para siempre la vida de una persona. O de dos.

En vísperas de la boda de su hermano pequeño, Mark recibe en su aislado rancho de Arizona a toda la familia Sullivan. Parker y Amy. Travis y Emily. Preston y Lisa. Ellos llenarán la casa, y la vida de Mark, de todo aquello

que él lleva siete años evitando: conversaciones, besos, risas... felicidad. Solo el recuerdo de una chica de pelo azul y sonrisa infinita podrá hacer que se replantee su vida. Y será entonces cuando comience la verdadera aventura.

ÍNDICE

SINOPSIS

Viernes 17 de junio. Ocho días para la boda.

Sábado 18 de junio. Siete días para la boda.

Domingo, 19 de junio. Seis días para la boda.

Lunes 20 de junio. Cinco días para la boda.

Martes 21 de junio. Cuatro días para la boda.

Miércoles 22 de junio. Tres días para la

boda.

Jueves 23 de junio. Dos días para la boda.

Viernes, 24 de junio. Un día para la boda

Sábado 25 de junio. El día de la boda.

EPÍLOGO. Nueve meses después.

AGRADECIMIENTOS

Un día de primavera

Mark acomodó su bolso de viaje al hombro, mientras recorría con desgana el interminable pasillo del aeropuerto internacional Logan de Boston. Hacía casi seis años que no ponía un pie en la costa este; ni siquiera había acudido a las ceremonias de graduación de ninguno de sus hermanos, por más que su madre hubiese insistido en ello. Él era el primero en ser consciente de que asociar su dolor a un lugar en concreto era una excusa absurda, pero el hecho era que su cerebro había decidido trazar una línea imaginaria que ubicaba todos sus traumas a orillas del Atlántico, y el

simple hecho de tener que volar a Boston lo había tenido una semana rememorando, con más frecuencia si cabe de la habitual, todo aquello que llevaba años queriendo olvidar.

El día había comenzado temprano para él. Cuando su despertador había sonado a las cuatro y media de la madrugada, sintió la enorme tentación de cancelar su cita y quedarse remoloneando toda la mañana en la cama de su antigua habitación en la casa de sus padres. Había decidido dormir en Phoenix para no tener que levantarse aún más temprano si tenía que desplazarse al aeropuerto desde el rancho. Cuando entró en aquel dormitorio de su infancia que solía evitar cuando visitaba a sus

padres, sus ojos no pudieron ignorar la fotografía que, desde hacía siete años, descansaba en la esquina inferior derecha del gran panel de corcho situado sobre su antiguo escritorio. Un panel plagado de entradas de cine, fotos con amigos, pulseras de festivales... recuerdos de un tiempo al que se sentía tan ajeno que podría creer que aquella era la habitación de cualquiera de sus hermanos. Excepto por la fotografía de Caroline. Esa mañana, cuando sus ojos, aún no abiertos del todo, habían recalado en su cara, tuvo que reunir todo su valor para prepararse para su viaje relámpago a Boston.

Mark tenía claro que, si no fuera por la insistencia de Travis, no estaría allí

en aquel momento. Su último año en Nueva York había sido duro, más duro de lo que nunca pudo imaginar, y no habría sobrevivido a él sin los gemelos revoloteando por *Beta Theta Pi* con toda su euforia de estudiantes de primer año. Y, ahora, aquellos dos chicos impacientes y un poco descontrolados se habían convertido en dos idiotas enamorados. Por Dios santo, si hasta Parker era una especie de padre de familia.

La cola para coger un taxi parecía no avanzar, y Mark echó, por instinto, la mano al bolsillo trasero de sus pantalones, añorando, como cada día de los últimos tres años, tener a mano un cigarrillo. Había dejado de fumar al

trasladarse al rancho y ni siquiera podía achacar la decisión a una preocupación por su salud; simplemente, el local más cercano en el que podía comprar tabaco se encontraba a unos quince kilómetros y había descubierto entonces que su desgana para moverse del sofá era mayor que su adicción a la nicotina. Así era su vida en el rancho: rutinaria y apática. Se levantaba al alba, trabajaba como un esclavo durante doce o quince horas y veía pasar las horas de la noche frente al televisor, con una cerveza en la mano y un millón de demonios en la cabeza.

Fue justo una de esas noches de insomnio y televisión por cable la que lo había llevado a Boston. Si sus fantasmas

solían presentarse al caer la noche desde hacía años, en los últimos meses la cosa había empeorado. El rancho se encontraba en una situación económica cercana a la catástrofe. Su padre llevaba años insistiendo en venderlo, mientras aún quedara en los Estados Unidos algún insensato interesado en la vida rural. Aquel lugar había alcanzado su máximo apogeo a mediados del siglo anterior y era todavía un negocio productivo cuando su madre lo había heredado. Pese a que la infancia de los Sullivan había transcurrido en su mayor parte en Phoenix, en un ambiente urbano, todos tenían la sensación de haberse criado entre caballos, como si las vacaciones escolares que pasaban en el

rancho hubiesen sido toda su vida hasta que se marcharon a la universidad. Así que, por más que su padre estuviera empeñado en venderlo, él había puesto todo su esfuerzo en sacar adelante aquel lugar. Había conseguido salvarlo de la inminente bancarrota en dos ocasiones, las cuentas estaban algo más saneadas que cuando se puso al cargo y había logrado extraer la parte más productiva del negocio y deshacerse de aquello que no aportaba beneficios. Que Mark hubiera sido el número uno de su promoción de Leyes en Columbia había ayudado a profesionalizar un rancho que había estado regido demasiado tiempo por capataces inútiles, pero poco más podía aportar. Quizá la situación actual

fuera la mejor a la que podía aspirar el rancho, y apenas permitía pagar a los trabajadores a fin de mes y ganar lo justo para vivir sin tener que pedir un rescate económico a sus padres. Era un callejón sin salida que se había iluminado con una pequeña luz de esperanza en aquella noche, apenas un mes atrás, que Mark pasó ante el televisor con el Discovery Channel de fondo. Había sido un día demasiado duro. Se cumplían siete años del peor día de su vida, y había sustituido la Budweiser habitual de sus sobremesas por un par de vasos de Jack Daniel's. Parker había estado en el rancho unas semanas antes, así que rebuscó en su cuarto hasta dar con un paquete de

cigarrillos. Fue una cuestión de suerte que, entumecido como estaba por el whisky, prestara atención a un documental sobre un rancho de caballos en el sur de Francia que había sido reconvertido en un centro de tratamiento de diferentes discapacidades. Durante la hora escasa que duró la emisión, Mark fue notando cómo los efectos del alcohol abandonaban su cuerpo y solo quedaba una idea tomando forma. La mañana siguiente lo sorprendió delante del ordenador, tras una noche de búsqueda intensiva de información y, lo que resultó ser toda una sorpresa para él, de ilusión. En cuanto amaneció en la costa este, llamó a sus hermanos para que le confirmaran si había perdido el juicio

de forma definitiva o, por el contrario, si aquel proyecto tenía posibilidades de convertirse en algo real. Cuando recibió su apoyo incondicional, respiró tranquilo. Si ellos lo veían posible, él lo haría posible.

Pocos días después de aquella noche de catarsis, Mark recibió una llamada de Travis. Su hermano insistió de forma incansable en que conociera a la antigua fisioterapeuta de su novia Emily. Alice Walsh era una de las fisioterapeutas más reconocidas del país, había sido profesora invitada en varias de las universidades más importantes del este, y Emily mantenía que ella era el único motivo por el que había logrado volver a caminar. Mark

sentía, en cierto modo, que aquel viaje a Boston era una pérdida de tiempo. No entendía qué podía llevar a una profesional con su currículum a querer implicarse en un proyecto en un rancho perdido en el centro del país. Pero Travis lo había animado hasta la saciedad a realizar aquel viaje, utilizando incluso a Preston y a Parker para que ellos también insistieran. Sus padres, por supuesto, habían acabado enterándose también de sus planes y, entre todos, habían decidido que aquel proyecto era la gran ilusión de su vida. Y lo era, quizá. Pero, mucho más que eso, era su última opción.

Cuando bajó del taxi ante un complejo de apartamentos del centro de

Boston, cruzó los dedos para que el consejo de Travis fuera acertado. Si Alice Walsh era la persona idónea, tendría que poner todo de su parte para convencerla de que aquello era algo más que una locura fruto de una noche de insomnio y whisky. Y no tenía ni la menor idea de cómo iba a hacerlo. Mientras buscaba el portal número cuatro, siguiendo las indicaciones que había intercambiado con la doctora Walsh por correo electrónico, repasó lo que sabía de ella: treinta y cuatro años, licenciada *cum laude* en Stanford, doce años de experiencia en fisioterapia, profesora invitada en Princeton y Yale... Mark echó una ojeada rápida a su aspecto y se sintió algo intimidado.

Quizá debería haberse puesto un traje para esa cita profesional, pero los últimos tres años lo habían convertido en un hombre de campo, así que se había plantado en Boston con unos simples pantalones vaqueros y una camiseta negra. Casi le dio la risa cuando pensó en lo indignados que se habrían mostrado Travis y Preston si lo vieran.

Cuando alcanzó el rellano de la tercera planta y vio abrirse la puerta de aquel apartamento, entendió que la preocupación por su aspecto había sido absurda. La mujer que apareció ante él era cualquier cosa menos alguien a quien imaginarse impartiendo clases magistrales en una universidad de la Ivy League[1]. Mark creía haber aprendido

a no juzgar a las personas por su aspecto; era algo en lo que Parker insistía con esa vehemencia que solo su hermano pequeño podía mostrar. Pero es que aquella mujer tenía el pelo azul, un número incontrollable de *piercings* en la cara y casi toda la piel visible cubierta por tinta de colores. No, definitivamente no era lo que había imaginado de una doctora titulada con más de diez años de experiencia.

—¿Alice? Soy Mark Sullivan, me envía mi hermano Travis.

—Encantada, Mark. —Alice se adelantó para estrecharle la mano, en un apretón que sorprendió a Mark por su firmeza, y se hizo a un lado para permitirle entrar en su apartamento—.

Estoy deseando escuchar todos los detalles de tu proyecto. Emily me ha adelantado algo por teléfono, pero prefiero escucharlo en primera persona.

Mark observó con un cierto espanto el aspecto del apartamento. Un número incontable de cajas llenas de objetos variados coexistían con muebles a medio camino entre lo *vintage* y lo destartalado. Las paredes, que necesitaban una mano de pintura urgente, estaban cubiertas por pósteres de bandas de *rock* de las que Mark solo acertó a reconocer un par. Se adentró hasta la cocina, donde Alice lo esperaba con la puerta del frigorífico abierta.

—¿Cerveza? —se limitó a preguntarle.

—Sí, perfecto. —A Mark lo venció la curiosidad—. ¿Estás de mudanza?

—Siempre lo estoy. Salgo en dos días para California para hacerme cargo de un nuevo paciente.

—Travis me ha explicado que tu trabajo es itinerante —le comentó Mark, aceptando la invitación de Alice a sentarse en un viejo sofá de cuero color burdeos en su salón—. ¿Quieres contarme un poco en qué consiste?

—Cuando acabé la carrera, acepté una oferta de empleo de una clínica en Washington. Tuve a varios políticos como pacientes y, cuando el hijo de un congresista sufrió un accidente de moto, me pidió que me trasladara a Florida para tratarlo. Las cosas funcionaron bien

y, desde entonces, he trabajado siempre en periodos cortos de tiempo con pacientes de todo el país.

—Te desplazas a sus ciudades y trabajas con ellos allí, ¿es así?

—Es algo más que eso. Me instalo en sus propias casas y trabajo con ellos casi veinticuatro horas diarias. Controlo su alimentación, sus hábitos de salud... Me licencié también en Psicología para ayudarles a lidiar con las consecuencias emocionales de sus lesiones. Es una terapia integral.

—Sin embargo, si no he entendido mal a Travis, con Emily te quedaste más tiempo del habitual, ¿no es así?

—Sí... Emily siempre fue especial para mí. Bueno, ya la conoces.

—La verdad es que no. Aún no he tenido ocasión de conocerla en persona.

—Pues no pierdas la oportunidad. Es una chica fantástica. Su caso es uno de los más difíciles a los que me he enfrentado. Había muy pocas posibilidades reales de que volviera a caminar. Estoy orgullosa de lo que hice por ella, pero el noventa y nueve por ciento del mérito es suyo. Se esforzó de una manera que asustaría a un hombre adulto, y solo era una chiquilla de dieciséis años. No me importó nada renunciar a mi trabajo itinerante por quedarme junto a ella. Me habría quedado todo el tiempo que fuera necesario.

—Entiendo que todos tus pacientes

tienen un alto nivel adquisitivo. No debe de ser barato tener a una de las mejores profesionales del país veinticuatro horas al día a tu disposición.

—Mis honorarios son altos, sí. Quizá lo que te voy a decir no sea lo más ético del mundo, pero suelo adaptar mi salario a la capacidad económica del paciente.

—No lo he entendido. Explícame eso, por favor.

—Por ejemplo, estos últimos seis meses los he pasado en Texas, tratando a una niña de siete años que apenas podía caminar después de un accidente doméstico grave. Su familia no podía alcanzar a pagarme ni la mitad de lo que suelo cobrar, pero su padre se presentó

en mi casa desesperado hace algo menos de un año, y acepté el caso. Conseguimos grandes progresos con esa niña, y es probable que apenas le queden secuelas en el futuro. A cambio, la semana que viene me marcho a Los Ángeles a trabajar con un actor muy conocido que se ha lesionado un hombro en una escena de acción de su última película. No es un trabajo demasiado estimulante, pero voy a ganar más del triple de lo habitual.

—¿Qué te ha contado Travis sobre mi idea para el rancho?

—Equinoterapia —resumió ella—. He leído bastante sobre el tema desde que contactasteis conmigo. También he visto el documental del que me hablabas

en tus correos. Dispones de las instalaciones y los animales, pero necesitas a alguien que se haga cargo de la parte médica. ¿Voy bien encaminada?

—Sí. Esa es la versión corta. He contactado con un par de especialistas que podrían formarnos en la terapia específica con caballos, además de adiestrar a los animales con los que cuento para las tareas que tendrían que llevar a cabo. —Mark tomó aire y le expuso a Alice sus dudas—. Voy a ser muy sincero contigo, Alice. La parte económica va a ser complicada. La inversión inicial que tendré que realizar será enorme, por lo que es imprescindible que las terapias funcionen o me veré en la ruina.

—¿Cuál es esa inversión?

—La mayor parte se irá en comprarles a mis hermanos su parte del rancho.

—Ah... Había entendido que el rancho era tuyo.

—El rancho, en realidad, es de mi madre, que lo heredó de su familia. Todos consideran que el rancho es mío porque soy el único interesado en trabajar allí, pero estrictamente hablando, es una herencia que tendré que compensarles a mis hermanos. Además, habrá que hacer reformas para alojar a los pacientes y sus familias, ya que la población más cercana está lejos y ni siquiera cuenta con instalaciones adecuadas. Añade la maquinaria

necesaria, los honorarios de los especialistas que trabajen con nosotros los primeros meses... y tu sueldo, claro.

—Mi sueldo...

—Estoy dispuesto a hacerme cargo de todos esos gastos porque creo en este proyecto, pero necesito un compromiso total por parte de la persona que trabaje conmigo. No te voy a engañar, la vida en el rancho es aburrida. Phoenix está a una hora y media en coche, y el pueblo más cercano no tiene siquiera un Walmart.

—Estos son mis honorarios habituales. —Alice pasó una hoja de papel a Mark, que no pudo ocultar sus ojos abiertos como platos—. Me gusta la vida en el campo. Si puedes pagarlos, eso no será un problema. Soy una

persona impulsiva, necesito que algo me ilusione para entregarme, pero, si lo hace, doy el doscientos por ciento de mí misma. De eso puedes estar seguro.

—Alice... no sé cómo decirte esto. No puedo ni acercarme. Travis me habló de cifras muy inferiores y, aun así, me parecía complicado.

—Hace ya tiempo que traté a Emily. Mis honorarios han subido mucho en los últimos años.

—Maldita sea... —Mark sabía que no tenían mucho más que hablar. La hoja de tarifas de Alice había hecho volar todas sus esperanzas. Sintió la ansiedad creciendo en su pecho, la frustración a la que nunca sabía enfrentarse. Su única vía de escape, ese proyecto soñado,

parecía evaporarse. Iría a parar al lugar donde yacían todas las ilusiones que algún día tuvo sobre su futuro.

—¿Te encuentras bien? —La voz pausada de Alice logró sacarlo de su ensimismamiento.

—Sí. No. Perdona... —Le sonrió brevemente—. Todas mis esperanzas están puestas en este proyecto, y no soy una persona que sepa lidiar con los problemas.

—Ese no parece un buen comienzo para emprender un proyecto. —Alice posó su mano derecha sobre el muslo de Mark con delicadeza—. ¿Quieres contarme cómo pensabas organizarlo?

Durante las siguientes dos horas, Mark habló casi sin descanso sobre los

pacientes que esperaba tener, sobre cómo pensaba alojarlos en el rancho, cuál sería el importe de su estancia en terapia... Le contó a Alice los acuerdos a los que pensaba llegar con las compañías de seguros, cómo querría reunirse con todos los pacientes antes de aceptarlos para el tratamiento. Le explicó que preferiría trabajar con niños y adolescentes, pero que las terapias estarían abiertas a pacientes de cualquier edad. Alice repuso las cervezas un par de veces, le hizo algunas preguntas, pero, en general, lo escuchó en un respetuoso silencio. Cuando terminó, Mark se sorprendió a sí mismo con la perfecta imagen del rancho que su cerebro había sido capaz de

dibujar. Ni en sus mejores días inspirados, desde que vio el documental hasta que tomó aquel vuelo a Boston, había conseguido ver tan claro lo que quería hacer con el rancho.

—Y... eso es todo, supongo.

—Joder, Mark... Tu proyecto es una maravilla.

—Bueno... de momento, no es más que eso. Un proyecto.

—Dime cuánto podrías pagarme — Alice fue directa al grano. No podía disimular que estaba maravillada con todo lo que Mark acababa de exponer.

—¿Sabes la cifra que cobras al mes por tratar a un paciente?

—Sí.

—Pues podría pagártela... al

trimestre.

—Vaya...

—Sí. Vaya. —Mark miró su reloj y decidió que debía marcharse. Nunca podría alcanzar la cifra que Alice exigía, y ella no sería tan estúpida como para rebajar a un tercio su aspiración salarial—. Gracias por recibirme, Alice. Ha sido un placer charlar contigo. De veras, me ha encantado conocerte.

—No tan deprisa, vaquero. —Alice se rio abiertamente, y Mark se fijó en que escondía un *piercing* en el frenillo de la encía. Primero se sorprendió, ya que nunca había visto tal cosa, pero un tirón en su entrepierna le descubrió que a algunas partes de su cuerpo parecía gustarle aquella joya plateada—. ¿Estás

dispuesto a escuchar una propuesta?

—Claro.

—Como te imaginarás ahora que conoces mis ingresos, tengo bastantes ahorros. ¿Estás dispuesto a aceptar a una socia en tu negocio?

—¿Socia capitalista?

—Algo así. Tú pones el rancho, yo me encargo de la inversión en maquinaria, caballos, formación, etcétera. Solo tendrías que hacerte cargo de comprarles a tus hermanos su parte. Y, cuando el rancho esté en marcha, vamos a medias con los beneficios, y te ahorras mi sueldo.

—Emmmm... En ningún momento me he planteado que el rancho no fuera solo mío. No había pensado en la opción

de tener un socio. Una socia, vamos.

—¿Y bien?

—Podría ser, podría ser... —Mark sentía su cabeza bullir a cien mil revoluciones por minuto—. Joder, creo que podría funcionar. ¿Hacemos unos números?

—Vale, pero deja que prepare algo de comer.

Mark vio a Alice dirigirse a la cocina y se permitió unos minutos de reflexión en el sofá. Hasta le asustaba pensar en lo bien que sonaba la propuesta de Alice. Tardó un buen rato en darse cuenta de que quizá debería ofrecerse a ayudarla en la cocina. Se dirigió hacia allí y se sorprendió del sol que entraba a raudales por un gran

ventanal. Sus palabras de ofrecimiento para echar una mano con la comida se quedaron en el aire cuando se fijó en que ella se había despojado de la sudadera sin mangas que había llevado durante toda la mañana. Ahora, una camiseta corta dejaba a la vista un aro en su ombligo, coronando un tatuaje que se extendía en vertical hacia algún lugar que la camiseta, para su desgracia, no permitía observar.

—¿Qué? —le preguntó ella, cuando lo vio contener el aliento.

—Nada. Nada, nada —se excusó él con torpeza—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Solo he preparado una ensalada y unos sándwiches. No soy precisamente un as en la cocina.

—Yo preparo la mejor carne a la brasa de toda Arizona. No pasarás hambre en el rancho.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo?

—Oh, sí... Cuando tú quieras — bromeó Mark, provocando el sonrojo de Alice que, de forma inmediata, le lanzó un paño de cocina a la cabeza.

—Muy gracioso. —Alice le enseñó su lengua perforada en un gesto burlón, y Mark se rindió a la evidencia de su inminente erección.

—Fuera bromas... creo que sí. Vamos a comentar los detalles.

La tarde se les pasó a Mark y Alice en una vorágine de presupuestos, hojas de cálculo y definición de responsabilidades en el trabajo futuro.

Sería difícil decir cuál de los dos se mostró más sorprendido por la manera en que habían conectado. Solo cuando la luz empezó a escasear en el salón de aquel apartamento, fueron conscientes de cuántas horas llevaban inmersos en su planificación. Pero no hubo solo caballos, contabilidad y fisioterapia en aquellas horas. Hablaron de sus trayectorias profesionales, de sus familias y de sus anhelos. Mark se descubrió contándole a Alice anécdotas que los hicieron reír a carcajadas. Hacía muchos, muchísimos años, que no encontraba una conexión así con alguien que no fueran sus hermanos, e, incluso con ellos, siempre existía una pátina de prudencia en sus conversaciones. Alice

era cercana, directa y divertida. Varias veces lo había tocado mientras hablaban: una mano en su antebrazo, una patada burlona en el trasero cuando él se había mofado de su pelo azul... Mark no era demasiado aficionado al contacto físico, pero aquella tarde se descubrió a sí mismo deseando que se repitieran esos gestos. Claro que también se descubrió tratando de averiguar qué demonios le estaba ocurriendo con aquella mujer.

—No me puedo creer que sigas hablando —se burló de ella, que se encontraba inmersa en un monólogo sobre la importancia de una buena alimentación en la recuperación de lesiones musculares y óseas.

—¡Perdón! —se disculpó ella entre carcajadas—. Me ha podido la pasión, ¿verdad?

—Un poco. —Mark le sonrió—. Pero me alegro. No pondría la mitad de mi negocio en manos de alguien a quien no le apasionara su trabajo.

—Es un trabajo duro, en todos los aspectos, pero no te puedes imaginar la satisfacción que supone ver recuperado a un niño que parecía que nunca iba a volver a caminar.

—¿Trabajas mucho con niños?

—Lo cierto es que trabajo con pacientes de todas las edades. Pero es indudable que la satisfacción es mayor cuanto más joven es el paciente. Con los adolescentes y los jóvenes, en general,

el reto suele ser mayor, porque su actitud no siempre es positiva. Pero, justo por eso, suelen ser mis casos favoritos.

—Te gustan los retos, por lo que veo.

—Sí. Y me gusta aplicar lo que he aprendido a ayudar a los demás. Y no hablo solo de lo que he aprendido sentada en un aula. Hablo, sobre todo, de lo que he aprendido con mis propias experiencias en la vida. A veces, más importante que los avances físicos es conseguir que un paciente asuma que su vida no va a volver a ser igual que antes.

—Supongo que eso es más sencillo con gente mayor.

—Sí, sin duda. Pero, para mí, supone una satisfacción especial poder sacar del pozo a alguien joven. Yo sé de primera mano lo que es pasarse muy jodida los que deberían ser los mejores años de tu vida.

—Me temo que yo también sé algo de eso —comentó Mark. En cuanto hubo terminado su frase, se dio cuenta de que nunca, jamás, había reconocido en voz alta, ante nadie que no fuera él mismo, que un error le había robado la juventud.

—¿Otra cerveza? —Mark asintió, y Alice se desplazó a la cocina a reponer fuerzas. Tomó aire y se dispuso a contarle a Mark el hecho que había cambiado toda su vida—. Mi pareja de la universidad, con quien pasé tres años

de mi vida, se suicidó después de que yo cortara la relación. Esa es mi historia. Y el motivo por el que es tan importante para mí ayudar a los demás. Una especie de redención.

Mark guardó silencio tras la confesión de Alice. Contó todos y cada uno de los latidos de su corazón bombeándole en el pecho. El recuerdo vívido de su propio drama se hizo tangible. Su historia difería de la de Alice, sí, pero encontró en sus ojos el mismo dolor que él acarreaba desde hacía siete años. Pero, por encima de cualquier otra sensación, sintió una punzada de envidia. Envidia hacia aquella mujer de pelo azul que le había contado su historia más sórdida apenas

unas horas después de conocerlo. Él llevaba siete años callado y era consciente de que ese aislamiento, esa incapacidad para verbalizar su propio dolor, era uno de los motivos por los que se le había enquistado dentro hasta hacerle casi imposible respirar.

—¿Mark? —Alice rompió el tenso silencio que se había instalado entre ellos. Mark levantó la mirada hacia los ojos de ella, pero fue incapaz de emitir un solo sonido—. Yo... quizá no debí contarte... contarte esto.

—No... No, no. No es eso. —Mark fue incapaz de decir más.

—Y, ¿qué es, entonces? Si no te importa que te lo pregunte. —Alice se acercó más a él y, al posar su mano

sobre el antebrazo de Mark, notó que él temblaba.

—Yo... estoy muy jodido, Alice. Por dentro. Muy adentro. Yo... creo que debería marcharme. —Se levantó, recogió su mochila del lugar donde la había dejado unas horas atrás y se dirigió a la puerta de forma precipitada.

—Espera, espera... —Alice agarró su brazo e hizo un esfuerzo por retenerlo—. A veces, hablar de ello es la mejor opción.

—¡Ja! —Mark se giró hacia ella y emitió un sonido amargo. Alice se fijó en que tenía los ojos brillosos—. Si pudiera siquiera plantearme hablar de ello, no habría llegado al punto en el que estoy.

Alice agarró la mano de Mark, sabiendo que se estaba tomando una libertad que quizá él no aceptaría en un momento como aquel. Mark bajó la mirada y pareció reflexionar sobre aquel gesto de intimidad. Al cabo de unos segundos, como si todo su interior se rindiera al fin, relajó los hombros y se dejó conducir por ella hasta el sofá.

—¿Cómo lo conseguiste? —le preguntó, consciente él mismo de que sus palabras no tenían coherencia.

—¿El qué?

—Poder hablar de ello.

—¿Crees que fue fácil? No. No lo fue. Estuve tres años yendo a terapia; después, estudié yo misma Psicología, con la esperanza de que los libros

llenaran algunos huecos. Me volqué en mi trabajo durante años y apenas permití que mis amigos se acercaran a mí. Arruiné la única relación de pareja que tuve después de aquello a causa de mis inseguridades. Tardé unos ocho o nueve años en ser capaz de aceptar lo que había ocurrido.

—¿Qué hizo que lo aceptaras?

—Ella no lo sabe, pero influyó mucho el trabajo con Emily. ¡Dios! Esa chica es maravillosa. En la época en que trabajé con ella, mi madre estaba muy enferma. Por eso, decidí aceptar un trabajo en Boston, para estar con ella en sus últimos meses. Mi padre murió cuando yo era pequeña, y soy hija única, así que estaba cerca de quedarme sola

en el mundo. Era el momento ideal para rendirme a la autocompasión. Pero conocí a Emily y me di cuenta de que, en el fondo, yo era muy afortunada. Ella tenía dieciséis años y llevaba dos sin moverse apenas de la cama. Y, aun así, era capaz de sonreír, de tener esperanza, de hacer bromas con su padre o con su amiga Lisa... Ella hizo que me diera cuenta de que solo hay una vida y hay que aprovecharla al máximo.

—Y te recuperaste...

—Poco a poco, sí. El día en que fui capaz de quedar con mi mejor amiga y explicarle lo que me había ocurrido... fue el primer paso. Habérmelo callado durante tanto tiempo hizo que los recuerdos...

—...se enquistaran.

—Exacto. —Alice lo miró con fijeza y tardó unos segundos en dirigirse a él—. ¿Quieres hablar de ello?

—Siempre me juré que las primeras personas que sabrían lo que me ocurrió serían mis hermanos. De hecho, dentro de un mes y medio vendrán todos al rancho porque se casa el más pequeño. Llevo tiempo planeando contárselo a todos en esos días.

—Y estás muerto de miedo, ¿no?

—Aterrorizado.

—¿Quieres practicar esa conversación conmigo?

Y, contra todo pronóstico, Mark quiso. Guardó silencio durante minutos tras la propuesta de Alice. Los últimos

siete años de su vida desfilaron por su cabeza. Los fragmentos de frases que había ensayado decirles a Preston, Travis y Parker se diluyeron. Después de tanto tiempo pensando en que solo ellos podrían ser acreedores de su gran secreto, de su gran trauma, ahora veía mucho más sencillo contarle todo a una completa desconocida. Aunque había un pequeño fallo en su plan: Alice ya era cualquier cosa menos una desconocida. Respiró hondo y lo hizo: recordó, habló, se rompió y se repuso, se cayó y se levantó, se hundió y salió a la superficie. Cuando dejó de hablar, se sintió a la vez incrédulo y aliviado. Incrédulo hasta un punto insospechado por haber sido capaz de hablar de su

drama de juventud. Y aliviado; tan aliviado... Como si siete años de plomo hubieran desaparecido, al menos en parte, de sus hombros.

—Joder —dijo Alice, ante la ausencia de cualquier palabra más adecuada para el momento.

—Sí. Joder.

—Emmmm... ¿Quieres otra cerveza?

—No tendrás por casualidad Jack Daniel's, ¿verdad?

—¿Te vale Jim Bean?

—No tienes ni idea de whisky, ¿verdad? —bromeó Mark, tratando de que los nervios de ambos se evaporasen.

—Si te gustan las bebidas suaves...

—se burló ella, levantándose a su vez a

servir dos vasos bien llenos.

Bebieron en silencio, instalados en una cómoda intimidad que ninguno de los dos fue capaz de comprender del todo. Se miraban en la penumbra del salón, iluminado solo por la luz indirecta de una lámpara de pie, cuando un rugido en las tripas de Mark hizo acto de presencia entre ellos.

—Perdona, no te he ofrecido algo de cena —le comentó Alice, entre risas—. ¿Te parece bien si preparo una pizza?

—¿Preparar una pizza es meter una mierda congelada en el horno?

—Por supuesto.

Los dos se rieron y se dirigieron a la cocina. Casi en el mismo momento en

que entraron allí, la atmósfera entre ellos adquirió un tono diferente. Ninguno sabría decir después qué cambió, pero lo cierto es que Mark sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos y Alice notó el calor ascendiendo por su nuca.

—Soy una maleducada, —dijo Alice, nerviosa, en un carraspeo—, ni siquiera te he preguntado a qué hora sale tu vuelo de regreso.

—Mi vuelo de regreso salió hace tres horas.

La deliciosa pizza de anchoas y *pepperoni* no llegó a abandonar el horno. Mark se aproximó a Alice y la tomó por la nuca. Sus labios se encontraron con una fuerza que parecía

exorcizar todos los demonios que ambos habían expulsado a lo largo del día. Alice enterró las yemas de sus dedos en el encrespado pelo rubio de él, y dejó que la condujera hacia la pequeña mesa de madera de haya en la que no había llegado a colocar siquiera los platos. Mark llevó sus manos a la cintura del pantalón vaquero de Alice y se apresuró a desabrochar los botones. Ella no se quedó atrás y a punto estuvo de arrancar alguno por el camino. Cuando acabaron de desnudarse, los dos jadeaban de anticipación.

—Estoy casi seguro de que esto va a ser un error.

—Creo que puedo confirmártelo.

—¿Deberíamos parar?

—Probablemente. Pero, si lo haces... —Alice ahogó un gemido—. Si paras ahora, te mato.

Mark no necesitó mucho más para alcanzar un preservativo de la cartera de su bolsillo trasero y enterrarse en Alice, sin preguntar siquiera si ella estaba preparada. Era evidente, para ambos, que lo estaba. La lengua de Mark se perdió entre los pezones oscurecidos de Alice. Las manos de Alice querían tomar posesión de Mark, de todo su cuerpo, de todo él. El orgasmo no tardó en llegar para ambos, pero ninguno tuvo la sensación de que se estuviera echando el telón a su encuentro. De hecho, la noche se les pasó en un itinerario que los llevó de la mesa de la cocina a la

cama, y de allí al suelo del salón, hasta que los primeros rayos del amanecer los encontraron, dormidos, sobre la alfombra del pasillo.

El primero en abrir los ojos fue Mark, y quizá fue ese hecho el que marcó todo el devenir posterior de los acontecimientos. En esa fase absurda entre el sueño y la consciencia, su cerebro reconstruyó fragmentos del día anterior. Se recordó a sí mismo hablando de Caroline, llorando junto a Alice en el sofá de aquel apartamento, traicionando su propia promesa de no contarle jamás antes de que lo supieran Preston, Travis y Parker. Cómo si eso fuera lo único que había traicionado. Se preguntó qué había sido de aquella otra

promesa: no dejar que nadie se acercara, no involucrarse, no dejar caer las barreras. Se preguntó demasiadas veces qué coño había hecho. Y, sobre todo, se preguntó por qué todas esas cuestiones estaban acudiendo a su mente. Si algo había hecho en los últimos siete años había sido acostarse con mujeres. Siempre había tenido —y dejado— muy clara la separación de poderes entre su corazón y su polla. ¿Por qué era diferente esta vez?

Miró a Alice y trató de entender sus últimas diecisiete horas. El sexo había sido perfecto, sí, sin ninguna duda. Con toda probabilidad, el mejor de su vida. Pero, ¿había sido algo más? No podía serlo. No debía serlo. Haber iniciado

con sexo una relación profesional con la única posible socia que le había gustado era un error. Convertir ese encuentro sexual en algo más... eso sería una hecatombe. Pero había un hecho innegable: nunca, en sus casi veintiocho años de vida, se había sentido tan cómodo con una mujer. Ni en la cama ni fuera de ella.

Se incorporó poco a poco, esforzándose por no despertarla. Recuperó su ropa, recordando con una media sonrisa cómo la había perdido. Miró a Alice una vez. Y otra. Y otra más. Y se dio cuenta de una realidad: todo aquello era una locura. Él no sabía gestionar sus emociones, así que lo mejor era no sentirlas. No podía trabajar

con alguien que amenazaba con despertar algo que él prefería dejar muerto. Había cientos de personas adecuadas para el proyecto del rancho. Sería mejor dejar ese día en el recuerdo.

Cogió su bolso de viaje, cerró la puerta sin hacer ruido y emprendió camino hacia el aeropuerto.

Seis semanas después

Viernes 17 de junio.

Ocho días para la boda.

—¡Mark! ¡Mark! ¡¡Mark!!

—Cielo santo, mamá. Estoy aquí.

¿Qué quieres ahora? —protestó Mark. Hacía veinte minutos que se había levantado, pero su madre ya parecía tener todo su día planificado al milímetro.

—¿Tienes claros los horarios de vuelo de toda la gente que llega hoy? — Su madre entró en la cocina del rancho con su habitual aspecto impecable, seguida de cerca por Parker y Amy—.

Vamos a ver... Travis y Emily llegan a las doce del mediodía desde Nueva York. Es una pena que la madre de Amy y Katie no hayan conseguido plaza en el mismo vuelo. Llegan un par de horas después. Supongo que os compensa esperarlas en el propio aeropuerto, aunque quizá Travis y Emily lleguen demasiado cansados y eso los fastidie. El caso es que...

—Mamá, por favor, tienes que tranquilizarte con los preparativos — interrumpió Mark—. Queda más de una semana para la boda. Si sigues a este ritmo, te dará un infarto y celebraremos tu funeral.

—No digas tonterías. —Su madre lo ignoró con un gesto de su mano—. Todo

está perfectamente planificado. En cuanto estén aquí vuestros hermanos, todo será más sencillo. ¡María! ¡María! ¡¡María!!

—¿Me llamaba, señora? —Mark solía hacerse cargo de la vida doméstica sin ninguna ayuda externa, pero su madre había insistido en que María, la mujer que trabajaba en la casa familiar de Phoenix, se desplazara al rancho junto al resto de la familia para encargarse de las tareas en aquella semana que se intuía de locos.

—¿Has preparado la habitación de los gemelos?

—Sí, señora.

—¿Y la habitación de invitados para las chicas?

—También.

—Mamá, por Dios... —intervino Parker—. ¿Crees que Travis y Preston no duermen con ellas en Nueva York? ¿A qué viene instalarlos en habitaciones separadas aquí?

—Estoy muy poco interesada en las costumbres de mis hijos cuando no están en casa, Parker. Bastante moderna me siento dejando que vosotros compartáis dormitorio. Y lo hago solo porque dentro de ocho días estaréis casados. Así que no protestes, por favor.

—Tiene razón mamá, Park. Y Travis y Preston estarán de acuerdo, además. —Mark aguantó la risa el tiempo exacto que tardó su madre en desaparecer de la cocina, camino de

algún trámite ineludible en alguna otra estancia de la casa.

—Por Dios... qué pelota eres con mamá, Mark. No te soporto —protestó Parker.

—¿Cuándo te darás cuenta de que no merece la pena discutir, hermanito? Está todo pensado. Te recuerdo que la terraza comunica esas dos habitaciones. Travis dormirá con Emily, y Preston dormirá con Lisa. Papá fingirá no darse cuenta, y mamá se quedará contenta. ¿Cuál es el problema?

—¡Por Dios! Mintiéndole a papá y a mamá a esta edad...

—¿Cómo lleváis los preparativos? ¿Os está volviendo muy locos? —les preguntó, con sincera preocupación.

Mark era el único de los hermanos que vivía cerca de sus padres y era consciente de la locura en la que había pasado su madre los últimos nueve meses, con la boda de su hijo pequeño en perspectiva.

—Hoy haremos las últimas pruebas de los trajes —intervino Amy—. Se avecinan problemas.

—Buena suerte —les deseó Mark, entre risas—. Voy a vestirme. Hoy me toca hacer funciones de chófer y estaré todo el día fuera. ¿Salimos a tomar algo esta noche, cuando esté todo el mundo instalado?

—Llevamos días sin ver a Katie... Creo que nos quedaremos con ella por aquí.

—Prepárate para las protestas de Travis.

—Estoy acostumbrado a que se burlen, créeme. —Parker sonrió—. Márchate, anda, o nos tocará a nosotros pagar las consecuencias de la furia de mamá.

||

Mark condujo los más de cien kilómetros que separaban el rancho del aeropuerto de Phoenix en silencio. Hacía menos de una semana que sus padres se habían instalado en el rancho, junto a Parker y Amy, y él no estaba acostumbrado a compartir su espacio. Se sentía extraño, rodeado por tanta gente, en aquella casa enorme que solía tener entera para él. Y aún quedaban por

llegar Travis y Preston con sus novias, la madre y la hija de Amy, los padres de Lisa, y también el padre de Emily, a quien sus padres habían insistido en agasajar de forma especial. ¡Qué extraño iba a resultar todo! En medio de la locura de la boda, apenas habían tenido tiempo de pensar en ello, pero Mark estaba preocupado por el encuentro con Emily. Hasta que la casualidad había decidido unir su destino al de Travis, Emily era la chica cuya desgracia había intentado tapar con dinero la familia Sullivan. Sus tres hermanos insistían en que Emily era una mujer extraordinaria, e incluso había llegado a hacerse muy amiga de Parker, pero Mark desconfiaba de que fuera tan

tolerante con sus padres. Además, estaba el tema de Alice. Había estado semanas sacándose de encima a Travis, que no comprendía por qué Mark había decidido no contar con ella para su proyecto del rancho. De hecho, ya casi ni había proyecto para el rancho. Aquel día en Boston lo había cambiado todo. Después de aquello, se había entrevistado con varios profesionales que parecían —y, probablemente, eran— idóneos para el puesto, pero él no se sacaba de la cabeza que Alice era la única persona con la que había conectado de verdad, la única que parecía haber comprendido a la perfección su proyecto. Bueno... la realidad es que era a ella a quien no

conseguía sacarse de la cabeza.

Aparcó su camioneta en el único espacio que encontró disponible y se dispuso a entrar en la terminal. Comprobó en las pantallas que faltaba algo menos de media hora para que aterrizara el vuelo procedente de Nueva York en el que llegaban Travis y Emily, y aprovechó el tiempo para tomarse un café. Cuando las puertas de la terminal de llegadas se abrieron y los pasajeros empezaron a salir, Mark sintió un tirón de nervios en el estómago. Sí, le gustaba su soledad y no tenía intención de compartirla con nadie de modo permanente, pero la idea de volver a estar todos juntos, de volver a tener a sus hermanos en la que ahora era su

casa, lo ilusionaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—¡Mark! —escuchó chillar a Travis y, cuando se quiso girar para buscarlo, se encontró con el más de metro noventa de su hermano colgando de su espalda.

—Aparta, mocoso. —Se lo sacó de encima con una sonrisa y se fijó en la chica que se acercaba a ellos apoyándose en un bastón—. Preséntame a esa pobre incauta que te soporta, anda.

—Emily, este es Mark, mi hermano mayor. —Mark detectó una pizca de orgullo en el tono de su hermano, y eso lo hizo sonreír de nuevo—. Mark, esta es Emily.

Se repitieron un par de fórmulas de

cortesía y se dirigieron a uno de los restaurantes de la terminal. Mark no daba crédito al comportamiento de su hermano. Travis, que hasta unos meses atrás solo parecía emocionarse con el fútbol, miraba a aquella chica como si ella fuera lo único que importara en el mundo. Por lo que había escuchado, a Preston le sucedía algo parecido. Y de Parker era mejor ni hablar; se había convertido en un padre de familia con todas las letras. ¿Y él? Él continuaba siendo la misma persona en que lo había convertido su nefasta experiencia universitaria.

—¿Qué tal las cosas por casa? ¿Mamá? —preguntó Travis con una media sonrisa.

—Una locura. Veinticuatro horas diarias de preparativos. Cuesta creer que Parker esté siendo tan paciente.

—Es que ahora es un hombre serio y formal, Mark —se burló Travis—. ¿Sabemos algo de Preston?

—Llega mañana de Londres.

—Vendremos nosotros a recogerlos. Emily está deseando ver a Lisa. — Travis se volvió hacia su novia, que asintió con un gesto.

—¡Ni de coña! Ser el chófer oficial de la familia Sullivan es mi excusa para desaparecer del rancho y de la locura de mamá.

—¿Y papá? ¿Le deja opinar en algo?

—Papá es más listo que todos

nosotros juntos. La ha convencido de que tiene mucho trabajo y está en la casa de Phoenix.

—Qué cabrón —dijo Travis, con cariño.

El tiempo se les pasó volando a Travis y Mark. No tanto a Emily, que permanecía mucho más callada de lo que era habitual en ella. Estaba nerviosa ante la perspectiva de enfrentarse a la familia de su novio y habría matado por tener a Lisa a su lado, pero su amiga no solo estaba al otro lado del mundo, disfrutando de su locura de amor por Preston, sino que, además, se había mostrado esquiva con ella en los últimos días.

—¡Traaaaavis! —Mark se

sorprendió al escuchar el chillido agudo de Katie, quien corría hacia su hermano sin importarle que la mitad de los adultos de la terminal tuvieran que esquivarla.

—Prepárate, Mark. Estás a punto de conocer a Katie Morgan, futura Katie Sullivan. Buena suerte —le susurró Emily al oído, en un tono fingidamente serio.

—¡Katie, ten cuidado! —escucharon a Michelle apresurándose tras ella.

Cuando Michelle llegó junto a ellos, Travis hizo las presentaciones pertinentes, con Katie colgada de sus brazos.

—Katie, ¿no eres un poco mayor para pedir que te cojan en brazos?

—Travis es muy guapo —respondió Katie, como si aquello lo explicara todo, provocando las risas de los presentes—. Mark también es hermano de Parker. Parker tiene muchos hermanos, y yo no tengo ninguno. ¿Dónde está Parker?

—Te está esperando en casa, enana —le contestó Emily, todavía riéndose por las ocurrencias de la pequeña y dándole un beso en la mejilla que Katie ignoró. Cuando había algún hermano Sullivan cerca, todo lo demás parecía no importarle demasiado.

En el trayecto de hora y media entre el aeropuerto y el rancho, no hubo un segundo de silencio. Katie puso al día a Mark, Travis, Emily y Michelle de todas

y cada una de las virtudes que atesoraba Parker Sullivan. Cuando atravesaron las enormes puertas de madera del rancho, Mark —y presentía que el resto de ocupantes del vehículo— odiaba un poco a su hermano pequeño.

||

Era casi medianoche, y la temperatura no bajaba de treinta grados. Las noches de verano en Arizona eran una locura, pero a Mark le gustaba el calor. Vestido solo con un pantalón corto, se mecía en el balancín del porche trasero del rancho, con el canto de los grillos como única banda sonora. La cena familiar había ido sobre ruedas, e incluso su padre se había unido en una visita relámpago antes de regresar a su

oasis de tranquilidad en Phoenix. La incomodidad inicial de Emily no había pasado desapercibida a nadie, pero su padre había atajado la situación pidiendo unas disculpas públicas que Mark nunca había esperado escuchar de sus labios. Ninguno de los presentes olvidaría jamás el accidente que había marcado las vidas de Parker y Emily, pero al menos la cordialidad había sustituido a una incomodidad que habría hecho muy difícil la convivencia familiar en esa semana previa a la boda de Parker y Amy. Katie había colaborado a romper cualquier tensión latente, hablando con su lengua de trapo sobre cualquier tema que se pudiera imaginar. Cuando había caído dormida

sobre el hombro de Parker, del que no se había separado ni un segundo, todos habían respirado algo aliviados.

—¿Molesto? —Ni siquiera había escuchado a Parker descolgarse por la celosía de la fachada, como solía hacer cuando era pequeño.

—No, claro que no. Siéntate.

—¿Quieres? —Parker sacó un paquete de tabaco del bolsillo de sus pantalones negros.

—No debería... Eres una influencia horrible —protestó Mark, mientras aceptaba la invitación de su hermano.

—¡Joder! ¿Es que no podéis dejar esa mierda? —Travis apareció en el porche refunfuñando.

—Buenoooo... Pues ya estamos

todos. —Sonrió Mark—. ¿Has podido cambiar de habitación sin problema?

—Sí, sí. Bien jugado, Mark. A Preston le va a encantar. ¿Queréis? — Travis les mostró los tres botellines que traía en las manos.

—Claro. ¡Dios! Esto es la perfección —exclamó Parker, dando un sorbo largo a su cerveza, balanceando su cigarrillo entre los dedos y arrellanándose en el mullido cojín del balancín.

—La cena ha estado bastante bien, ¿no? Parecíamos incluso seres civilizados. —Mark seguía sorprendido con que todo hubiera resultado tan sencillo.

—Mañana llega Preston. Veréis lo

que nos dura la civilización. —Se rio Parker—. ¿Novedades sobre la despedida de soltero?

—Solo sé que nos vamos a Las Vegas de martes a jueves. Preston se ha encargado de todo desde Londres.

—¿Quién va a ir a recogerlos mañana? —preguntó Travis.

—¿Y si vamos los tres? —propuso Mark.

—Yo no puedo —se quejó Parker con una mueca de fastidio—. Tengo que supervisar la distribución de las mesas, elegir parte de la música y un montón de mierdas más.

—No sé cómo lo soportas. Sí que debes de estar enamorado —se burló Travis.

—Está siendo una pesadilla. No descartéis que me lleve a Amy a la despedida de soltero y me case con ella en Las Vegas.

—Sería lo mejor que podrías hacer.

—Me voy a dormir. Mañana tendré a una niña de seis años saltándome en el estómago a las siete de la mañana.

—Buena suerte, *papá* —se despidió Travis, entre risas—. A mí me quedan cuatro días de vida. En cuanto llegue el padre de Emily, yo tampoco tendré una vida fácil.

—¿Te lo pone difícil?

—Me regaló una silla de ruedas el día que lo conocí, ¿entendéis? Se pone muy creativo a la hora de hablar de las lesiones que me va a provocar si le hago

daño a su hija.

—Pues no se lo hagas y listo, ¿no?

—Más me vale. —Travis se despidió de Parker con una palmada en la espalda y se dirigió a su hermano mayor—. ¿Te puedo hacer una pregunta, ahora que estamos solos?

—Dime. —Mark se tensó. Presentía por dónde iban a ir los tiros.

—¿Cómo va el proyecto del rancho?

—Bien. Bien, bien —titubeó Mark—. Un poco paralizado estas semanas, con toda la locura de la boda, pero bueno...

—¿Qué ocurrió en Boston, Mark? Emily recibió un mensaje de Alice encantada el día que tú estabas allí. Y

no ha querido volver a contarle nada más, solo que el proyecto se había venido abajo.

—Las cosas se complicaron. No me pareció la mejor opción.

—¿Qué pasó?

—¡Nada, joder! Nada... —añadió, tratando de tranquilizarse—. No me pareció la persona adecuada y punto.

—Y, casualmente, después de eso, no has vuelto a hacer nada relacionado con el proyecto.

—Me acosté con ella, ¿vale? —confesó Mark.

—¿Qué? —Travis abrió los ojos como platos.

—La jodí. Sí, era la persona adecuada. Sí, todo pintaba bien. Pero

nos calentamos y... no me pareció la mejor manera de empezar ningún proyecto profesional.

—Emily no lo sabe. Me lo habría contado.

—No creo que a ella le hayan quedado muchas ganas de hablar de ello. Me porté como un capullo.

—¿Qué hiciste? —le preguntó Travis con una media sonrisa. Ninguno sabía nada de la vida sentimental de su hermano mayor, y siempre habían sentido curiosidad.

—Me largué antes de que se despertara.

—¿Tan mal estuvo?

—Estuvo perfecto, Travis... — Mark se levantó. La tranquilidad, la

euforia familiar y la cerveza le habían soltado la lengua, y era el momento de poner freno a las confesiones—. Demasiado perfecto, joder. Me voy a dormir.

—¡Hey! —Travis llamó su atención—. No sé qué coño te mantiene alejado del mundo, y espero que algún día nos lo cuentes, pero, si las cosas fueron bien con esa chica... yo aún tengo su teléfono.

Las palabras de Travis resonaron en la cabeza de Mark durante el rato que tardó en llegar a su dormitorio. Él también conservaba el teléfono de Alice. Y había empezado a marcarlo muchas veces en las últimas semanas. Pero la cobardía y el miedo siempre

habían sido más fuertes que él.

Sábado 18 de junio.

Siete días para la boda.

—¡Parker! ¡Parker! ¡Vuelve aquí!

—Los gritos de Vivian Sullivan resonaron en el enorme salón del rancho, despertando a los pocos habitantes de la casa que todavía permanecían en la cama. Mark atravesó el pequeño vestíbulo que separaba la cocina de la zona principal de la casa, justo a tiempo de ver a su hermano pequeño salir dando un portazo. Travis bajó los últimos escalones de un salto y chocó con su futura cuñada, que

perseguía a su prometido en silencio.

—¿Qué coño pasa, mamá? — preguntó Mark.

—Por favor, hijo, modera tu vocabulario —le dijo, con una sonrisa, mientras le daba un beso de buenos días, sin alterar ni su gesto ni su peinado—. Tu hermano se ha enfadado... otra vez. Y Amy ha salido detrás de él, a ver si lo hace entrar en razón.

—¿Qué has hecho esta vez? —le preguntó Travis, con una taza de café en la mano y las pestañas todavía pegadas.

—¿Que qué he hecho yo? ¡Por Dios! —se escandalizó su madre—. Se niega a ponerse una camiseta interior para la boda. ¡Y con la camisa se le transparentan los tatuajes!

—¡Por Dios, mamá! —Mark empezó a carcajearse, al tiempo que encendía el hervidor eléctrico para prepararle a su madre la primera infusión tranquilizante del día—. Tiene tatuajes en las manos, ¿qué vas a hacer con esos? ¿Maquillárselos?

—¡Oh! ¡No se me había ocurrido! ¿Crees que será posible?

—Madre, sabes que me horrorizan los tatuajes de Parker tanto como a ti... —Travis miró a su madre con su cara más adorable, esa que hacía que, desde siempre, los gemelos fueran los chicos favoritos de mamá—, pero creo que deberías dejarlo pasar. Además, una camiseta interior es una cosa horrible, ¿no?

—Y se prevén treinta y cinco grados para el día de la boda. Sudaría como un pollo, mamá —ayudó Mark.

—Buenos días —saludó Emily. Su entrada en la cocina, por suerte para todos, distrajo la atención de Vivian del problema con Parker—. ¿Qué ha ocurrido?

—No quieras saberlo —le respondió Travis, robándole a espaldas de su madre un beso nada casto, que la hizo ruborizarse—. ¿Te vienes con Mark y conmigo a recoger a los londinenses?

—¡Claro! Tengo muchas ganas de ver a Lisa. Por cierto, Vivian, mi padre ha llamado. No ha conseguido cambiar su vuelo, así que llegará el miércoles, cuando nosotras aún estemos en Los

Ángeles.

—Oh, no te preocupes, querida. Nosotros nos encargaremos de ir a recogerlo e instalarlo en el rancho. Si el miércoles mi marido no se ha unido a nosotros, habrá un divorcio además de una boda.

—Muchas gracias, Vivian —le respondió Emily, entre risas.

—¿Qué tal has pasado la noche? ¿Hay algo que necesites?

—No, no... —Emily se sonrojó, recordando lo bien que había pasado la noche junto a Travis. Mark y Travis se habían escabullido para ir a vestirse a sus cuartos y deseó que tardaran lo menos posible, para evitar meteduras de pata sobre cambios de habitaciones de

madrugada—. Ha estado todo perfecto.

—¿Crees que tu amiga Lisa se encontrará cómoda compartiendo dormitorio contigo? El rancho se nos ha quedado un poco pequeño para tanta gente.

—No habrá problema. Lisa y yo hemos compartido habitación cientos de veces. Estará todo bien.

—Sí, mamá, no tienes nada de qué preocuparte —aclaró Travis, entrando en ese momento por la puerta con una media sonrisa irónica—. Estoy deseando volver a compartir cuarto con Preston. ¡Qué ganas!

—Vámonos, chicos. —Mark abrió un cajón de la cocina e hizo girar en su mano las llaves de la camioneta familiar

—Mirad quién viene por ahí.

Parker entró en la cocina, seguido de cerca por Amy, y con Katie en brazos.

—Hijo, has vuelto. ¡Qué bien! ¿Seguimos con el tema del traje?

—Amy, llévate a Katie un momento a ver los caballos, por favor —le pidió Parker, bajando a la niña al suelo sin que ello, para sorpresa de todos, implicara demasiadas protestas.

—Apesta a tabaco, hijo. ¿Cuándo dejarás ese vicio horrible? —Mark, Travis y Emily detuvieron su marcha y contuvieron el aliento a la espera del segundo asalto de la gran discusión.

—Mamá, en primer lugar, no voy a dejar de fumar, así que saca ese tema

del orden del día. Y, en segundo lugar, hay tres opciones para la boda. O llevo el traje que hemos elegido, se me transparenten o no los tatuajes, o me caso con la ropa que yo llevaría, y que te puedo asegurar que es bastante diferente a un traje negro, o cojo a Amy y nos vamos esta misma tarde a Las Vegas y la boda del sábado se suspende. Sabes que soy capaz de hacer cualquiera de esas cosas. —Vio la cara de horror de su madre, las miradas divertidas de sus hermanos, y suavizó el gesto—. Soy tan generoso que dejaré que elijas tú.

—Eres imposible, Parker. Siempre lo has sido. —Su madre se terminó su infusión con parsimonia y dejó la taza en el fregadero—. Está bien. Llevarás el

traje así, como a ti te gusta.

—Nosotros nos marchamos a Phoenix. ¿Quieres que te traigamos algo, Park? —informó Travis.

—¿Un revólver?

—Nos lo pensaremos. —Mark se rio—. Si a media tarde no estamos por aquí, culpád a Preston.

—Hijo, vamos a seguir. Tenemos que hablar de ese espantoso pendiente del labio.

—¡Chicos! ¡El revólver! ¡Por favor! —Mark, Travis y Emily escucharon gritar a Parker y se despidieron entre risas.

||

—¿Estás cómoda, Emily? Avísame si necesitas que paremos —se ofreció

Mark, solícito.

—No, muchas gracias. No tengo ningún problema si estoy sentada. El sábado, con zapatos de señorita, ya será otra historia.

—Se va a poner falda por primera vez en años —informó Travis, con voz orgullosa.

—Bueno, eso todavía está por ver. Ni siquiera he visto todavía el vestido que ha elegido Amy.

—Bueno, lo importante es que tú te encuentres bien —medió Mark.

—Sí, hace ya unos años que me encuentro casi al cien por cien. Tuve mucha suerte con una fisioterapeuta muy buena que me ayudó mucho —respondió Emily, en un tono sospechosamente

neutro.

—Ah, qué bien.

—Creo que la conoces, se llama Alice —respondió ella, ya sin poder aguantar la risa.

—Se lo has contado, ¿no, gilipollas? —Mark se enfrentó a Travis.

—Me ofreció sexo a cambio de información.

—Soy tu hermano, Travis. Código de hermanos, joder.

—Lo siento —le respondió su hermano, nada arrepentido, con un encogimiento de hombros.

—Así que te gustó Alice, ¿no? —interrogó Emily, echándose hacia adelante entre los dos asientos delanteros de la camioneta.

—Yo no dije eso en ningún momento.

—Entonces eres un cerdo que se la tiró y desapareció por la mañana porque ya había conseguido lo que quería, ¿no?

—¡Joder con la modosita! —Mark se volvió, desatendiendo la carretera.

—Mira hacia adelante. Con haber tenido un percance de tráfico con uno de los hermanos Sullivan me doy por satisfecha.

—Ya la irás conociendo, Mark. Te compensa contestar a sus preguntas, hazme caso.

—Me pareció una buena profesional y... bueno... me gustó. Fin del tema.

—Y por eso te marchaste por la mañana y ni siquiera diste señales de

vida en el tema laboral, ¿no?

—No voy a decir ni una palabra más, Emily. Tengo mis motivos para no querer involucrarme con nadie.

—O sea, que con ella podrías haber visto la posibilidad de involucrarte sentimentalmente —afirmó, más que preguntar.

—¡Dios! ¿Tu chica es de la CIA o qué, Travis?

—Algo así. Salvado por la campana, Mark. La siguiente salida es ya la del aeropuerto —le indicó Travis, señalando el panel informativo que dejaban atrás.

—¿La novia de Preston se parece en algo a la tuya?

—Es su mejor amiga desde la

guardería. Prepárate para lo peor.

—Quiero volver al rancho con mamá y Amy. Ellas son buenas —dijo Mark, con un mohín burlón en su boca.

—En el rancho está Katie, que es la peor de todas.

—Maldita sea.

Media hora después, Preston y Lisa salían con caras descompuestas por la puerta de la terminal de llegadas que Mark ya conocía tan bien después de los últimos días. Tras unos breves abrazos —entre las chicas— y palmadas en la espalda —entre los chicos—, se dirigieron de nuevo al coche.

—Vaya caras traéis. ¿Tan mal ha estado Londres? —preguntó Travis, en tono de broma.

—Londres ha estado perfecto.

Tenemos *jet lag*, gilipollas.

—Madre mía, qué humor.

—Tengo que hablar contigo —le susurró Lisa al oído a Emily, en cuanto se acomodaron en el asiento trasero del coche junto a Preston.

—¡Y yo! —le respondió su amiga, también en voz baja—. Tenemos que urdir una conspiración de las nuestras.

—No estoy para tus chorradas, Emily. Tenemos que hablar en serio.

—¡Eh! Tranquilízate, ¿vale? Me estás asustando.

—Ya hablaremos. Ahora quiero dormir un rato —respondió Lisa, con un desplante a su amiga, antes de girarse para apoyar la cabeza en el pecho de su

novio.

Regresaron al rancho conduciendo en silencio. Preston y Lisa cayeron dormidos casi en el mismo momento de subirse a la camioneta y, dado el humor que ambos habían mostrado desde que habían aterrizado, los demás decidieron respetar su descanso.

||

Cuando el rancho se quedó, al fin, en silencio, Mark salió al porche a relajarse un rato. Como conocía a sus hermanos, pasó por la cocina y llenó un cubo con agua fría, hielo e incontables botellines de cerveza. No le había dado tiempo a abrir el primero, cuando vio a Parker descolgarse desde la primera planta.

—¿Cuánto les das a esos dos imbéciles para aparecer?

—Cinco minutos. —Se rio Parker.

Fueron cuatro. Travis y Preston aparecieron, indignados, con una cerveza en la mano cada uno.

—Teníamos provisiones aquí fuera. No hacía falta que os arriesgarais a despertar la furia de mamá —se burló Mark—. ¿Qué coño os pasa, por cierto?

—No os lo vais a creer. Emily y Lisa han decidido dormir juntas. ¡Que tienen mucho que contarse, dicen!

—Bueno, vosotros podéis daros calorcito el uno al otro —se burló Parker.

—Dos hostias te voy a dar —replicó Preston, todavía indignado.

—Joder, Preston. Has venido de Londres con un carácter de mierda. ¿No te ha tratado bien la vieja Europa?

—Me ha tratado de maravilla —respondió, relajando el gesto—. ¿Qué tal todo por aquí?

—Parker no ha asesinado todavía a mamá, así que se podría decir que bien.

—¿Cómo lo has hecho para mantener ese *piercing* de macarra, hermanito? —se burló Travis.

—Pues, aunque os sorprenda, no he tenido que hacer nada. Amy se encargó de todo ella solita. Le dijo a mamá que, si me sacaba el *piercing*, a lo mejor no le gustaba tanto y decidía no casarse conmigo.

—Madre mía, Park, has conseguido

a una mujer capaz de enfrentarse a mamá. Enhorabuena. —Preston se sumó a las risas.

—Hoy he conocido a fondo a Emily y no querría ser mamá y enfrentarme a ella. Creo que le han caído las nueras que se merece.

—¿Y tú por qué te has enfrentado a Emily? —preguntó Parker con inocencia.

—Bah, tonterías.

—No desvíes el tema. Van a acabar enterándose, así que va a ser mejor que confíeses.

—Joder, Travis, dame una tregua, ¿no? —respondió Mark, malhumorado.

—¿Nos lo contáis o seguimos con el juego? —Preston se rio, mientras

alcanzaba un botellín de cerveza del cubo.

—Me acosté con la antigua fisioterapeuta de Emily.

—¿Y el problema es...?

—Fui a Boston, decidimos montar juntos el rancho de equinoterapia, como socios a partes iguales. Luego, me acosté con ella, me cagué vivo y me fui antes de que se despertara sin volver a dar señales de vida. ¿Contento, Travis? ¿Quieres que confiese algo más?

—No estaría mal saber por qué decidiste largarte si te gustó tanto como parece.

—Tampoco estaría mal saber algo más sobre la despedida de soltero — Mark cambió de tema, y sus hermanos se

lo consintieron. Ya había dado en esa noche más información que en los últimos siete años—. ¿Preston? ¿Cuántos somos, al final?

—Pues os vais a reír. —Preston puso su mejor cara de inocente. Se acercó a Parker y le robó un cigarrillo—. Nos vamos solo los cuatro.

—Pero, ¿qué dices? —protestó Parker—. ¿Y mis compañeros de la facultad y del instituto? ¿No te di todos los números para que invitaras al mayor número de gente posible?

—Parker, tus amigos son imbéciles. Llamé a todos. Unos me dijeron que me confirmarían al día siguiente, otros que no sabían si podrían, que tenían que preguntar en el trabajo... Así que me

rayé y cancelé todo.

—Pero, ¿tú estás mal de la cabeza?

—Mira, hermanito, aún te quedan muchas cosas por aprender. Cuando alguien te llama para la despedida de soltero de un amigo en Las Vegas, la única respuesta posible es «¿Cuántas *strippers* va a haber?». Si tus amigos no saben verlo, no merecen venir.

—¿*Strippers*? ¿Cómo que
strippers?

—Déjalo en mis manos.

—No, no. No quiero ni chicas desnudas, ni putas ni nada por el estilo.

—Tú déjalo todo en mis manos, hazme caso. Me he gastado casi todo el presupuesto en reservar la suite principal del MGM, entradas para el

boxeo incluidas.

—Esto empieza a ponerse interesante —comentó Travis.

—Muy interesante —confirmó Mark, levantándose del balancín—. Me voy a dormir. Mañana tengo que pasarme todo el día trabajando con los caballos. Vosotros estáis de vacaciones, pero yo no.

—Sí, yo también me voy. ¿Te importa si mañana me llevo a Katie a ver los caballos? Como no es bastante hiperactiva en tierra, quiere probar a subirse en una bestia de media tonelada.

—Claro. Tráela. Hay un par de ponis que serían perfectos para ella.

—Genial. ¿Vosotros no vais a meteros en vuestras camitas gemelas,

chicos?

—Qué remedio nos va a quedar, ¿no, Preston?

—Sí. Además, tengo que hablar contigo en privado. —Preston se volvió hacia su gemelo con el rictus más serio que Travis le había visto en toda su vida.

—Me estás asustando.

—Y más que te vas a asustar.

Domingo, 19 de junio.

Seis días para la boda.

Mark, Parker y Amy intercambiaban miradas, sentados a la mesa del gran desayuno familiar de los Sullivan. Travis y Preston devoraban bacon como si una hambruna amenazara con hacer desaparecer los productos cárnicos de Arizona. Emily y Lisa daban vueltas a sus tenedores sobre la montaña de huevos revueltos que María había insistido en servirles. Algo estaba ocurriendo y, por una vez en la vida, no parecía guardar relación con la boda del

sábado.

—Entonces, ¿está todo cerrado? — preguntó el patriarca de los Sullivan, que había llegado a primera hora de la mañana para instalarse en el rancho hasta el día de la boda. Todos parecieron agradecer que rompiera el silencio.

—¡Pues claro que no, George! Quedan cientos de cosas por hacer, ¿verdad, Amy?

—Emmmm... Yo creo que está todo listo, ¿no, Park?

—Yo no pienso hacer nada de nada hasta el momento del «sí, quiero».

—¿Estáis seguros?

—¡Síiii, mamáaaa! —respondieron, al unísono, los cuatro hermanos

Sullivan.

Las carcajadas sirvieron para distender un poco el ambiente. Mark, Parker y Amy se marcharon con Katie hacia los establos. Mientras Mark trabajaba, ellos pensaban pasar el día montando con su hija.

—¿Y vosotros dos, qué planes tenéis para hoy? —preguntó George a los gemelos.

—Fútbol. Un partido a muerte entre hermanos.

—¿Y tu rodilla, Travis? —preguntó Vivian.

—Mamá, por Dios... Deja de preocuparte por todo. Tómate el día libre. Descansa. No sé, algo así.

—Yo no descanso desde hace

veintiocho años, jovencito. Desde el mismo día en que comenzó la estirpe de los Sullivan. ¿Y vosotras, chicas? ¿Tenéis planes para hoy?

—Nos ha dicho Mark que podemos coger la camioneta. Pensábamos acercarnos a Phoenix a visitar a la madre de Emily —aclaró Lisa.

—¿Me parece perfecto! ¿Por qué no la invitas al rancho, cariño?

—No, no... No es necesario. Vendrá el día de la boda y creo que eso será suficiente para todos —se disculpó sonrojada.

||

—Si pretendes que me olvide de todo lo que me atormenta, llevarme a ver a tu madre no me parece la mejor

opción —protestó Lisa, enfilando la autopista en dirección a Phoenix.

—No vamos a ver a mi madre. O sea, sí vamos, pero al final del día. No estoy preparada para lloriqueos todavía.

—¿Y qué vamos a hacer exactamente?

—Irnos de compras. Y comer por ahí. Y, sobre todo, escapar de la casa de nuestros suegros y regalarnos un día juntas. ¿Sigues sin parecerte una buena idea?

—De repente, me parece una idea excelente.

—Y urdir un plan malévolo.

—¡Es verdad! ¿Qué era esa conspiración de la que me hablabas ayer?

—¿Te acuerdas de Alice, la fisioterapeuta que trabajó conmigo un par de años?

—Sí, claro que sí. ¿Por qué?

—Se acostó con Mark.

—¿Con Mark? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Mark quiere, o quería, montar un centro de terapia con caballos en el rancho. Travis me comentó que estaba buscando un fisioterapeuta, y yo le recomendé a Alice. Se vieron en Boston, congeniaron y, en principio, iban a trabajar juntos.

—¿Pero?

—Pero se enrollaron, y él desapareció sin dejar rastro.

—¿Y nosotras qué pintamos en eso?

—¡Que él está totalmente colado

por ella!

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque ayer hablamos sobre el tema cuando íbamos a recogeros al aeropuerto. Y se le notaba un montón.

—Emily, ¿te das cuenta de que parece que tienes catorce años?

—¿Y? Cuando tenía catorce años, parecía que tenía setenta y cinco.

—Eso también es verdad. Me has convencido. ¿Qué quieres hacer?

—Vamos a buscar un sitio donde comer, y luego voy a llamar a Alice.

||

Mark aprovechó la manguera de los establos para asearse un poco y para aliviar el asfixiante bochorno de mediodía. Pateó con la punta de su bota

la precaria valla de madera y maldijo en silencio.

—¿Qué pasa, tío? —Escuchó la voz de su hermano pequeño desde el fondo del establo.

—¿Tú qué haces ahí?

—Esconderme de Katie, creo. Lleva tres horas torturándonos subida a ese poni que le has prestado.

—Es fantástica, Park. Hiperactiva pero genial.

—¿Te crees que no lo sé? —Parker sonrió—. ¿Y a ti qué te pasaba?

—Nuestro mejor caballo tiene una enfermedad genética incurable.

—Vaya. ¿Y qué repercusión tiene eso?

—Es el mejor semental del rancho.

Y ahora tengo que dejar de utilizarlo. Es una ruina más. He hecho milagros para que el rancho sea sostenible, pero cada vez es más difícil.

—¿Y el proyecto de equinoterapia?

—Aparcado. Temporalmente.

—¿Por la chica que nos comentaste anoche?

—Entre otras cosas. —Mark no tenía el cuerpo para secretos. Se sentó en el travesaño de una de las cuadras y hundió la cabeza entre sus manos—. Estoy jodido, Park. Estoy muy jodido.

—¡Eh, eh, Mark! Tienes que animarte, tío. Llama a esa chica. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que te mande a la mierda?

—Tengo miedo, joder.

—¿Tú? ¿Tú tienes miedo? ¡No me jodas, Mark! Eres la última persona del mundo a la que me imagino teniendo miedo.

—Parker... —Mark pronunció el nombre de su hermano con la voz estrangulada—. No tenéis ni puta idea de quién soy. Estoy harto de esa imagen de hermano mayor todopoderoso.

—¿Qué pasa, Mark?

—Hablaemos en Las Vegas. —Mark se levantó, dejando su comentario críptico flotando entre ellos—. Tengo que seguir trabajando. ¿Nos vemos esta noche en el porche?

—Claro. —Parker sonrió a su hermano y le dio un cariñoso apretón en el antebrazo.

Alice Walsh llevaba corriendo ocho kilómetros y medio cuando su lista de reproducción de metal californiano se interrumpió de forma abrupta por una llamada. Giró su brazo para ver la identidad del remitente, sonrió y respondió a través de su auricular manos libres.

—¡Hola, Em! ¿Qué tal estás?

—*¡Alice! ¿Qué tal? Yo estoy fenomenal.*

—¿Dónde andas?

—*Estoy en Phoenix.*

—¿Visitando a tu madre? ¡Ánimo!

—bromeó Alice.

—*No, no. Visitando a mi familia política.*

—¿Familia política? ¿Tan en serio van las cosas con ese chico?

—*Sí, Alice. Muy en serio. Es maravilloso.*

—¡Oh, por Dios! ¡No me lo puedo creer!

—*¡No te burles de mí!*

—Claro que no me burlo, enana... Me alegro muchísimo por ti.

—*Ya lo sé. Oye... Yo quería comentarte una cosa.*

—¿Por qué presiento que no me va a gustar?

—*Me he enterado de lo de Mark.*

—¿Qué Mark? —fingió Alice.

—*Oh, vamos, Alice. No te hagas la tonta. Omitiste algo de información cuando me dijiste que no habían ido*

bien las cosas con el hermano de Travis.

—Está bien. Te has enterado. ¿Y?

—*Que creo que el proyecto que quería empezar contigo era una gran idea.*

—Sí, claro, eso también lo sé yo. Lo que no sabía era que se iba a acostar conmigo, desaparecer y olvidarse del proyecto.

—*He estado hablando mucho con Travis. Él dice que su hermano es una persona maravillosa, y a mí también me lo ha parecido en estos días que he convivido con él.*

—Ah, pues muy bien. Me alegro de que vayas a tener un cuñado maravilloso
—ironizó Alice.

—*No seas boba. ¿Por qué no hablas con él?*

—Emily, ¿estás tonta? Pasé con él un día maravilloso, quizá el mejor día de mi vida, me dormí en sus brazos... y me desperté congelada, sobre la alfombra del pasillo y sola. Y no volví a saber de él. ¿A ti te parece que debo llamarlo? ¿En serio?

—*Joder, Alice, lo siento. No sabía que habían sido así las cosas.*

—No te preocupes. Ya pasó. Prefiero quedarme con el recuerdo de un día genial que ponerme a decir lo que en realidad pienso de él.

—*Bueno, si en algún momento quieres saber de él, yo lo tengo a mano. ¿Dónde estás trabajando ahora, por*

cierto?

—Estoy en Los Ángeles. Cobrando una pasta por recuperarle un hombro a un actor de carácter insufrible.

—*¿En Los Ángeles? ¿En serio? ¡Pasado mañana me voy a Los Ángeles!*

—*¿De verdad?*

—*¡Sí! Se casa otro de los hermanos de Travis, y las chicas nos vamos de despedida de soltera a Los Ángeles tres días. ¡Tenemos que vernos!*

—¡Claro! Si puedes escaparte un momento de la despedida, podemos ir a tomar algo.

—*¿Estás de coña? ¡Tú te vienes a la despedida!*

—Pero, ¿qué dices, loca? No conozco a nadie. Me muero de

vergüenza.

—*Solo somos tres chicas. Y una de ellas es Lisa, a la que ya conoces. ¡Tienes que venirte!*

—Está bien. ¡Llámame cuando estés en *LA*! Puedo llevaros a sitios fantásticos.

—*¡Claro!*

||

La reunión de hermanos en el porche parecía haberse convertido en una tradición ineludible. Esa noche, cuando Mark llegó, sus tres hermanos ya estaban acomodados, repartidos entre el balancín y el suelo de teca.

—Ya pensábamos que no venías.

—Me he quedado dormido encima de la cama al salir de la ducha.

Recordadme el día de hoy la próxima vez que tenga tentaciones de aparcar el trabajo un par de días. He tenido que recuperar tantas tareas que mañana voy a tener agujetas hasta en los dientes.

—Quizá si entraras en razón, dejaras que papá vendiera este páramo y te pusieras a ejercer como abogado, no te ocurrirían esas cosas.

—Oh, por supuesto, Preston. ¿Cómo he podido no planteármelo? ¡Espera! Tengo una idea mejor. ¡Voy a entrar en política!

—Bueno... —Se rio Travis por lo bajo.

—Y, cuando todo el mundo me considere la mayor promesa del país, hago un discurso declarándole mi amor

a mi novia. ¿Qué opinas, Preston? ¿Sería mejor idea que seguir trabajando en este páramo?

—Vale, vale, lo he captado. — Preston se carcajeó—. ¿Mucho revuelo por aquí con mi retirada?

—Si por revuelo te refieres a que fuiste portada de todos los diarios de la costa este... —aclaró Travis.

—En Londres, desconectamos de todo, ¿sabéis? Ni siquiera encendíamos la tele en el hotel ni nos conectábamos a internet más que lo justo para organizar la despedida. Fue genial.

—El abuelo está que trina contra ti —añadió Parker—. Creo que he pasado a ser su favorito. Ha llamado porque quiere verme mañana a solas.

—Pues no creo que te vayan a proponer a ti entrar en política. Tendrías un *look* muy rompedor para el Partido Republicano.

—Te va a soltar un montón de pasta como regalo de boda, ya verás —aventuró Mark.

—Pues no me vendría mal del todo. Hasta que pueda empezar a ejercer, tengo que seguir viviendo de la caridad de papá. Y Amy no lo lleva demasiado bien. Nada bien, de hecho.

—¿Y eso?

—Ella lleva trabajando desde los dieciséis años, desde que nació Katie. Así que le ha costado un poco entender la idea de papá de mantenernos todo este año mientras estudiábamos. De

hecho, ha seguido trabajando en un McDonalds los fines de semana para pagarse sus cosas. Es lo máximo que pude negociar con ella.

—¿Cuándo te dan la nota del examen del Colegio de Abogados?

—Esta semana debería estar. Como si la boda me estuviera poniendo poco nervioso...

—¿Tienes ofertas de algún despacho ya? —se interesó Travis.

—Sí. Alguna cosa ha surgido, pero nada que me acabe de ilusionar.

—¿Tú vas a seguir en la facultad, Preston?

—A media jornada. Es lo máximo que pueden ofrecerme después de renunciar a mi puesto por la puta carrera

política que al final no voy a tener. Esperemos que Lisa encuentre trabajo pronto o tendré que pedirle a Amy que me enchufe en ese McDonalds.

—He estado pensando... —Travis encaró a sus hermanos, poniéndose serio, lo cual resultaba toda una novedad—. ¿Por qué no montamos algo los tres?

—¿Montar algo de qué?

—No sé. Sullivan, Sullivan y Sullivan. Ya me imagino el cartel. — Travis representó el gesto en el aire—. ¿Por qué no?

—Estás mal de la cabeza.

—Vaya, un argumento fantástico. ¡Pensadlo! Llevo un año trabajando como un esclavo en derecho mercantil.

Preston, tú tienes experiencia en derecho internacional. Y Parker seguro que sabe utilizar la fotocopidora y la máquina de café.

—Muy gracioso, Travis. —Parker se puso serio—. ¿Crees que podría funcionar?

—¿Te lo estás planteando en serio?

—Sí. ¿Lo tienes mínimamente planificado?

—Tengo el plan de negocio hecho paso a paso.

—¡Joder! —exclamó Preston.

—Puede funcionar. Y, si no lo hace, ¿qué tenemos que perder?

—Bueno, tú tendrías que dejar tu trabajo. Es bastante pérdida, ¿no? —intervino Mark.

—Tú dejaste tu trabajo en el despacho de papá por montar el rancho. ¿Te arrepientes?

—El rancho es una ruina y cada día estoy más empantanado aquí. —Mark hizo una pausa—. Pero no me he arrepentido ni una sola vez.

—¿Veis? Además, en el futuro, Amy y Emily podrían trabajar con nosotros.

—Para entonces podríamos estar todos casados y seríamos Sullivan, Sullivan, Sullivan, Sullivan y Sullivan. No se puede negar que el nombre tiene pegada.

—Muy gracioso, Preston. Pero, hablando en serio, ¿estás dentro?

—Estoy dentro. Al cien por cien.

—Joder. ¿Lo vamos a hacer? —

Travis se levantó de un salto y se terminó de golpe su cerveza. Cogió la última que quedaba. Esa noche, el ritmo de bebida había sido algo vertiginoso.

—Ha sido idea tuya, ¿no?

—Sí, pero no tenía ninguna esperanza de que fuerais a aceptar.

—¿Dejamos pasar el verano y empezamos?

—Bueno... yo aún tengo que aprobar el examen.

—Vamos, Park... Sabes que lo vas a aprobar. ¿Cuándo has suspendido tú un examen?

—Nunca —les respondió, guiñándoles un ojo y apagando su cigarrillo en el fondo del enésimo botellín de cerveza—. Me voy a la

cama. Estoy un poco borracho.

—Todos lo estamos, creo —
confirmó Mark, levantándose en un
tambaleo.

—Sullivan, Sullivan y Sullivan solo
podía empezar como una idea de
borrachos. —Preston se carcajeó,
apoyado en su hermano gemelo—. ¿Las
chicas nos dejan dormir con ellas hoy?

—Sí. Emily y yo en la de invitados,
Lisa y tú en la nuestra.

—Perfecto.

—A cumplir, chavales —se burló
Parker, mientras todos se despedían.

Lunes 20 de junio.

Cinco días para la boda.

Mark se despertó con las primeras luces del alba. Quién le iba a decir a él, que siempre había sido el más remolón de la familia, que tres años de trabajo en el campo harían que se despertara antes de la salida del sol. Se tapó los ojos con el brazo derecho, repasando en su cabeza las tareas del día. Era su última jornada de trabajo real hasta después de la boda, lo que significaba que estaban a punto de comenzar sus primeras vacaciones en tres años. Tenía que

levantarse cuanto antes y dejar cerrado su trabajo en el rancho, ya que por la tarde debía reunirse con dos proveedores en Tucson. La tentación de darse una vuelta y continuar durmiendo estaba a punto de ser más fuerte que él. Las reuniones con proveedores, las tareas propias del rancho y el simple hecho de tener que planificar su día le resultaba tedioso y agobiante. Volvía a sentirse en un callejón sin salida, asfixiado. La conversación de la noche anterior entre sus hermanos había puesto una piedra más sobre su cabeza. El proyecto de montar un bufete de abogados los tres juntos le parecía una pequeña locura; no acababa de imaginar a Parker trabajando mano a mano con

Preston y Travis. Pero era la clase de locura que salía bien; la clase de locura que hacían las personas felices, las que no acarreaban cargas en su conciencia. Incluso Parker había conseguido soltar lastre. Él sabía que iban a triunfar, igual que lo habían hecho en sus vidas privadas. Amy, Emily y Lisa eran fantásticas, y no podía evitar sentir envidia de sus hermanos pequeños. Él siempre había sido su guía, el hermano mayor al que pedían consejo, al que confesaban sus miedos, sus errores y sus ilusiones. Y, al parecer, había hecho mejor trabajo aconsejando que viviendo su propia vida.

Las agujetas por el exceso de trabajo físico del día anterior casi

hicieron que se arrepintiera de haberse levantado de la cama de un salto. Casi. Pero aquel salto no fue para Mark solo un movimiento físico. No sabría explicar qué hizo que su cabeza cambiara de rumbo, pero algo le hacía pensar que aquel lunes de junio podría ser el primero de una nueva forma de vivir. Quizá fue esa envidia hacia sus hermanos pequeños, hacia las tres personas que más quería en el mundo; una emoción que lo hizo sentir miserable. O, simplemente, el hartazgo de su propia apatía vital, que en algún momento tendría que explotarle en la cara. O quizá era el recuerdo constante de una tarde de primavera en Boston.

Cuando entró en la cocina, después

de una larga ducha, esbozó una media sonrisa. Recordó que, cuando eran pequeños, sus hermanos y él creían que su madre dormía vestida, peinada y maquillada, ya que siempre se le encontraban así a primera hora de la mañana, daba igual cuánto decidieran madrugar. Vivian Sullivan pasaba ya de los cincuenta años —un dato que nadie se atrevería jamás a mencionar en público—, pero allí estaba, ayudando a María a acabar de preparar el desayuno y dando órdenes a los habitantes de la casa que ya habían decidido abandonar la seguridad de sus dormitorios.

—¡Mark! Buenos días, cariño. — Como cada mañana, su madre se acercó a él y le ofreció la mejilla para que él la

besara—. ¿Tienes mucho trabajo hoy?

—Aquí siempre hay mucho trabajo, mamá. No contéis conmigo en todo el día. A mediodía saldré hacia Tucson y volveré tarde.

—Trabajando tanto, es normal que no encuentres una chica.

—Mamá... Deja el tema —protestó Mark.

—¿Sabes quién va a venir a la boda? ¡Lucy!

—¿Y quién se supone que es Lucy?

—¡Lucy Lancaster! ¡La hija de Lynette!

En el mismo momento en que Vivian pronunció ese nombre, el color abandonó la cara de Mark; a Parker se le resbaló de las manos su taza de café,

derramando el contenido por toda la encimera; Travis se atragantó con un trozo de bacon; y Preston sufrió un conato de ataque de risa que hizo que un hilillo de zumo de naranja abandonara su cuerpo por vía nasal.

—¿Alguien me acompaña fuera? —acertó a preguntar Parker, mostrando un paquete de Marlboro Red sin estrenar.

—Oh, por Dios, si ni siquiera has acabado de desayunar, hijo —protestó Vivian, antes de observar, atónita, cómo sus hijos abandonaban la cocina por la puerta trasera.

Los cuatro hermanos Sullivan, sin excepción, rompieron en carcajadas en el momento exacto en que adivinaron que estaban fuera del alcance de los

oídos de los ocupantes de la cocina que todavía seguían desayunando.

—No me lo puedo creer. —Mark fue el primero capaz de expresarse con palabras—. ¿Vosotros también os habéis acostado con Lynette Lancaster?

—Eso parece —respondió Travis, secándose una lágrima de risa del rabillo de su ojo izquierdo—. Es una historia demasiado sórdida. Ni siquiera me había planteado que tendría que verla en la boda.

—¿Qué me vas a contar a mí? Cada vez que acabo en su casa me juro que será la última, pero... sigue estando demasiado buena para su edad —aclaró Mark—. ¿Parker? ¿Tú también?

—A mí me desvirgó a los quince —

reconoció, sin apartar la mirada del suelo, aunque con una mueca de risa en los labios—. ¿Preston?

—Me temo que mi historia es la misma que la de Travis.

—¿Qué significa eso de que es la misma historia? —preguntó Mark, con una mirada de sospecha.

—El verano pasado, cuando estaba tan jodido de la rodilla, mamá me convenció de que su amiga Lynette tenía unas cremas homeopáticas fantásticas. Me llevé a Preston para neutralizarla.

—Decidme que no os la tirasteis los dos —suplicó Parker, tapándose la cara con las manos.

—Ojalá pudiéramos decirte tal cosa —afirmó Preston—. Nos recibió en

bikini e hizo unos comentarios bastante inapropiados sobre su fantasía de acostarse con dos hermanos gemelos.

—Se nos fue de las manos — confirmó Travis.

Volvieron a estallar en unas carcajadas que solo se vieron interrumpidas por la irrupción de Lisa y Amy.

—¿Se puede saber qué os pasa a los cuatro? —preguntó Amy.

—Creo que tenéis algo que contarnos sobre esa tal Lucy Lancaster —dijo Lisa, en tono de fingidos celos, abrazando a Preston por la espalda.

—Os podemos asegurar que nunca jamás ha pasado nada entre Lucy y ninguno de nosotros. Palabra de *boy*

scout. —Preston hizo el gesto del juramento con su mano derecha, y sus tres hermanos lo secundaron.

—Sí que tenéis vosotros mucha pinta de haber sido *boy scouts* —afirmó, burlona, Amy—. Parker, Katie te reclama. Se ha quedado con mi madre y con Emily, pero creo que quiere un poco de *papá* Parker, para variar.

—Ahora entro. ¿Tenéis planes para hoy, chicos?

—Nada en concreto —respondió Travis—. ¿Os apetece un poco de baloncesto? ¿Sigue estando la canasta en el patio, Mark?

—Sí, pero no contéis conmigo. Tengo muchísimo trabajo pendiente.

—¡Vamos! ¿No puedes adelantar un

día el principio de las vacaciones?
¿Cuánto hace que no nos retamos?

—No, chicos, ni de broma... —
Mark miró a sus hermanos, observó a lo lejos a los trabajadores del rancho alimentando a los animales y decidió que ese momento era tan bueno como cualquier otro para dejar de refugiarse en excusas que le impedían hacer aquello con lo que se sentía feliz—. ¿Sabéis qué? ¡A la mierda con todo! Dadme cinco minutos para dar unas instrucciones a los trabajadores, y empezamos. Yo voy con Parker.

—Voy a convencer a Katie de que sea nuestra animadora. A ver si así consigo jugar sin ella en brazos.

—Vamos a cambiarnos.

Veinte minutos después, Amy, Emily y Lisa se acomodaban en las modernas tumbonas de teca para convertirse en espectadoras de excepción del encuentro deportivo de los hermanos Sullivan. Michelle trataba de hacerse cargo de Katie, aunque la niña tenía otros planes y se limitaba a aplaudir y chillar cada vez que Parker tocaba la pelota. Amy prefería no mirar demasiado a su madre, no fuera a ser que descubriera en ella la misma cara que tenían Emily, Lisa y ella misma.

Ver a los cuatro hermanos Sullivan en acción no era algo que una persona normal se encontrara un día cualquiera al terminar de desayunar. Aunque aún no eran las diez de la mañana, el calor ya

arreciaba, y a los pocos minutos de empezar a jugar, ya todos ellos se habían desprendido de sus camisetas. Cuatro torsos desnudos, delineados hasta el punto de que habrían resultado muy útiles para el estudio de los músculos en una clase de anatomía, se deslizaban ágiles por el patio en un partido que, como siempre que competían, no tenía nada de informal. Parker destacaba entre sus hermanos por su pelo más oscuro y sus brazos y su pecho cubiertos de tatuajes. Sus ojos verdes solo se desviaban del balón el tiempo justo para sonreír a Katie y lanzar miradas de reojo a Amy, que hacían que ella tuviera que refrescarse con el té helado que María les había

servido con su diligencia habitual. Preston y Travis solo parecían diferenciarse por la protección que este último se había colocado en su maltrecha rodilla derecha. Aunque Lisa percibía el tono un poco más oscuro y el corte algo más descuidado del pelo de Preston, y Emily diferenciaba los destellos azulados de los ojos de Travis. Mark era cuatro años mayor que Parker y dos que los gemelos, pero la diferencia de edad parecía acrecentarse en su físico. Se le veía endurecido por el trabajo en el campo, con sus músculos dorados por el sol y su pelo más claro que cualquiera de sus hermanos.

Los chicos aprovecharon la discusión sobre una jugada para beber

agua y derramarse parte de la botella sobre la cabeza y el torso. Amy miró a su derecha y tuvo que contener la risa al ver a Emily bajarse las gafas de sol hasta la punta de la nariz y a Lisa abrir la boca sin importarle que cualquiera fuera consciente de ello.

—Cómo están esos cuatro, ¿no? — comentó Amy, entre risas.

—Tú al menos puedes distinguir a Parker sin problema. Yo estoy a punto de entrar ahí y hacer un destrozo — replicó Lisa.

—Haz el destrozo que quieras, pero como roces siquiera a Travis, te arranco la cabeza.

—No tendrán por casualidad un hermano unos veinte años mayor,

¿verdad? —preguntó desde su tumbona Michelle.

—¡Mamá, por Dios!

—¿Qué pasa, Amy? ¿Crees que solo vosotras tenéis ojos en la cara?

—Esto es demasiado raro. Dejemos el tema.

—Parker es el más guapo de todos —sentenció Katie, sentada en el suelo y, en teoría, ajena a la conversación. El resto de las mujeres se miraron un segundo antes de estallar en carcajadas.

||

Algunas horas después de aquel improvisado partido de baloncesto en que habían sido vapuleados por los gemelos, Mark y Parker se repartían los vehículos disponibles.

—Llévate la camioneta a Phoenix, no hay problema —ofreció Mark—. Me apetece ir en moto a Tucson.

—No me hace gracia que hagas tantos kilómetros en ese trasto. Cogeré el coche de papá.

—En serio, Parker. Yo voy a ir en moto. Necesito aclararme la cabeza, despejarme, pensar... Y eso solo lo consigo con el viento en la cara. No te preocupes. Llevo subiéndome a esa moto desde que tenía dieciséis años.

—Está bien —cambió de tema—. Me da pánico esa visita al abuelo. Prefiero no pensar en qué tiene que decirme.

—Oh, vamos, Parker. Preston y tú sois sus favoritos. Y verás cuando le

cuentas esa historia de Sullivan, Sullivan y Sullivan. Le va a encantar.

—Eso espero. Deséame suerte.

—No, enano. Deséamela tú a mí.

—¿Tan importante es esa reunión con proveedores?

—No. Esa reunión no importa nada de nada —respondió, misterioso, antes de abandonar el garaje de la casa a lomos de su vieja moto, ajustándose el casco con una mano y haciendo rugir el motor con la otra.

||

Parker atravesó las enormes puertas metálicas de la finca de su familia paterna y recordó los muchos momentos de su infancia en que había entrado junto a sus hermanos en la que era la vivienda

del gobernador. Parker estaba algo nervioso ese día, no solo por la insistencia que su abuelo había mostrado en verlo a solas, sino también porque esa mañana había decidido que, dado que estaba a punto de convertirse en todo un padre de familia, quizá no sería mala idea dejar de ser un cobarde y mostrarle a su abuelo su peculiar aspecto físico. Porque Parker Sullivan había sido, desde su alocada adolescencia, un firme defensor de sus tatuajes y sus *piercings*, pero su convicción siempre había titubeado cuando se trataba de su abuelo, y se había pasado la vida visitándolo con camisetas de manga larga y quitándose el *piercing* del labio antes de entrar a

verlo. No era para menos: Nathaniel Sullivan había sido —y todavía era— el hombre más respetado y temido de toda Arizona, pero para Parker, Preston, Travis y Mark no era más que su abuelo. Un abuelo duro y estricto, que no había dudado en castigarlos con severidad cuando descubría alguna de sus muchas fechorías, pero que siempre había sido justo con ellos. Hacía algunos años que la abuela había muerto, pero él se negaba a abandonar la enorme casa en la que había vivido junto a ella más de sesenta años. Mientras esperaba a que el mayordomo lo hiciera pasar al despacho, sonrió pensando en las enormes diferencias entre aquella mansión y el pequeño apartamento que

Parker compartía con Amy y Katie en Harlem.

—Parker, acércate que te vea bien. —El recibimiento de su abuelo fue tan cálido como siempre, y Parker sintió una punzada de culpabilidad por no visitarlo lo suficiente. En el aspecto de su abuelo, aunque regio, eran evidentes cada uno de los ochenta y siete años que tenía—. ¿Eso que tienes en el labio es un pendiente?

—Sí, abuelo. —Parker sonrió. La conversación no empezaba por el punto más fácil.

—Este mundo se ha vuelto loco. ¿Tus hermanos también llevan cosas de esas en el cuerpo? —le preguntó, señalando sus tatuajes.

—No. Claro que no. Ellos son mucho más York que Sullivan, ya lo sabes. —Parker sabía que alinearse con la rama paterna frente al aún más aristocrático apellido materno le haría ganar puntos de manera inmediata.

—¿Te has enterado de la locura que ha hecho Preston con su carrera?

—¿Hay alguien que no se haya enterado? —Parker tomó asiento en una butaca de piel color verde botella, idéntica a la que ocupaba su abuelo.

—Supongo que es demasiado tarde para intentar convencerte de que ocupes su lugar, ¿no?

—Abuelo, me temo que es demasiado tarde incluso para convencerme de que vote a los

republicanos.

—Vamos a dejar la política fuera de la conversación, Parker. —Su abuelo hizo un gesto de fingido horror—. No quiero tener que castigarte como cuando eras un niño.

—¿Para qué querías verme?

—¿Estás seguro del paso que vas a dar el sábado, hijo?

—Sí, abuelo. —Parker sonrió con suficiencia—. Más que seguro.

—En la familia Sullivan nunca ha habido un divorcio. Espero que no seas tú el primero. ¿No crees que eres demasiado joven para casarte?

—¿A qué edad te casaste tú con la abuela? —contraatacó Parker.

—No tiene nada que ver. Eran otros

tiempos.

—¿Cuántos años tenías?

—Veintidós.

—Yo tengo casi veinticuatro.

—Definitivamente, deberías entrar en política. —Su abuelo sonrió con orgullo—. He recibido un soplo de Richard, de Nueva York.

—¿Ah, sí? —Parker se tensó ante la mención de ese nombre. Richard Bryant había sido el asesor político de la familia, y su fama lo precedía—. ¿Sobre qué?

—Eres la tercera mejor nota en el examen del Colegio de Abogados del estado de Nueva York. En los próximos días te lo comunicarán de forma oficial y podrás empezar a ejercer.

—¿De verdad? —Parker saltó en su butaca—. Pero, ¿cómo podéis saberlo ya?

—Por Dios, hijo. Richard lo sabe todo. ¿Tienes ya alguna idea de dónde querrás trabajar?

—Bueno... Preston y Travis van a matarme por estropearles la exclusiva, pero... Estamos pensando en montar un despacho los tres. En Nueva York. Algo así como Sullivan, Sullivan y Sullivan, aunque espero que el nombre sea algo provisional.

—Interesante.

—¿Te parece una buena idea? — Aquel hombre podía ser un anciano, pero también había sido uno de los mejores abogados del estado, y su

opinión le importaba a Parker más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Me parece excelente. Nunca vas a encontrar unos socios más fieles que tus propios hermanos. —Nathaniel Sullivan giró la cabeza buscando algo con la mirada. Cuando lo localizó, le hizo un gesto a su nieto—. Quiero pensar que te gusta el buen whisky, ¿me equivoco?

—No. —A Parker se le escapó una risa franca—. No te equivocas. ¿Tú puedes beber?

—Supongo que no. A los ochenta y siete años no se puede hacer nada. Pero aquí ya no está tu abuela para regañarme. Sirve dos vasos y no te quedes corto. Quiero hablarte de algo serio.

—Tú dirás —le respondió Parker, cogiendo con cuidado la delicada licorera y dos vasos de exquisito cristal antiguo.

—Tu mujer tiene una hija, ¿no?

—Sí. Se llama Katie y tiene seis años. ¿Te supone algún problema? — Parker tensó la mandíbula. Había unas cuantas cosas innegociables en su vida, y, sin duda, Katie era una de ellas.

—¿Es cierto que has decidido adoptarla?

—Sí. Travis se está encargando del caso. En algo más de seis meses, Katie será... Katie Sullivan.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? Esa niña tendrá un padre.

—Sí, abuelo. Claro que esa niña

tiene un padre. Yo soy su padre. Da igual lo que tarden en resolverse los asuntos legales. Estoy seguro de que mi relación con Amy va a durar toda la vida, pero, aunque no fuera así, te puedo asegurar que siempre querré ser el padre de Katie.

—En ese caso... —Parker vio a su abuelo abrir un cajón y abrió los ojos como platos al verlo escribir en su chequera—. Tu abuela dejó instrucciones muy claras sobre lo que haríamos en el momento en que llegaran nuestros bisnietos.

—Abuelo, yo no quiero nada...

—No digas tonterías. Si Katie Sullivan va a ser mi primera bisnieta, tendré que asegurar su futuro.

Parker vio a su abuelo rellenar dos cheques y entregárselos. Tuvo que hacer un ejercicio de autocontrol para no derramar el carísimo whisky escocés sobre la alfombra.

—Y, ahora, deja que te dé un par de consejos para esa despedida de soltero en Las Vegas de la que me han hablado. No confío demasiado en que el imbécil de Preston haya hecho las cosas bien.



Hacía más de una hora que Mark había decidido prescindir del casco mientras circulaba por la I-10 en dirección a Tucson. Sabía que era un riesgo estúpido, pero decidió correrlo por una vez. El viento, aunque cálido, le salpicaba la cara y revolvía su ya de por

sí rebelde pelo rubio. Recordó una vez más la breve charla que había mantenido horas antes con Emily, a escondidas de todos los demás miembros de la familia, calculó el tiempo que le quedaba para la reunión con los proveedores y decidió dejar de posponer lo inevitable. Se desvió a una pequeña estación de servicio y compró una botella grande de agua helada. Bebió con ansia para tragar el nudo de nervios que se le había formado en la garganta y marcó el número de teléfono que se sabía ya de memoria.

—¿Sí?

—¿Alice?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Mark Sullivan.

—*Ajá.*

—Mark Sullivan, del rancho de equinoterapia —aclaró, sintiéndose más estúpido a cada segundo. Ella no parecía dispuesta a cooperar en la conversación... claro que él tampoco había esperado otra actitud.

—*Sé quién eres.*

—Ah. Ya... Pensé que no me habías reconocido.

—*No suelo olvidar a los tíos que me dejan durmiendo sola sobre una alfombra.*

—Claro. Comprendo... —A Mark le habría encantado saber cómo salir de ese punto muerto—. Yo... yo llamaba para pedirte disculpas. Mi comportamiento en Boston fue

imperdonable.

—*Vaya... Has tardado solo seis semanas en darte cuenta. Yo tardé unos seis segundos.*

—Sí. Soy bastante lento. —Se frotó la nuca con furia y recordó cuántas veces había visto ese mismo gesto en sus hermanos. Era el sello de nerviosismo de los Sullivan—. También quería decirte que no me puedo imaginar el proyecto del rancho sin ti.

—*Pues vas a tener que hacerte a la idea porque yo ya no estoy interesada.*

—Alice... Siento muchísimo lo que pasó entre nosotros. De veras, no te imaginas cuánto me arrepiento de haber escapado de ti de aquella manera. Pero te hablo en términos profesionales. Los

dos sabemos que conectamos a la perfección. Tú estabas ilusionadísima con el proyecto, y yo... yo, sencillamente, he tenido que aparcarlo porque no puedo llevarlo a cabo con nadie más.

—*Mark, me temo que no lo entiendes. Por supuesto que la idea me pareció interesante, pero yo solo trabajo con personas en las que confío. Y tú no eres digno de esa confianza.*

—Lo seré.

—*¿Ah, sí? Pues me alegro por ti y por la persona que decida trabajar contigo.*

—Tú vas a ser esa persona. Volveré a llamarte.

—*No responderé al teléfono.*

—Sí que lo harás. Insistiré hasta que me perdones. —Mark sonrió. La vieja confianza en sí mismo, que creía perdida para siempre, había vuelto a reaparecer—. Te llamaré mañana.

—*Adiós, Mark.*

—Adiós, Alice.

Colgó el teléfono, sonrió y sintió que acababa de dar el primer paso para cambiar su vida. Podría salir bien o mal, podría conseguir su perdón o no, pero nadie podría acusarlo esta vez de no haberlo intentado.



La cena de la familia Sullivan acabó entre brindis de celebración por los planes laborales de los tres hermanos pequeños. Preston, Travis y Parker no

podían negar que estaban sorprendidos con la acogida perfecta que había tenido su idea de negocio entre sus novias y sus propios padres. Incluso Emily y Amy se habían mostrado más que entusiasmadas con la idea de formar parte del proyecto en cuanto acabaran sus carreras. Todos sintieron algo de pena cuando Mark llamó para informarlos de que se había retrasado en sus reuniones y que no llegaría a tiempo para cenar. Eso sí, les había dejado claro a sus hermanos que esperaba unirse a ellos en el porche antes de irse a dormir.

Poco antes de medianoche, ya se encontraba allí, con una Budweiser a medio beber en la mano.

—¿Todo listo para Las Vegas,

chavales? —les preguntó en cuanto se sentó entre ellos.

—Más que listo —respondió Preston—. ¿Qué tal te ha ido en Tucson?

—He cancelado todos los contratos con los proveedores.

—¿Y eso? —Travis dejó lo que tenía entre manos y miró a su hermano a los ojos con sorpresa.

—He decidido retomar el proyecto del rancho de terapia. Participe o no Alice, aunque espero poder convencerla de que lo haga.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Parker. Travis ya conocía la respuesta a esa pregunta. Alice se había puesto en contacto con Emily en cuanto había colgado la llamada con Mark.

—He hablado con ella. Me odia.

—¿Y desde cuándo eso es un problema? —bromeó Preston.

—Espero que deje de serlo. —Mark bebió un trago largo de su cerveza, sonrió y, al fin, fijó su mirada en lo que Travis sostenía entre sus manos—. ¡¿Eso es hierba?!

—Grita un poco más, Mark —protestó Parker—. Creo que mamá todavía no te ha oído.

—¿De dónde la habéis sacado?

—Ya os dije que tenía todo preparado para la despedida de soltero. —Preston le guiñó un ojo a su hermano mayor—. Un buen organizador debe tener contactos.

—¿Y tú no se supone que odias

fumar? —preguntó Mark a Travis.

—Odio el tabaco, que no es lo mismo. —Travis sonrió—. Además, creo que no fumo hierba desde el instituto. No está mal un *remember* de vez en cuando.

—Trae eso, anda. Vamos a respetar la jerarquía de edad. —Mark le arrebató el porro de las manos a Travis y lo encendió con el mechero de Parker. Dio una calada larga y se lo pasó a Preston —. Hacía siglos que no hacíamos esto.

—Como mamá baje a por un vaso de agua, le va a dar un infarto —dijo Preston, provocando las risas de todos.

—A lo mejor nos pediría que la invitásemos. Yo ya no me sorprendo de nada —añadió Parker.

—Nuestro hermano pequeño está un poco traumatizado por su visita al abuelo.

—¡Es cierto! ¿Qué tal te ha ido?

—Bueno... Soy bastante más rico de lo que era ayer.

—Te ha forrado de pasta, ¿no?

—Me ha dado cien mil dólares para Katie.

—¿En serio?

—Sí. Ha dicho que era lo que la abuela quería para cada bisnieto. — Sonrió con orgullo—. Creo que ya nadie pondrá en duda que Katie es una Sullivan.

—Conociéndola, lo extraño es que no lo sea biológicamente. Es peor que nosotros de pequeños, si es que eso es

posible —añadió, divertido, Preston.

—Felicidades, Park. De corazón. —
Mark se emocionó, viendo la felicidad de su hermano pequeño. Quizá solo él sabía hasta qué punto había sufrido tras el accidente que truncó su adolescencia.

—Aún hay más. No he querido decirlo hasta que estuviera Mark presente, pero... —Parker sacó un cheque del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros y se lo mostró a sus hermanos—. Esto es para nosotros, un empujón para empezar con el proyecto del bufete.

—¿¿Medio millón de dólares??

—Sí. Mark, me ha pedido que te diga que vayas a visitarlo. Quiere ayudarte también a ti con el rancho.

—Y, aun así, sigue pareciéndome más impactante lo otro que te ha dado —añadió Preston, pasándole el porro a Parker.

—¿Más impactante que medio millón de pavos? —preguntó Mark, incrédulo.

—Auténticos cigarros cubanos. Casi tan ilegales como esto. —Parker dio una calada, y sacó los regalos de su abuelo del bolsillo de su mochila—. Y la tarjeta de unas señoritas de Las Vegas, *muy elegantes y discretas*. Fueron sus palabras textuales.

—Joder con el abuelo.

Los cuatro hermanos estallaron en risas, en parte por la sorpresa de descubrir que quizá era su abuelo el

responsable de su genética canalla y en parte por los efectos de la marihuana.

—Deberíamos irnos a cumplir con nuestras mujeres.

—Sí. Que se vayan a Los Ángeles con un buen recuerdo.

—¿Desde cuándo sois tan territoriales vosotros dos? —preguntó Parker, divertido.

—Desde que tenemos que saltar una terraza para acostarnos con ellas, supongo.

—Buenas noches, chicos. —Mark decidió quedarse un rato más fumando en silencio, disfrutando de los escasos sonidos de la noche de verano. Pensó una vez más en Alice. Recordó su pelo azul cubriendo la curva de su pecho, los

movimientos de sus caderas mientras le hacía el amor, el *piercing* de su lengua enredado en su boca. Pensó en su conversación de unas horas atrás, en su voz dura, castigándolo por su comportamiento, en el deseo de ablandarse que percibió en ella. Hizo desaparecer los restos de la reunión con sus hermanos, se levantó del balancín y se dirigió a su habitación sabiendo que, como tantas noches de las últimas semanas, se dormiría pensando en ella.

Martes 21 de junio.

Cuatro días para la boda.

—¡Nooooo! —Katie lloraba, desesperada, abrazada a la pierna derecha de Parker, que trataba, sin éxito, de servirse una segunda taza de café—. ¡Yo quiero ir contigo!

—Katie, cielo, ya te lo he explicado. Es un viaje para mayores, no puedes venir.

—¡¡Pero yo quiero ir!! —El desespero de la niña iba en aumento, de forma proporcional a las medias sonrisas del resto de la familia.

—¿Se puede saber de qué te ríes tú?
—le preguntó Parker, indignado, a Amy.

—De que soy su madre, le he dicho que me marchaba tres días y ni se ha inmutado. Alguna ventaja tenía que tener que no me quiera tanto como a ti.

—¡Preston! ¡Llévame contigo! —
Katie saltó de los brazos de Parker y se lanzó a continuar con su chantaje emocional con el siguiente hermano disponible. Preston, todavía en pijama, se vio con la niña colgada de su cuello antes de saber cómo desembarazarse.

—¡Claro! ¿A dónde quieres ir?

—A Las Vegas.

—Emmmm... Me temo que no,
enana —le respondió Preston con una sonrisa—. ¿Y tú cómo sabes que nos

vamos a Las Vegas?

—Por Dios, Preston, tengo seis años.

—Pues empieza a demostrarlo, Katie —la regañó Michelle—. Te vas a quedar aquí con los... con... esto...

—Con los abuelos —afirmó convencida Vivian. Parker sonrió a su madre, agradecido por la acogida que estaban dando a Katie—. ¿O no quieres montar en el poni estos días?

—No lo sé —dudó la niña—. Mark, ¿puedo montar aunque no estés tú?

—¡Claro! Puedes montar siempre que tu abuela te deje.

—Eso... Dejádme a mí el problema —protestó Michelle.

—Bueno, ¿nos vamos o qué? —

preguntó Travis.

—Yo tardo media hora —afirmó Preston.

—Yo tengo que hacer una llamada y estoy.

—Voy preparando el coche —decidió Parker.

Cinco minutos después, Mark sonreía en la tranquilidad de su dormitorio, antes de marcar el número de teléfono de Alice.

—¿Sí?

—Deja de fingir que no sabes quién soy. Apuesto a que has guardado mi número en la agenda como «Mark, el cabrón» o «Mark, el gilipollas».

—*Mark Sullivan* —bufó Alice, al otro lado de la línea telefónica.

—El mismo. ¿Vas a colgar el teléfono?

—*Debería, pero... de repente, tengo curiosidad.*

—Es un buen comienzo.

—*¿Llamas para algo en concreto o solo pretendías despertarme?*

—*¿Aún dormías?*

—*Son las siete y media de la mañana, aquí en Los Ángeles.*

—Creí que estabas en Boston.

—*¿De verdad tengo tanta cara de tonta? Sabes perfectamente que estoy en Los Ángeles. Emily tiene un montón de virtudes, pero la discreción no es una de ellas.*

—De acuerdo. Cazado.

—*¿Alguna mentira más?*

—No. Solo un detalle. Mi abuelo parece dispuesto a financiar parte del proyecto. Mis hermanos han decidido montar un negocio y va a ayudarles, así que quiere hacer lo mismo con el rancho.

—*¿Y eso debería interesarme por alguna razón?*

—Porque vas a ser mi socia, y quiero que estés informada desde el comienzo sobre la financiación.

—*Yo no he dicho que vaya a ser tu socia.*

—Todavía.

—*¿Todavía, qué?*

—Todavía no lo has dicho. Pero ya lo sabes.

—*¿Siempre eres tan seguro de ti*

mismo?

—No. Todo lo contrario. Creo que te quedó claro en Boston que llevo muchos años hecho una mierda, Alice. No pretendo que sirva como excusa a lo que hice, que quede claro. —Mark tomó aire y decidió informar a Alice de sus últimos avances profesionales. No pensaba rendirse en su campaña para convencerla de que se fuera a Arizona a trabajar con él—. Ayer cancelé unos cuantos contratos con proveedores. Alice... está todo preparado para poner en marcha el centro de terapia. Piénsatelo, por favor. El proyecto del rancho es la única cosa que me ha ilusionado desde que tenía veinte años.

—*¿Y por qué no lo haces, me*

asocie yo contigo o no?

—Me has entendido mal. El proyecto del rancho *contigo* —enfaticó la palabra— es la única cosa que me ha ilusionado desde que tenía veinte años.

—*No lo entiendo, Mark. En serio. Me has conocido durante... ¿cuánto? ¿Diez horas? ¿Quince?*

—Diecisiete. Dime con sinceridad que tú diste carpetazo a nuestra historia después de esas diecisiete horas, y no volveré a molestarte.

—*Creo recordar que fuiste tú el que dio carpetazo a la historia.*

—Lo siento, Alice. Y te pediré perdón todas las veces que haga falta. Y, si aceptas volver a verme, te explicaré los motivos por los que actué así,

pero... dime. ¿No has pensado en mí en estas semanas? ¿Ni una sola vez?

—*No voy a responder a esa pregunta.*

—Creo que ya lo has hecho. — Mark esbozó una media sonrisa y suspiró antes de continuar—. Yo pienso en ti todos los días.

—*Mark, yo...*

—No digas nada. El sábado se casa mi hermano, y yo ya debería estar en un coche camino a la despedida de soltero. Piénsalo estos días. A partir del lunes, empieza el proyecto del rancho. Decide si estás dentro o fuera.

—*Solo puedo prometer que me lo pensaré.*

—Gracias, Alice. De verdad.

Gracias por, al menos, pensártelo. Te llamaré mañana.

—*Pásalo bien, Mark Sullivan.*

||

Mark aguantó con paciencia las acarameladísimas despedidas de sus hermanos y sus novias. La quinta vez que escuchó un «te voy a echar de menos», hizo sonar el claxon de su camioneta. A regañadientes, Preston, Travis y Parker fueron subiendo al vehículo de forma consecutiva.

—Joder, chavales. Vaya caras. Os recuerdo que nos vamos a Las Vegas, no al matadero.

—¡Sí! Cambio de chip. Las chicas se lo van a pasar de vicio en Los Ángeles. No podemos defraudar —

afirmó Preston, convencido—. ¿Os cuento el plan para hoy?

—Claro. Dispara.

—Estaremos en Las Vegas sobre mediodía. Comemos algo, hacemos un poco de turismo y nos dejamos los ahorros en algún casino. Para la noche, que es lo importante, he conseguido que nos pongan en la lista VIP de un par de *pool parties* y discotecas. ¿Os parece correcto?

—A mí me suena a música celestial —respondió Travis.

—Perfecto. ¿Alguien quiere? — Preston abrió su mochila y sacó una botella de whisky de malta de veintiún años.

—Algún día papá se va a dar cuenta

de que le robamos botellas de whisky todo el tiempo —respondió Parker, dando un largo trago directo de la botella.

—No se ha dado cuenta en... ¿Cuánto tiempo llevamos haciéndolo? ¿Diez años?

—Creo que yo empecé un poco antes. —Mark sonrió—. ¿Habéis bebido todos? Así que me toca a mí conducir... Tenemos que sortear la vuelta. No pienso ser vuestro chófer toda la vida.

—No protestes tanto y ponnos al tanto de los avances con Alice.

—¿Con Alice?

—Veintisiete años y medio, y todavía no te has enterado de que no existen los secretos entre los Sullivan...

¿Crees que no te hemos oído hablar con ella esta mañana?

—Putos cotillas... Por suerte, soy más listo que vosotros y creo que todos tenéis cosas que confesar. Estoy deseando que estemos todos borrachos. Va a ser una noche muy productiva.

Tres horas después, con los gemelos desperezándose en el asiento trasero, Mark enfiló el Strip[2] camino del hotel MGM Grand. Tras dejar la camioneta a un aparcacoches —y aceptar las críticas de Preston por no haber viajado en un vehículo más adecuado al lujoso entorno—, un empleado del hotel los acompañó a la suite. Cuando se quedaron solos, todos estuvieron a punto de besar a Preston por su elección. En

un espacio de unos ciento cincuenta metros cuadrados, convivían dos dormitorios dobles, con sus respectivos cuartos de baño, y un gigantesco espacio diáfano con varios salones, un bar equipado con todo lo necesario y unas enormes cristalerías desde las que se extendía la ciudad a sus pies.

—¡Joder! Creo que gastarte el dinero en esto, en vez de en invitar a mis amigos, es la puta mejor idea que has tenido jamás, Preston.

—A veces me ofende vuestra desconfianza.

—¿Bajamos a comer?

—Yo no tengo mucha hambre —respondió Parker—. Prefiero dormir un rato para estar despejado esta noche.

—Yo me quedo con el novio — aclaró Mark entre risas—. No vaya a ser que le dé por huir, y tengamos que quedarnos nosotros a Katie.

—Nosotros vamos a comer y a hacer un poco de turismo —informó Travis—. ¿Nos vemos en tres horas en el casino del hotel?

—Perfecto.

Travis y Preston recorrieron el Strip y observaron los diferentes hoteles con una estupefacción similar a la de los turistas que los rodeaban. No era su primera vez en Las Vegas; habían estado un par de veces cuando eran niños y adolescentes, con sus padres, pero era la primera vez que veían la ciudad, y las posibilidades que ofrecía, con ojo

adulto. O, bueno, todo lo adulto que podían ser Travis y Preston Sullivan.

Se acercaron a la calle Fremont y disfrutaron de su alegre decadencia. Recorrieron parte de la ciudad en el monorraíl. Y acabaron la tarde subidos a la enorme noria High Roller. Estuvieron a punto de llegar tarde a su cita con Parker y Mark, pero acabaron encontrándose con ellos en la primera hilera de máquinas tragaperras de su hotel.

—Deberíamos poner un límite a lo que queremos gastarnos en el casino — propuso, prudente, Parker.

—Por Dios santo, ¿y dónde estaría entonces la gracia? ¿Y tú eres el hermano rebelde? Madre mía...

—Está bien, está bien. —Parker sonrió—. No he dicho nada.

Bebieron gratis durante algo más de dos horas y, cuando enfilaron el camino a una *pool party* en el Drais, estaban ya bastante perjudicados.

—¡He ganado ochenta dólares! —gritaba Travis, emocionado, al taxista.

—Alguien debería decirle que ha perdido doscientos —susurró Mark, divertido.

—No le quites la ilusión al pobre —se burló Preston—. Me han comentado unos colegas de *Beta Theta Pi* que Drais es la mejor discoteca de Las Vegas. Lo cual es algo así como decir que es la mejor discoteca del mundo.

—Pues habrá que aprovecharla al máximo.

Y lo hicieron, vaya si lo hicieron. A medianoche, Travis había vomitado tres veces, Preston tenía la mirada perdida en el horizonte, y Parker y Mark apuraban sus copas de whisky con una media sonrisa, sentados en la enorme barra del bar de su suite. La fiesta en la piscina había terminado de forma abrupta cuando Preston había conseguido que los expulsaran tras un incidente con unas animadoras universitarias. Se habían retirado al hotel hacía ya un buen rato.

—Podrán ganarnos al baloncesto todas las veces que quieran, pero en la noche seguimos siendo imbatibles. —

Mark chocó con suavidad su vaso contra el de Parker, en un brindis burlón.

—Mucho reírse de que soy un padre de familia... Se les ha olvidado que, hasta hace un año, quemaba la noche de Manhattan.

—Vaya cambio, ¿no? ¿No se te hace raro?

—No sé, supongo que un poco. Pero ya estaba harto, ¿sabes? ¿Cuánto tiempo me pasé saliendo por la noche y bebiendo como un loco? ¿Desde los catorce? Cuando Amy se me cruzó en el camino, empecé a preferir estar con ella que seguir saliendo con los chicos de la fraternidad.

—Y te convertiste en padre.

—Y me convertí en padre. —Parker

sonrió—. Pero, bueno, de vez en cuando dejamos a Katie con Michelle y salimos con estos imbéciles. A Amy también le va la marcha. Y tú, ¿qué? ¿La vida de ermitaño no te ha quitado aguante?

—No tan ermitaño. Salgo de vez en cuando por Phoenix.

—¿Con Lynette Lancaster? — preguntó, burlón, Parker.

—¡No! —Mark se carcajeó—. Tengo amigos. Conocidos, más bien. Gente con la que salgo a tomar unas copas, pero que no tienen ni puta idea de mi vida.

—Ninguno tenemos ni puta idea de tu vida, Mark. Bueno, salvo estos últimos días.

—Buenos días. —Travis apareció

en el bar de la suite, con un color algo menos verdoso que la última vez que lo habían visto—. Sírveme uno de esos, enano.

—¿Superar la resaca con whisky? Buena idea.

—Aún no es resaca. De ese problema nos encargaremos mañana — afirmó, dando un largo trago a su bebida.

—Yo también me he reiniciado. ¿Seguimos la noche? —Preston surgió de su dormitorio, con el pelo mojado y más fresco de lo que había estado en todo el día—. Estamos en la lista VIP del Tao.

—¿Tú los ves? —le dijo Mark a Parker—. Hace una hora eran dos

cadáveres y ahora quieren comerse la noche.

—¿Tomamos unas copas aquí antes de salir?

—Sí. —Mark se dirigió al mueble bar, resopló sonoramente y encaró a sus hermanos—. Quiero hablar con vosotros.

—Vamos al salón.

Se sentaron en los enormes sofás de cuero color caldero que presidían la suite. Preston abrió unos cuantos botes de frutos secos, para que el whisky encontrara un buen colchón en el que asentarse. Mark se demoró en servir las bebidas de sus hermanos, que no apartaban la mirada de él. Llevaba muchos años posponiendo esa

conversación, así que no creía que unos minutos más fueran a cambiar demasiado las cosas.

—Chicos, yo... llevo mucho tiempo queriendo hablar con vosotros. —Mark se mesó el pelo, nervioso—. Estoy un poco harto de la imagen que tenéis de mí. No sé... no sé cómo explicarlo.

—¿Qué imagen, Mark? Eres nuestro hermano mayor, nada más —aclaró Travis.

—Esa es la clave. Soy vuestro hermano mayor. *Mayor*. A veces me siento como si os llevara veinte años. Os llevo más o menos la misma edad que vosotros a Parker. ¿Alguna vez os habéis sentido responsables de él? — Travis y Preston negaron con la cabeza,

encogiéndose de hombros—. Yo he sido el consejero de todos, siempre. En el instituto, en la carrera, con las chicas, con papá y mamá... Estoy agotado, joder.

—Mark... —Parker se acercó a su hermano—. Nosotros nunca te hemos querido presionar. Simplemente, tú... tú estabas ahí. Me siento fatal.

—No... ¡No! No es eso. Vosotros no tenéis la culpa de nada. Joder... me estoy explicando fatal.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Tiene algo que ver con Alice? —preguntó Travis.

—No. O sí. Es que ni lo sé. Sé que esa chica ha despertado algo. Ya no puedo volver a la vida de aislamiento en

la que llevo estos años.

—¿Qué pasó, tío?

—Ya os lo he contado. Cuando nos acostamos, me acojoné y me fui...

—No, Mark —insistió Preston—.

¿Qué pasó en Columbia?

—Sí... Eso... ¿Me prometéis que nada va a cambiar? Que seguiréis... que...

—Tío, nos estás asustando. — Travis apuró su vaso de whisky y rellenó los de sus hermanos.

—En Columbia, fui... fui responsable de la muerte de una chica.

—¿Qué?

—Yo... No sé ni por dónde empezar. —Mark se pasó la mano por el pelo, bebió un poco y decidió que, o

empezaba a hablar en ese momento, o nunca sería capaz de hacerlo—. Yo era como vosotros, ¿sabéis? Jugaba al fútbol, salía por la noche, me acostaba con mil chicas...

—Fuiste el rey del baile de graduación. De eso me acuerdo hasta yo —añadió Parker, tratando de aliviar la tensión. La confesión inicial de Mark los había dejado a todos estupefactos.

—Estoy aquí para contaros una experiencia traumática, no dos —bromeó Mark, con una sonrisa amarga—. Me fui a la universidad queriendo comerme Nueva York. Diecisiete años, una fraternidad con una fiesta al día, Manhattan... Todo me parecía el paraíso.

—Sí, todos hemos vivido eso.

—Me acosté con... yo qué sé... cincuenta chicas en el primer curso. Rara vez repetía. Pero había una chica... Caroline. Era guapísima y encantadora, pero me lo ponía demasiado fácil. ¿Sabéis de qué os hablo?

—¡Claro! Somos tíos. Si no nos lo complican, no tiene emoción. Perseguí a Amy durante meses y cada día me apetecía más.

—Pues eso. Caroline se colgó demasiado por mí. Siempre estaba revoloteando por la fraternidad, venía a verme al campus, siempre aparecía en los sitios por donde yo salía... Yo estaba algo descontrolado. No sé ni

cómo explicaros.

—¿Sexo, drogas y *rock and roll*? Mark, todos hemos estado en *Beta Theta Pi*, sabemos de qué va el tema. — Preston trató de facilitarle a su hermano la papeleta.

—Sí. Pero el sexo y el *rock and roll* no matan a nadie.

—¿Tuviste problemas con las drogas? ¿Eso es lo que tratas de decirnos? —preguntó Travis.

—Problemas... no sé. No. Supongo que no. Salía mucho y tomaba cocaína de vez en cuando. Nunca pasó de ser una cosa de noches de fiesta. Nunca estuve enganchado, pero me gustaba. Joder, me gustaba un montón. ¿Vosotros...?

—Yo sí —reconoció Preston.

Parker también asintió.

—Yo no. Ya sabéis que soy el chico sano de los Sullivan. —Travis se encogió de hombros, sonriendo a su hermano mayor con cariño. A ninguno se le escapaba que estaba pasando un momento horrible.

—El segundo año de carrera, Caroline empezó a ponerse un poco pesada. Joder, me siento fatal diciendo esto. Pero es lo que sentía en aquel momento. Si yo faltaba a clase un día, ella se presentaba en la fraternidad con los apuntes del día mecanografiados e impresos. Si nos encontrábamos por la noche, se pegaba a mí hasta conseguir que acabáramos en la cama. A veces ocurría, a veces no. El caso es que un

par de veces me pilló metiéndome una raya, y empezó a obsesionarse con que pasaba de estar con ella por irme con mis amigos de fiesta.

—¿Y era verdad?

—Claro que era verdad. Caroline era una buena chica, pero yo no quería una relación. Podríamos haber sido amigos, o *follamigos*, yo qué sé. Pero yo, en aquel momento, lo único que quería era ir a clase, salir por la noche y ponerme hasta el culo con mis amigos.

—¿Qué pasó?

—Que ella decidió unirse a esas noches de fiesta. Empezó a beber más de la cuenta y a meterse un poco de todo. Era una chica muy guapa y sociable, así que nunca faltaba algún imbécil que la

invitara a unas rayas. Ella pensaba que si se metía en mi ambiente, podíamos tener una relación. Intenté hacerle entender que, si ya no me apetecía una relación en general, mucho menos me apetecía meterme en algo tan autodestructivo. Pero ella no se rendía. Cada vez se metía más, empezó a acostarse con otros tíos de la fraternidad... Por lo que supe más tarde, se acostaba con todo aquel que la invitara a coca. El año antes de que vosotros llegarais a Columbia, —señaló a Travis y Preston—, ella estaba ya fuera de control. Traté de ayudarla, pero era imposible. Cuando estaba drogada, solo quería acostarse conmigo. Y, cuando no lo estaba, se ponía agresiva y

me decía que había acabado así por mí.

—Sabes que tú no tenías la culpa, ¿no?

—No me jodas, Preston. Murió, ¿entiendes? Se pasó tres días de fiesta y acabó con una sobredosis. Estuvo un par de días en coma y, al final, murió. Por aquel entonces, yo ya me había hartado un poco de tanta fiesta y estaba más centrado en estudiar. Yo supe controlar aquello, pero ella no. Era una pobre chica inocente, joder... —Los ojos de Mark se llenaron de lágrimas, y bajó la cabeza. Una gota salada mojó la alfombra de color tostado del salón.

—Mark... —Travis se levantó de su asiento y se sentó en el brazo del sillón de su hermano—. A mí me dan

bastante miedo las drogas, Preston lo sabe. Nunca he querido saber nada más allá de un porro muy de vez en cuando, así que supongo que tengo una visión distinta que vosotros, que siempre habéis sido más intrépidos. Es una decisión de cada uno, Mark. Nadie es responsable. Mucho menos si tú no se la ofreciste.

—Yo nunca la invité siquiera. Pero no hay que ser muy listo para darse cuenta de que ella empezó a meterse para acercarse a mí.

—Todos sabemos cuánta droga se movía en el entorno de la fraternidad —añadió Preston—. Yo también tuve un momento de salir por la noche con la bolsita en el bolsillo. Y varias veces le

ofrecí a Travis. Él siempre dijo que no, incluso estando borracho. Él te lo acaba de decir: es una opción de cada uno. Ella tomó el camino equivocado. Es una pena, y es horrible que muriera. Y entiendo lo mal que lo has podido pasar, pero tendrías que haberlo hablado con alguien. Cualquiera te habría dicho que no eras culpable de nada.

—No creo que papá y mamá estén demasiado de acuerdo con vosotros.

—¿Ellos lo saben?

—Sí. En aquel momento, ya se empezaba a hablar de que yo cogiera el relevo político de la familia. Participaba en actos del partido. En parte era por eso que estaba centrándome más en los estudios y

menos en salir por la noche. Alguna amiga de Caroline me culpó de haberla metido en ese mundo, y Richard Bryant intentó taparlo todo. Al final no hizo falta. Yo no tenía ninguna gana de meterme en política, así que lo dejé correr.

—La mierda de la política...

—Sí. Bueno, yo no tenía ganas de meterme en política ni de ninguna otra cosa. Me hundí. Solo pude aguantar el último año en Columbia porque vosotros estabais allí. No habría podido soportarlo solo.

—¿Ha habido alguna chica desde entonces? Nunca hemos sabido demasiado de tu vida...

—¿Os parece que, si hubiera alguna

chica, seguiría tirándome a la mejor amiga de mamá? —Mark sonrió por primera vez en lo que parecía una eternidad. Se acercó a la mesa y alcanzó un cigarrillo—. Me he acostado con muchas... Y siempre he salido huyendo antes de que ellas empezaran a sentir algo. Tengo pánico a volver a hacerle daño a alguien que no se lo merece.

—Pero con Alice fue diferente, ¿no?

—Sí. Con Alice, el que sentí algo fui yo. No creo demasiado en el amor a primera vista... ¡qué coño! No sé si creo demasiado en el amor, así, en general. Pero aquella tarde en Boston desafió a todo lo que creía tener tan claro.

—¿Y qué vas a hacer?

—De entrada, ya he hecho lo que más necesitaba. —Miró a sus hermanos y vio sus caras de incompreensión—. Contároslo. No os hacéis a la idea de lo importante que era para mí que lo supierais. En aquel momento erais unos críos, pero cuando fuisteis creciendo y veníais a mí a pedirme consejo... Dios, me sentía como un farsante. Por una parte, necesitaba que dejarais de pensar que era el hermano perfecto, pero, por otra, me daba pánico que me perdierais el respeto. No sé... Soy un gilipollas, ¿no?

—Sí. Un puto gilipollas. —Hasta que habló, ninguno de los hermanos fueron conscientes de que Parker llevaba callado desde que Mark había

empezado a contar la peor parte de su historia—. ¿Cómo coño íbamos a perderte el respeto? Preston y Travis siempre han sido buenos chicos, pero, ¿te parece que yo podría juzgar a alguien? Tú te viste metido en una historia sórdida, y, por desgracia, una chica tomó malas decisiones y fue una víctima de sí misma. Yo cogí un coche y me llevé por delante a una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Está viva de puro milagro. —Miró a Travis, y él le sonrió—. No sé para Travis y Preston, pero para mí sigues siendo el hermano mayor al que le pediría consejo en cualquier situación. ¿Sabes? Cuando era pequeño, me parecías un gigante. Estos dos gilipollas

me pegaban y me hacían todo tipo de putadas, y tú siempre estabas ahí para defenderme. No me has dejado de parecer un gigante por muchos años que hayan pasado. Ni por mucho que ahora sepa tu historia.

—Parker, joder...

—Parker no ha dicho nada que no pensemos nosotros. ¿Verdad, Trav?

—Verdad. Mark, te has pasado siete años torturándote con esto. Te mereces volver a vivir, joder. Si crees que Alice puede ser la persona a la que quieres... vete a por ella. Lucha.

—Lo voy a hacer. No sé qué tiene esa chica, pero... quiero, al menos, conocerla mejor. Y conseguir que me perdone que me portara como un

capullo.

—Son las dos de la madrugada —
señaló Travis, en un cambio de tema que
todos agradecieron. Los sentimientos
estaban demasiado a flor de piel—.
¿Nos vamos a dormir?

—¿Vosotros tenéis sueño?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—¿Salimos? Las discotecas no
cierran hasta las cinco.

—¿En serio? ¡Por mí, sí!

—¡Vámonos! —exclamó Mark—.
Necesito sacarme de dentro el mal
cuerpo que se me ha quedado.

No tardaron ni cinco minutos en
cambiarse de ropa y enviar unos
mensajes cariñosos a las chicas. El

tiempo se les había echado encima, aunque todos sabían que nada, absolutamente nada de lo que pudiera ofrecerles la noche de Las Vegas sería mejor que los momentos de confesiones compartidas.

—Mark... —susurró Parker, dejando que los gemelos se adelantaran por el pasillo del hotel—. Siento mucho no haber estado ahí para ti. Ya sé que era un crío, pero ojalá hubiera podido hacer por ti lo que tú hiciste por mí cuando tuve el accidente.

—Vete a la mierda, enano. —Mark estrechó a su hermano pequeño en un abrazo en el que ambos acabaron apartando lágrimas a manotazos—. Vamos a celebrar que a Amy le ha

tocado la lotería contigo, anda.

Miércoles 22 de junio.

Tres días para la boda.

El teléfono despertó a Amy a una hora bastante cercana al mediodía. Se desperezó en la enorme cama del apartamento en el que se alojaban en Santa Mónica. Emily se había encargado de reservar aquel lujoso lugar, y tanto Lisa como la propia Amy estaban más que satisfechas con el resultado. Dio una vuelta sobre sí misma y metió la cabeza bajo la almohada, pero cada sonido del móvil martilleaba en sus sienes. También lo hacía la posibilidad de que

fueran Parker o Katie quienes llamaban, así que se rindió, alargó el brazo y respondió la llamada.

—Hola, nena.

—Hola, Park. —Amy sonrió y se arrebujo bajo las sabanas, sintiendo cómo parte de su resaca desaparecía por el simple hecho de escuchar la voz del amor de su vida.

—¿Estabas dormida?

—Bastante.

—¿Una noche dura?

—Creo que no bebía tanto desde... creo que nunca había bebido tanto — corrigió entre risas.

—Por aquí no fue mucho mejor. O sí. Fue una noche fantástica, en realidad.

—¿Y ya estás despierto?

—Me he despertado hace un momento. Los chicos aún duermen, y yo me daré la vuelta y dormiré otro poco. Pero necesitaba escuchar tu voz un ratito.

—Oh. —Amy suspiró—. Me alegro de que hayas llamado.

—Sigue durmiendo, nena. Hablamos más tarde.

—Te quiero, Parker.

—Y yo. Pásalo bien.

—Y tú también.

—Pero no demasiado.

—Y tú tampoco. —Los dos sonrieron y, pese a la distancia, ambos sabían que el otro estaba haciéndolo.

—Un beso.

Amy intentó volver a dormir, pero

ya no fue capaz de conciliar el sueño. Parker le había revolucionado el corazón y, por muy bien que se lo estuviera pasando en Los Ángeles, deseó poder teletransportarse a su apartamento de Harlem, con Parker y su hija. Tenía que hacer un verdadero esfuerzo para que algo, cualquier cosa, aparte de ellos dos, le importara lo más mínimo.

—¿Quién es el imbécil que ha llamado? —Amy se rio al oír el tono de voz de Emily, a medio camino entre el gruñido y el bostezo.

—Parker.

—Se lo perdono porque es el novio. ¿Te ha dicho algo de Travis?

—No. Tendrás que llamar a tu

novio si quieres saber algo de él.

—¿Se habrá despertado ya Alice? Quedamos en llamarla sobre esta hora para irnos de turismo. —Lisa salía en aquel momento de la ducha.

—Mírala, qué fresca está. La señorita yo-no-bebo, radiante y lista para conocer la ciudad —protestó Amy.

—Yo no tengo la culpa del ritmo infernal de chupitos que teníais ayer, guapas.

Tras unas duchas revitalizantes y una llamada rápida, Alice apareció apenas media hora después con su propio coche para recoger a las chicas frente al edificio de apartamentos. Emily y ella volvieron a abrazarse emocionadas, como si no hiciera apenas

ocho horas que se habían despedido. Los recuerdos de los dos años en que habían compartido su vida a diario las embargaban cada vez que se reencontraban. Alice era diez años mayor que Emily, pero poco importaba la edad cuando habían compartido los momentos más importantes de la vida de ambas. Emily había encontrado en Alice la esperanza de volver a caminar que hasta entonces ni se había atrevido a albergar. Entre Alice, Lisa y su padre habían conseguido que jamás se rindiera a la autocompasión, que no dudara en seguir adelante con sus ejercicios cuando el dolor era tan abrasador que el hecho de recuperarse parecía quedar en segundo plano. Alice se había quedado

muchas noches a dormir en la cama plegable de la habitación de Emily, solo para masajear sus piernas cuando los calambres le hacían imposible conciliar el sueño; y le había repetido hasta conseguir convencerla que esos calambres eran un buen síntoma de que cumpliría su sueño de volver a ponerse en pie por sí misma. Emily había encontrado en ella a una amiga, a una guía, a alguien a quien confiar todos los miedos e inseguridades que su vida de reclusión le habían traído. Sentimientos que muchas veces la habían hecho sentir mezquina: la envidia que a veces sentía cuando veía que Lisa continuaba con la vida que ella había tenido que dejar atrás, la vida normal de una adolescente;

la injusta frustración que le provocaba a veces el optimismo inquebrantable de su padre; el rencor hacia su madre que no era capaz de superar. Alice la había escuchado, y Emily siempre había sentido que ni todo el dinero del mundo habría podido pagar lo que había hecho por ella. Hasta que un día, fue Alice quien se derrumbó en brazos de Emily, el primer día en que volvió al trabajo tras la muerte de su madre. Y entre ese día y los que le siguieron, se creó un vínculo entre ellas que ni la diferencia de edad, ni la distancia ni los diferentes rumbos de sus vidas podrían romper jamás. Ese vínculo que hacía que, aunque a veces pasaran meses sin verse, cuando se reencontraban, siempre

pareciera que habían estado juntas el día anterior.

Emily nunca olvidaría el día que Alice le había comunicado que su trabajo con ella terminaría pronto. Ni su propio padre recordaba haber visto llorar a Emily de aquella manera, desde los primeros días posteriores al accidente. Había cumplido con cada una de las fases de la despedida: había creído que retrocedía en su recuperación, solo para hacer patente que necesitaba a Alice; se había enfadado con ella hasta el punto de retirarle el saludo; había intentado que ella se replanteara su diagnóstico, pese a ser lo que llevaba cuatro años deseando escuchar; y, al final, había

aceptado la decisión, solo cuando Alice le hizo ver que ya no sería más su fisioterapeuta, pero que siempre sería esa persona a medio camino entre amiga y hermana mayor sin la cual Emily no encontraba el camino por el que seguir adelante. Lo que Emily no sabía era que ella, su ejemplo, sus ganas de comerse la vida, era quien había hecho que Alice dejara atrás el dolor que la había anegado hasta entonces.

Decidieron desayunar sentadas en una terraza de Venice, acabando con los últimos resquicios de la resaca en previsión de lo que sería un día de turismo a pleno sol, aderezado con la ausencia de transporte público en aquella ciudad de locos. Amy y Alice

habían conectado de forma inmediata la noche anterior, así que las anécdotas y las carcajadas no dejaron de surgir entre las cuatro.

—¿Te he dicho ya que me encanta tu pelo? —Amy agarró un mechón del pelo rosa pastel de Alice.

—¿De verdad?

—Se lo dijiste unas cuatrocientas veces ayer, cuando estabais tan borrachas que no os sosteníais en pie —replicó Lisa, sonriendo tras su batido de chocolate.

—Me lo cambié al llegar a Los Ángeles. Lo he tenido azul un montón de meses.

—¡Es verdad! La última vez que te vi en Boston lo tenías azul. Como

cuando nos conocimos.

—¿No era verde? Cuando te conocí, me refiero.

—No, era azul. Recuerdo que, cuando entraste por primera vez en mi cuarto, no me podía creer que fueras aquella fisioterapeuta de la que mi padre llevaba semanas hablando.

—No sé cómo tomarme eso. Aunque, por aquel entonces, tenía algunos tatuajes menos. Daba menos miedo.

—¡Huy! —intervino Amy—. Tendrías que conocer a mi novio. Tiene unos veinte tatuajes, así que no me asusto con facilidad.

—Bueno, contadme cosas de los famosos hermanos Sullivan. Estáis todas

coladas por ellos, ¿no?

—Nosotras, sí. —Emily se volvió hacia ella, burlona—. ¿Y tú?

—¿Yo? Yo estoy entregada al trabajo. Mi paciente es un imbécil, pero paga bien. Escandalosamente bien, de hecho.

—No desvíes la atención. ¿Qué pasa con Mark Sullivan?

—¡Emily!

—Amy y Lisa son de confianza.

—Me ha estado llamando estos últimos días.

—¿En serio? —preguntó Lisa.

—¿Sabéis qué? Vamos a visitar todas las horreradas que nos ofrece Los Ángeles. Incluso puede que os lleve a la mierda de letras de Hollywood. Y, por

la noche, dejaré que me emborrachéis y, a lo mejor, os cuento algo más.

||

A doscientas setenta millas de Los Ángeles, tres cuerpos masculinos se retorcían en sus camas, aún lejos de alcanzar la consciencia completa. Parker los observaba desde el salón con una media sonrisa, apurando su primer cigarrillo del día, con una taza de café reparador entre las manos.

—Os juro que no voy a volver a beber jamás. ¿Por qué me duele tanto el culo? —refunfuñó Preston tumbado en una imposible postura diagonal en su cama.

—Reconozco ese dolor a la perfección. —Parker se rio abiertamente

— Os vais a suicidar.

— ¡Me cago en la puta! ¿Qué coño es esto?

— ¡No! ¡No! ¡Nooooo!

Preston, Travis y Mark confluyeron en la cocina de la suite con caras horrorizadas. Preston giraba sobre sí mismo, mientras bajaba con una mano la cinturilla de sus calzoncillos, tratando de alcanzar una vista completa de su nalga izquierda. Travis se agarraba la cadera derecha, mientras señalaba a Parker con un dedo acusador. Mark se tocaba incrédulo el brazo, dirigiéndose hacia su hermano pequeño con un puño amenazante.

— ¿Por qué coño nos hemos tatuado esta mierda?

—¿Y se puede saber por qué pensáis que yo tengo la culpa? —Parker esbozó una media sonrisa. Hacía algo más de una hora que había descubierto, en medio de los tatuajes de su pecho, en un pequeño espacio en blanco, el dibujo de una ese de Superman todavía algo ensangrentado. Un tatuaje idéntico al que lucían sus hermanos en diferentes partes de sus cuerpos.

—¿Te has mirado al espejo? ¡No creo que fuera idea nuestra marcarnos como ganado! —insistió Travis.

—¿Es que no sabéis beber? ¿No recordáis nada de la noche de ayer?

—¿Acaso tú sí?

—Recuerdo que os dije cuatro millones de veces que no era una buena

idea hacerse un tatuaje borrachos.

—¿Y por qué lo hicimos?

—Tengo partes borrosas —
reconoció Parker—. Pero a ti en
concreto, Trav, te recuerdo gritando que
era la mejor idea que habíamos tenido
jamás.

—Las chicas se van a partir el culo
—dijo Preston, empezando a sonreír—.
Y esto va a matar a mamá de forma
definitiva.

—Dios, ¿en qué estábamos
pensando? Odio los putos tatuajes. —
Travis parecía ser el que peor llevaba la
brillante anécdota que recordarían
siempre.

—¿Superman? ¿No había algo más
hortera?

—Es una ese de Sullivan. Eso sí lo recuerdo. —Mark se rindió, al fin, a la sonrisa, al tiempo que su cerebro rellenaba algunas lagunas mentales de las últimas horas de la noche.

—Esta anécdota presidirá las cenas de Acción de Gracias del resto de nuestras vidas —advirtió Parker—. ¡Travis! Deja el drama, joder. Es un bonito recuerdo.

—Es un recuerdo. Bonito, lo que se dice bonito, no es.

—En fin... —Mark se arrancó el vendaje plástico de su tatuaje e hizo una mueca de molestia—. ¿Qué hacemos hoy?

—Yo no me puedo mover. Tengo resaca, estoy agotado y me escuece la

mierda esta del culo.

—Da gracias por haber reservado una suite con spa. —Mark empezó a despojarse de ropa—. Voy a darme un baño.

—¿Alguien sabe dónde se quedó mi bañador?

—Puede que las animadoras de la *pool party* sepan algo de eso.

—¿Podéis olvidar esa anécdota? Me apetece bastante poco que Lisa me arranque las pelotas.

—Pues compórtate.

—Vamos, Park... Estoy loco por esa chica. ¿Acaso tú no miras a nadie que no sea Amy?

—No. —Sonrió Parker, metiéndose en el jacuzzi en el que ya ahogaban la

resaca sus hermanos—. Bueno, a veces. Pero de reojo. Tú les hiciste unos comentarios demasiado guarros a esas animadoras.

—¿Estáis en pelotas? —preguntó Mark, con cara de fingido horror.

—Yo sí. Bueno, creo que todos.

—Joder. Esto es lo más homosexual que hemos hecho jamás. Bueno, ¿quién va a empezar el turno de las confesiones? Yo ya cumplí con lo mío anoche.

—¿Y tú de dónde te sacas que tenemos algo que confesar? —preguntó Travis, con una mueca tensa.

—¿No me digas que quieres ser el primero?

—No he dicho nada.

—¿Preston? ¿Algo que alegar? ¿Nos vas a contar por qué llegaste tan jodido de Londres?

—No. Pero llevo un mes de locos. Hace... ¿cuánto?, ¿cuatro semanas? Hace cuatro semanas, yo era el futuro congresista, el orgullo de papá y mamá. Después mostré mis emociones en público, cogí un avión, pasé quince días de desconexión en Londres y aquí estoy, con el símbolo de Superman tatuado en el culo.

—¡Eh! Suenas arrepentido. ¿Está todo bien con Lisa?

—Sí, joder. Mejor que bien. Lisa es maravillosa. Yo... la quiero. La quiero muchísimo. Pero tengo la sensación de que he decepcionado a mucha gente.

—Vamos, Preston, no me jodas. — Mark abrió los ojos de golpe y salió de su estado relajado—. Tú siempre lo has hecho todo bien. Siempre estás contento, nos haces reír a todos, jamás te enfadas. Tú no decidiste entrar en política, lo decidieron por ti. Y dejarlo es la mejor decisión que has tomado en tu vida. De hecho, si yo no la hubiera jodido en la universidad, nadie se habría planteado que fueras tú. No te ofendas. —Preston le sonrió y dejó claro con un gesto de su mano que había entendido la intención del comentario—. ¿Crees que eres el único que ha decepcionado a la familia?

—No lo sé. Sé que yo siento que lo he hecho.

—¿Crees que el sueño de papá y

mamá era que su hijo pequeño se casara a los veintitrés con una chica de veintidós que fue madre adolescente? Parker, no...

—Tranquilo, no me ofendo. — Parker se rio.

—¿Crees que a papá no le jode saber que, en cuanto se jubile, el despacho que lleva años levantando va a cerrar? Yo trabajé con él tres años y me largué a dirigir un rancho ruinoso. Travis iba a ser el sucesor, y ya lo ves ahora. Comprometido con una chica a la que conoce desde hace menos de un año.

—¿Y tú cómo coño sabes que estoy comprometido?

—¿¿Qué?? ¿Estás comprometido? —Parker se levantó en el agua.

—Has caído como un imbécil, Travis. Solo era una sospecha, pero gracias por confirmarlo. —Mark se carcajeó de su hermano.

—Estoy flipando. Pensé que tú y yo nos lo contábamos todo. —Preston salió de la bañera enfadado.

—Por Dios santo, estoy viendo el rabo de dos de mis hermanos. ¿Podéis taparos? ¿O, al menos, volver a meteros en el agua?

—Yo me voy a vestir y a correr un rato. Se me ha pasado la resaca de golpe —dijo Preston.

—¡Eh! ¡Preston! Vuelve aquí ahora mismo. —Mark decidió ejercer como hermano mayor—. Si estás cabreado, ya lo arreglaréis después. Ahora, vas a

coger una botella de champán del mueble bar y vamos a celebrar la buena noticia.

—¿Cómo ha sido, Trav? —Parker volvió al jacuzzi y echó un brazo sobre los hombros de su hermano.

—Compré el anillo el día que me dijo que sí a vivir conmigo. Ya sabéis que soy un chico clásico. —Travis sonrió, encogiéndose de hombros—. La noche en que Preston y Lisa se marcharon a Londres, no aguanté más y... bueno... Nos casaremos antes de final de año.

—Felicidades. Joder, ¡qué fuerte!
—Mark felicitó a Travis.

Preston se acercó a su hermano y, pese al rictus serio de su cara, abrazó a

su hermano en silencio.

—Lo siento, ¿vale? —Travis habló en voz baja, solo para el oído de su gemelo—. Pensaba decírtelo, te lo juro.

Preston se limitó a asentir, todavía dolido.

—Bueno, ahora que ya todos nos hemos abrazado desnudos. ¿Qué os parece si nos tomamos unas cervezas y nos vamos al boxeo a intentar recuperar un poco de masculinidad?

||

—Deberías dejar de llamar, Mark Sullivan. —Alice no estaba demasiado sobria y ella era la primera consciente de que esa no era una buena noticia con semejante interlocutor al otro lado de la línea telefónica. El calor persistente en

Los Ángeles había forzado unas cuantas paradas para recuperar líquidos, y la cerveza les había parecido a todas la mejor opción.

—*Sabes que no voy a hacerlo. ¿Te lo has pensado?*

—¿El qué?

—*Me agotas, Alice.* —Mark sonrió en voz alta—. *¿Te has pensado si estás dentro del proyecto del rancho?*

—He estado pensando en ello. Un poco. Pero hay varias cuestiones que me preocupan. ¿Por qué no dejas pasar la boda de tu hermano y, la semana que viene, me envías un dossier con los detalles técnicos?

—*Te lo puedo enviar ahora mismo, en cuanto colguemos. Lo tengo en el*

correo electrónico en el móvil. Lo creas o no, lo reviso cada vez que tengo un momento libre.

—Ahora mismo no es buen momento. Estoy tomando algo con las chicas y...

—*No me digas que estás de fiesta con mis tres encantadoras cuñadas.*

—Pues sí, algo así. Tomando algo tranquilas, antes de salir.

—*¿Has bebido?*

—No creo que eso sea asunto tuyo.

—*Puede que decida aprovechar que estás borracha para convencerte de que aceptes mi oferta.*

—Debes de creer que soy imbécil. Tengo treinta y cuatro años, Mark. Soy capaz de tomarme unos cuantos

margaritas y no caer en tus redes.

—*¡Ah! ¿Caer en mis redes entraba en el plan? Pensé que solo estábamos discutiendo cuestiones profesionales.*

—A eso me refería —gruñó Alice.

—*Yo creo que no. No me digas que no te acuerdas de que en Boston hicimos algo más que hablar del rancho.*

—Me acuerdo de que la cosa no acabó demasiado bien.

—*Y te pido disculpas de nuevo. Ya te dije que lo haría todas las veces que hiciera falta. Pero no recuerdes solo cómo acabó. Yo me acuerdo de muchas más cosas.*

—¿Por qué tengo la sensación de que tú también estás borracho?

—*Porque lo estoy. Un poco. Estoy un poco borracho, tengo un símbolo de Superman tatuado en el brazo, les he confesado a mis hermanos todas las miserias de mi vida y me he acordado de una chica de pelo azul bastante más de lo que admitiría si estuviera sobrio.*

—*Ahora es rosa.*

—*¿Qué?*

—*Mi pelo. Que ahora es rosa.*

—*Mándame una foto.*

—*Creo que eso no sería demasiado profesional.*

—*Vamos, Alice. No te mientas. No supimos separar lo profesional de lo personal desde el primer momento. Qué importa. Perdóname lo que hice, olvida estas seis semanas y vente conmigo.*

—¿A trabajar en el rancho? —Alice se aventuró a preguntar, deseando oír su respuesta.

—*Sabes que el trabajo en el rancho implicaría vivir allí. En ese rancho solo vivo yo. Solo nos hemos visto unas cuantas horas, pero no creo que nos pudiéramos mantener alejados el uno del otro. Trabajo duro por el día y sexo, puede que también duro, por las noches. A mí me suena celestial.*

—Quizá por eso no acabo de aceptar el proyecto. Soy una profesional, y me da miedo meterme en algo que no sea capaz de controlar.

—*No digas eso. Yo he dejado que el miedo controle mi vida durante siete años. No tengas miedo a algo que*

sabemos que puede salir bien. Muy bien, de hecho.

—¿No crees que es una mala idea mezclar los negocios con el placer?

—*Ahora mismo solo sé que escucharte decir la palabra ‘placer’ me la acaba de poner como una piedra.*

—¡Mark! —A Alice se le escapó una risita que casi la avergonzó.

—*No te escandalices, Alice. No te pega nada. No vi que te escandalizaras fácilmente en Boston.*

—Las chicas me están esperando, Mark. Debería colgar.

—*No voy a dejar que cuelgues sin decirme que aceptas.*

—¿Que acepto qué? —coqueteó Alice.

—*Alice, Alice... Que lo aceptas todo, claro.*

—Quizá me arrepienta cuando esté sobria, pero... creo que estoy dentro.

—*Eso me gustaría a mí.*

—¿Qué?

—*Estar dentro.*

—Mark...

—*Te dejo irte con las chicas. Dales un beso de mi parte.*

—Está bien. ¿Me he vuelto loca?

—*Quizá. Pero me temo que no eres la única. Un beso, Alice.*

—Un beso... —respondió ella, pero él ya había colgado. Eso no impidió que Alice, como si fuera una adolescente, posara ante el espejo del aseo con la mitad de su pelo tapándole la cara y la

lengua fuera, mostrando aquel *piercing* que tanto parecía haberle gustado a Mark en las pocas horas en que se habían visto. Negaría ante quien se lo preguntara haber descartado tres fotografías antes de enviarle la definitiva.

—¡Más margaritas! —Amy gritó al camarero de una cantina mexicana cerca del centro.

—Deberíamos dejar de beber en algún momento. —Alice se sujetó a la mesa de regreso del cuarto de baño.

—De eso nada. Hasta que no nos cuentes los avances de tu historia con Mark, no dejaremos de emborracharte.

—A lo mejor, cuando esté borracha, os confieso que no he ido al cuarto de

baño a hacer pis, sino a hablar con él.

—¡Ooooh! ¡Alice está enamorada!

—Déjate de chorradas, Emily.

Ahora en serio, ¿qué sabéis de él? ¿Es de fiar?

—Sí. Yo no tengo dudas —
respondió Amy, segura.

—Nosotras tampoco. —Emily
asintió al comentario de Lisa.

—He decidido aceptar la oferta del rancho. Es una gran oportunidad profesional. Llevo demasiados años viajando de aquí para allá, tratando a pacientes en sus casas. Salvo los dos años que estuve con Emily en Boston, no he pasado más de seis meses seguidos en la misma casa. Esto me permitiría asentarme, al menos durante un tiempo.

—¿Y cuándo lo has decidido?

—No lo sé. Cuando me he querido dar cuenta... ya le había dicho que sí. Es un tío muy insistente.

—No te engañes, Alice... Estabas deseando recibir esas llamadas de Mark. He visto revistas de caballos en el maletero de tu coche. Y una guía turística de Arizona. ¿A quién pretendes engañar?

—A ti no, desde luego. ¿Seguro que no trabajas en el FBI?

—Qué curioso. Hace unos días, tu querido Mark me acusó de ser una agente de la CIA.

—¡No es *mi querido Mark!*

—Alice... —Amy usó el alcohol como coartada para unirse al cotilleo—.

¿Nos estás diciendo que Mark no te gusta ni un poco? Es muy guapo y encantador.

—Durante unas horas, creí que era el hombre perfecto. —Alice se llevó una mano a la boca, queriendo retirar sus palabras.

—¿Y quién te dice que no puede volver a serlo? ¿De verdad crees que podréis trabajar en un rancho aislado del mundo sin buscaros el uno al otro?

—No lo sé.

—Ya te lo digo yo: no. —Lisa se carcajeó—. Vais a estar enganchados como conejos desde el primer minuto.

—Pero qué bruta eres, Lis.

—Chicas, no sé... Tengo... tengo miedo a enamorarme de él y que vuelva

a huir.

—¿Enamorarte?

—¿Me he vuelto loca? Hace tres días lo odiaba, pero me ha llamado todos los días y... Recuerdo aquel día en Boston y... no sé, chicas. No sé qué me ha dado. No sé qué tiene. Solo sé que... me gusta. Me gusta mucho.

—Es un Sullivan, nena. Ese es el quid de la cuestión. Yo me fui a vivir con Travis a las tres semanas de que fuera el primer chico que me había besado.

—Yo me caso el sábado a los veintidós años, con el primer novio que he tenido en mi vida.

—¡Y yo estoy embarazada de Preston, con el cual no llevo ni dos

meses!

—¿Estás embarazada?! —Todos los ocupantes de aquel bar se giraron a mirar a Amy. Y a Lisa, que había sido la destinataria de su chillido.

—Sí, joder. Estoy embarazada. Y no, no ha sido algo buscado. Y, sí, me muero por tomarme un margarita.

—Por Dios Santo, Lisa. —Emily se acercó a la enorme jarra de líquido amarillo, vació en el suelo el vaso de refresco de Lisa y lo rellenó del líquido amarillo—. Llevas dentro a un hijo de Preston Sullivan. Un margarita no le va a hacer ni cosquillas. Bebe.

—¿Tú lo sabías, Em? —preguntó Amy.

—Sí. Travis también lo sabe.

—No queríamos decírselo a nadie más para no quitaros protagonismo en vuestra boda. —Lisa tomó la mano de Amy—. Lo siento.

—Pero, ¿tú estás tonta? ¿Qué importa tener más o menos protagonismo? ¿Estáis contentos con la noticia?

—Estamos impactados, Amy. Qué te voy a contar a ti. Lo descubrimos en nuestro último día en Londres y nos ha costado digerir la noticia. Yo acabo de terminar la carrera, Preston también está en una época laboral un poco loca... Ser padres no entraba en nuestros planes.

—¿Estáis seguro de querer tenerlo?

—Esa es la clave del asunto. No lo dudamos ni un segundo. Ni cuando más

acojonados estábamos. No queremos casarnos de momento, pero... —Lisa se tocó la tripa en un gesto protector—... Tendremos a este niño.

—Bueno, Alice. Esta podría ser la primera reunión de las cuatro mujeres Sullivan. ¿Nos cuentas de qué van todas esas llamadas de Mark?

||

—Preston, por favor. Nunca te había visto cabreado tanto tiempo — Travis suplicaba, mientras su hermano acababa de vestirse.

—Deja el tema ya, Travis, por favor. No pasa nada.

—Sí, sí que pasa. Estás raro — refunfuñó Travis.

—¿Raro? —Preston se burló—.

Estoy jodido. Pero ya está. Se me pasará.

—¿Cuándo? ¿No se te puede pasar ahora?

—Travis, parece que tienes ocho años. A ver si lo entiendes. Hemos pasado veinticuatro horas diarias juntos desde que llegué de Londres. Te conté lo del embarazo...

—Perdóname, ¿vale? Ya no sé ni cómo pedírtelo. Han pasado demasiadas cosas en los últimos días. La boda de Parker, lo del embarazo... No encontré el momento. Lo siento. No sé qué más decirte.

—Travis. —Preston guardó silencio un buen rato, mientras le mantenía la mirada fija a su hermano gemelo. Por un

momento, se quedaron tan inmóviles que creyeron estar frente a un espejo. De improviso, Preston se lanzó sobre su hermano y lo derribó sobre la cama—. Estás perdonado, mamón.

— Joder, Preston. Yo, casado, y tú, padre. ¿No es un poco alucinante? —Se tumbaron ambos boca arriba, con grandes sonrisas pintadas en sus caras.

— Es *mu*y alucinante. Pero... es genial, ¿no?

—Es perfecto.

—Míralos —se burló Mark, entrando junto a Parker en la habitación que compartían los gemelos—. Nosotros esperando para ir al boxeo, y ellos tumbados mirando al techo como una pareja de enamorados.

—¿Nos vamos?

—Venga.

—¿Habéis hablado con las chicas?

—preguntó Parker.

—Sí —respondieron los otros tres hermanos al unísono. Mark se dio cuenta demasiado tarde de que había metido la pata y maldijo en voz baja.

—¿Mark? ¿Tú tienes una chica de despedida de soltera en Los Ángeles?
—se burló Preston.

—Joder... Estáis a todo. —Miró a sus hermanos y vio sus caras expectantes —. Síiii, he llamado a Alice. ¿Contentos?

—No lo sé —respondió Travis—. ¿Tú? ¿Contento?

—Sí. Ha aceptado involucrarse en

el proyecto. La semana que viene empezaré a negociar las condiciones con ella.

—Enhorabuena, tío.

—¿Y algo un poco más personal? Por lo que me ha dicho Emily, parece que le gustaste bastante en Boston.

—¿En serio? ¿Qué te ha dicho?

—Madre mía, Mark. —Parker contuvo, solo un poco, la risa—. Pareces un adolescente.

—Vete a la mierda, enano.

—Alice le ha dicho algo así como que aquel día fue uno de los mejores de su vida.

—Joder. —Mark sonrió, ilusionado—. Vámonos al boxeo. Y, si en algún momento estoy demasiado borracho,

impedid que coja el coche y me vaya a Los Ángeles a buscar a esa chica.

El combate por el título del peso medio se resolvió en el octavo asalto, con el aspirante noqueado frente al campeón. Ninguno de los otros tres hermanos fue capaz de averiguar cómo había conseguido Preston las entradas para unos asientos desde los que acabaron salpicados de sangre y sudor. Un par de horas después, en el reservado de una discoteca de decoración asiática, los cuatro compartían una botella de whisky, y sus cabezas empezaban a estar en un estado similar al de los combatientes de esa noche.

—¿No os parece acojonante que

estemos en la despedida de soltero de Parker? En serio, pensadlo —reflexionó Travis.

—Parker siempre lo ha hecho todo a lo grande. Estaba claro que, cuando encontrara a su chica, iba a acabar haciendo una locura de estas. —Mark sonrió a su hermano pequeño, que se encogió de hombros con una media sonrisa pícaro.

—¿Algo que confesar antes de convertirte en un hombre de bien, Parker Andrew Sullivan?

—Emmmm... Pues me temo que no. Me porto muy bien. —Parker le sacó la lengua a Preston—. Quizá no he visto los últimos capítulos de *Dora la exploradora* y tendré que ponerme al

día al volver a casa, pero pocos más escándalos puedo proporcionaros. Me temo que el Parker salvaje ha quedado un poco atrás.

—Ya era hora —lo reprendió, quizá por última vez, Preston—. Fuiste un puto grano en el culo unos cuantos años.

—¿Y este sermón? No te pega nada, Preston.

—Solo quería confirmar que no tenías ningún bombazo que confesar, por seguir con la dinámica de esta despedida de soltero. —Preston miró a sus hermanos riéndose y decidió soltar su bomba—. Porque yo sí tengo algo que contar.

—¡Joder, Preston! ¿Algo más fuerte que haber salido en los periódicos

haciendo una declaración de amor?

—Sí. Un poquito más fuerte. No sé ni por dónde empezar...

—Suéltalo ya, joder —le gritó Travis—. O se lo diré yo.

—Digamos que... allá por el mes de febrero, más o menos, vais a ser tíos.

—¿Qué? —Parker se quedó paralizado, tan impactado por la noticia como parecía Mark.

—¿Es de Lisa?

—¡Mark! Por supuesto que es de Lisa. ¿Eres gilipollas o qué te pasa?

—Perdón, perdón. Pero a veces olvidas que eres Preston Sullivan. Tu fama te precede.

—Entiendo que no es un bebé buscado —afirmó, más que preguntar,

Parker.

—No. Bueno, lo hemos buscado un montón, en realidad... —Preston se rio con ganas, quizá por primera vez en la semana—. Pero no, no entraba en nuestros planes ser padres hasta dentro de unos cuantos años.

—Quizá sea un castigo divino por haberte burlado tanto de mí... —Parker golpeó a Preston en el hombro con fuerza y, a continuación, se lanzó a su espalda—. En serio, ¿estás bien?

—Sí. Estamos bien. Muy impactados, pero seguros de lo que queremos hacer.

—Ahora entiendo las caras de culo con las que llegasteis de Londres.

—Acabábamos de confirmarlo.

Literalmente. Lisa llevaba con retraso los últimos días en Londres, y empezamos a temérselo. Decidimos no saberlo hasta después de la boda, cuando volviéramos a estar instalados en Nueva York. Al final, Lisa no se pudo aguantar y compró el test de embarazo a última hora en el aeropuerto. Se lo hizo en el avión y... bueno, de ahí las caras que teníamos al aterrizar.

—¿Y los condones, qué, Preston? ¿Qué hacías durante las clases de educación sexual? —lo reprendió Mark, instalado en su papel de hermano mayor.

—Pues, la mayoría de las veces, escaparme a fumar con Parker. —Su hermano pequeño se rio, recordando los tiempos del instituto—. Pero te juro por

Dios, Mark, que fue el primer polvo sin condón que eché en mi vida. El primero. Digamos que las circunstancias no eran las más idóneas para pensar en la protección.

—Pues vaya puntería. Espero que no sea genética —bromeó Travis.

—Un momento, un momento... — interrumpió Parker, levantándose con alguna dificultad a pedir otra botella de whisky—. No te vas a librar de explicarnos esas circunstancias tan adversas para los condones.

—Es solo que... no los teníamos a mano.

—No los teníais a mano porque... —preguntó Mark.

—Porque estaban en el equipaje.

Facturados. —Preston bebió un buen trago de su vaso y se rio, cabeceando por su propia indiscreción.

—¿Y vosotros estabais...? ¡No! —Parker se dio cuenta del lugar exacto donde había sido concebido su primer sobrino y estalló en un ataque de risa—. ¡Qué cabrón!

—¿En el avión? —Mark empezó a reír y contagió a todos los demás.

—Lisa me va a matar cuando sepa que os lo he contado.

—¿Me estás contando que concebiste a tu hijo a treinta mil pies de altura?

—Y supe que iba a ser padre a treinta mil pies de altura también.

—¡Vámonos al hotel! —dijo Travis,

de repente—. Este sitio está muerto, y tenemos un mueble bar lleno de maravillas.

||

—¿Dónde se supone que estamos? —preguntó Emily, tambaleándose sobre su bastón algo más de lo habitual—. ¿Podéis ir un poco más despacio? A veces se os olvida que soy una lisiada.

—Una lisiada borracha, además —se burló Lisa, ayudándola a apoyarse en ella.

—Estamos en Sunset Strip —aclaró Alice—. Hoy he cogido de buen humor a mi paciente y ha hecho unas llamadas para que nos metan en la lista VIP del Viper Room.

—¡Qué bien! —chilló Amy, dando

un saltito que estuvo a punto de acabar con sus huesos en el suelo.

—Aprovechando que la coja está borracha, —bromeó Lisa, mientras atravesaban el cordón rojo de acceso VIP a la discoteca—, deberíamos interrogarla sobre cosas que no le ha contado ni a su mejor amiga.

—¿De qué se supone que hablas, *Lisa Simpson*?

—Oh, vamos, Em... —ironizó Lisa, mientras las cuatro se sentaban en una mesa del reservado—. Te conozco desde que te comías los mocos en el jardín de infancia.

—Yo no me comía los mocos, imbécil.

—¿Nos vas a contar de dónde ha

salido el anillo que guardas en el neceser? —preguntó, al fin, con los ojos entornados. Alice y Amy, distraídas hasta entonces con sus *gintonic*s, levantaron la cabeza ante el reclamo.

—¿Y se puede saber qué haces tú rebuscando en mi neceser?

—¡Estaba buscando un *eyeliner*!

—Mírala... Cinco años sin maquillarse y, de repente, no puede vivir sin pintarse el ojo.

—¿Vas a seguir desviando el tema o nos vas a hablar de Harry?

—¿Y quién se supone que es Harry? O yo estoy demasiado borracha o tú, demasiado sobria.

—Harry es el nombre con el que he decidido bautizar a ese pedazo de

diamante de Harry Winston que, no sé por qué, escondes entre el maquillaje.

—Dios... ¡Travis me va a matar!

—¡Dilo ya! —la apremió Amy.

—¡Sí! ¡Estamos prometidos!

—¿Y cuándo pensabas contárnoslo, zorra? —le preguntó Lisa, mitad en serio, mitad en broma.

—Travis y yo decidimos no decir nada hasta que pasara la boda de Parker y Amy. Si llegábamos nosotros hablando de compromiso, y Preston y tú anunciando embarazo, la boda de estos dos quedaría en el olvido.

—Nos habríais hecho un gran favor durante los preparativos —bromeó Amy.

—Y, ¿cuándo os casáis? —preguntó

Alice—. Dios, Emily... Aún no me puedo creer que vayas a casarte.

—Entre Acción de Gracias y Navidad. No tenemos cerrada la fecha todavía.

—¡Qué guay! Otra boda, otro bebé... Vivian Sullivan volviéndose loca con alguien que no soy yo... No se puede pedir más —añadió Amy.

—¿Quién es Vivian Sullivan? —preguntó Alice.

—Tu futura suegra. —Emily se carcajeó, y Lisa y Amy siguieron su ejemplo.

—¡No seas idiota!

—Desembucha, Alice. Háblanos de Mark Sullivan.

—¿Qué más queréis que os cuente?

Ya sabéis que he aceptado la oferta del rancho, que nos acostamos en Boston y que se largó corriendo. No hay mucho más. Puede que sepáis vosotras más sobre él que yo.

—Travis me dijo que nunca había tenido novia.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Alice—. Ni siquiera sé eso.

—Veintisiete, ¿no? —confirmó Amy con Lisa—. Creo que es cuatro años mayor que Parker. Debe de cumplir veintiocho dentro de poco.

—¡Joder! Y yo casi treinta y cinco.

—Bueno, mujer, no es tanta diferencia. Lo importante es... —Lisa se interrumpió y aguzó el oído—. ¿No está sonando un móvil?

—Es el mío. —Alice abrió los ojos como platos en cuanto vio el remitente de la llamada—. ¡Es él!

—¿Te está llamando a las cuatro de la madrugada?

—Cinco en Las Vegas, de hecho.

||

—*Hola* —Alice respondió la llamada con voz tímida.

—Hola, Alice.

—¿*Te parecen horas de llamar a una señorita?*

—¿Estabas dormida?

—*Nada más lejos de la realidad. Estoy en la mejor discoteca de Los Ángeles.*

—¿Lo pasáis bien?

—*Muy bien. ¿Tú qué haces?*

—Estoy en el balcón de una suite espectacular en Las Vegas, fumándome un cigarro cubano regalo de mi abuelo, bebiendo una copa de Dom Pérignon de cuatrocientos cincuenta dólares la botella y hablando con una mujer de pelo rosa. No podría estar mejor.

—*Veo que os cuidáis.*

—No se nos ha dado mal la despedida. Creo que han sido mis dos mejores días de la última década. Bueno, exceptuando uno que pasé en Boston con la mujer más increíble que conozco.

—*Atacas fuerte, Mark Sullivan.*

—Tengo que usar todos los recursos que conozco. ¿Me has perdonado ya?

—*No. Fue una cabronada muy*

gorda.

—Pero sigues convencida de venirte conmigo, ¿verdad?

—*No son horas de mantener esta conversación, pero, bueno... He tomado una decisión, Mark, y me tienes que prometer que vas a respetar mis condiciones. Aunque sean las cuatro de la madrugada y estemos un poco borrachos.*

—Acepto.

—*¿Si aún no sabes cuál es la condición!*

—*¿Y qué? Sabes que aceptaría cualquier condición que pusieras para venirte al rancho.*

—*En Boston... en mi apartamento, tú me contaste que, desde que te*

ocurrió aquello en la universidad, solo tenías relaciones esporádicas. Sexo y nada más.

—Sí.

—Yo... *Ese no es mi estilo, Mark. Y mucho menos con un proyecto profesional en el que voy a invertir más de la mitad de mis ahorros.*

—Alice, yo nunca he dicho que tú fueras...

—*La condición es que no intentarás nada, Mark. No quiero arriesgarme a implicarme en una relación personal que no tiene pinta de ir a acabar bien.*

—Nunca sabrás si puede acabar bien si no lo intentas —la interrumpió Mark.

—*Disculpa que te lo recuerde, pero es que ni siquiera empezó demasiado bien.*

—Yo diría que empezó de maravilla.

—*Deja de bromear.* —Alice lo reprendió, entre risas—. *Hablo en serio, Mark. Sería una locura empezar algo más que una relación profesional ahora mismo. Si no me prometes que dejarás de intentarlo, no podré aceptar el trabajo.*

—¿Es innegociable?

—*Innegociable.*

—Acepto.

—¿*De verdad?*

—Joder, Alice. Vamos a hablar claro. Me gustas. Me gustas...

muchísimo. No me saco de la cabeza aquel día en Boston. Pero, por mucho que me gustes como mujer, te aseguro que me gustas también como profesional. Puedo bromear mucho, puedo coquetear y puedo asegurarte que querría tenerlo todo contigo. *Todo*. Pero te respeto, sé que el proyecto del rancho es imposible sin ti porque sé que jamás encontraría a nadie que me gustara tanto como tú. Como profesional, repito. Así que, si esa es tu condición, por mucho que me joda... acepto.

—*Gracias. Eso que has dicho ha sido... ha sido muy bonito.*

—Deberías saber por experiencia que sé decir cosas bonitas —dijo Mark, con voz ronca—. Recuerdo haberte

dicho cosas al oído bastante más bonitas que esas. De hecho, recuerdo muy bien haberte hablado al oído mientras te...

—*¡Mark! ¿Es que no has escuchado ni una palabra de lo que he dicho?*

—Por supuesto. Y te juro que te voy a respetar igual que te juré que iba a pedirte disculpas mil veces. Por cierto, perdón, que todavía no te lo había dicho. Pero, volviendo al tema, aún no has empezado a trabajar. Tengo una semana para poder coquetear contigo todo lo que me dé la gana y quitarme las ganas.

—*¿En serio crees que la mejor manera de quitarte las ganas es coquetear?*

—No. Pero tengo que soltar todo mi

arsenal antes de que empecemos a trabajar juntos y ya no pueda hacerlo.

—*Estás como una cabra.*

—No sabes cuánto. —Mark resopló. La llamada no había ido en absoluto como él esperaba, pero al menos sabía que el futuro del rancho estaría a salvo—. Me parece que me voy a ir a dormir. Comparto cama con mi hermano pequeño y oigo sus ronquidos desde aquí.

—*Qué apetecible* —se burló Alice.

—¿Quieres que te diga lo que de verdad me apetecería?

—*Emmmm... Creo que es mejor que no.*

—Sí, mejor. Porque la idea incluye un pelo rosa, un *piercing* en la lengua y

una cama de dos por dos.

—*¿Hablamos mañana?* —lo ignoró Alice.

—Claro. Pasadlo bien.

—*Un beso, Mark. Y gracias por entenderlo.*

—¡Mierda! ¡Joder! —gritó Mark en cuanto colgó el teléfono.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó Travis, adormilado en el sofá de la suite.

—Perdona, tío. Acabo de colgar con Alice.

—¿Se ha echado atrás en lo de ir a trabajar contigo? —Preston levantó la mirada del teléfono móvil en el que llevaba concentrado casi una hora. Su

intención inicial había sido enviarle un *whatsapp* rápido a Lisa, pero ninguno de los dos había podido desengancharse del teléfono.

—No. —Mark levantó la vista hacia su hermano pequeño, que salía en ese momento bostezando del dormitorio que compartían—. Pero me ha hecho prometer que no intentaría nada... personal.

—Así que vas a vivir la tortura de trabajar con ella a diario sin poder intentar llevártela a la cama —se burló Parker—. Buena suerte.

—Lo peor es que sé que le gusto. Ha aceptado que coqueteo con ella hasta que empecemos a trabajar juntos, joder. Le gusto un montón. —Mark sonrió con

suficiencia y dio una calada a su habano.

—No sé cómo podéis fumar esa mierda. Apesta toda la habitación.

—Trav, es asombroso lo ignorante que eres sobre los placeres de la vida. Pobre Emily. —Preston sonrió y encaró a su hermano mayor—. Mark, ¿puedes coquetear con ella durante una semana?

—Algo así. Una garantía de dolor de huevos.

—Y visitas a Lynette Lancaster — bromeó Parker.

—¡No me jodáis más! Me basto y me sobro para torturarme.

—¿Estáis todos tontos o qué? ¡Tiene una semana! Si no creéis que Mark es capaz de conquistar a una chica en una semana, es que no sabéis nada sobre los

Sullivan.

—Preston, estás borracho.

—Bastante. Pero sé lo que digo. ¿Planificamos el plan de conquista o sabrás hacerlo solo, Mark?

—Creo que me las arreglaré, gilipollas.

—Yo me vuelvo a dormir. —Parker bostezó sonoramente.

—¿Te importa si me torturo un poco mientras tú roncas?

Jueves 23 de junio.

Dos días para la boda.

—¡Joder, Preston! ¿Cómo puedes tardar tanto en el cuarto de baño? ¿Y desde cuándo cierras por dentro? Por Dios santo, necesito mear.

—Pasa a nuestro baño, pesado. Mark y yo ya estamos.

—¡Voy!

—¿Alguien ha hablado con las chicas?

—Amy y Emily tienen el teléfono apagado. Debieron de pegarse una buena juerga anoche.

—Yo he hablado con Lisa. Me ha dicho que van a comer a un japonés que les ha recomendado Alice. —Preston alzó las cejas con burla hacia Mark, quien estaba todavía demasiado dormido para prestarle atención—. Llegarán al rancho a última hora de la tarde.

—¿Eso hacías ahí dentro? ¿Llamar a tu novia?

—Entre otras cosas, imbécil.

—¿Nos vamos ya o vais a tener otra pelea de enamorados?

—Vámonos.

Los cuatro hermanos Sullivan saltaron al interior de la camioneta con cuatro enormes sonrisas en sus caras. Ninguno había querido verbalizarlo en

los dos días en Las Vegas, pero todos eran conscientes de que había muchas posibilidades de que aquella hubiera sido su última gran aventura. Durante los últimos veintitrés años, desde el nacimiento del último de ellos, habían vivido juntos todas las aventuras imaginables. Preston y Travis se habían peleado a puñetazos hasta volver loca a su madre; Mark había encubierto ante su padre todas las correrías de los tres más pequeños; Parker había querido crecer para ser como sus hermanos mayores; se habían roto huesos, habían practicado todos los deportes imaginables, se habían emborrachado, habían aprendido a montar a caballo casi antes que a caminar y se habían protegido, siempre,

de cualquier amenaza externa.

—Ha estado bien esto, ¿no? — Parker habló en nombre de todos, al tiempo que se ponía al volante de la camioneta.

—Más que bien.

—¡Eh! No os pongáis tan melancólicos, mamones. Tenemos otra despedida de soltero por delante, ¿no? ¿Me pongo a planificar ya la de Travis o no habéis quedado satisfechos con mis servicios?

—Preston, estos dos días te han consagrado como organizador de despedidas de soltero para el resto de nuestras vidas —comentó Mark, calándose bien hondo sus Ray Ban negras.

—No pensaba ceder el puesto. —
Preston se carcajeó—. ¿Alguna idea
para la despedida del chico sano?

—Me pongo a vuestra entera
disposición —comentó el interesado.

—¿Qué os parece si la celebramos
en Nueva York?

—¿Lo dices en serio? —Travis
abrió los ojos como platos ante la
propuesta de Mark. Presentía que sus
hermanos debían de estar igual de
sorprendidos.

—Lo digo en serio. Ya va siendo
hora de dejar la mierda atrás. Además,
tendré que enseñaros algo sobre la
noche de Manhattan, chavales. No tengo
demasiada esperanza de que sepáis
moveros en la ciudad.

—Lo que hay que oír... Por cierto, ¿les habéis contado a las chicas lo del tatuaje? Yo no he tenido valor para que Lisa se riera de mí todavía. Dejaré que lo descubra en persona.

—Pues yo sí se lo he contado a Amy. Suerte que ella no se asusta ya con ese tema.

—Emily va a flipar, joder. ¿Sabéis si duele mucho sacárselo con láser?

—Oh, por favor. Qué dramático eres, Travis —protestó Mark—. No te saques el puto tatuaje. Será una horterada, pero es nuestro recuerdo. Además, a ti no se te va a ver. Yo lo tengo en el medio del brazo.

—Vaya carta de presentación para Alice.

—Quizá me haga ganar puntos. Me temo que su aspecto no es lo que os podáis imaginar de una doctora de treinta y cuatro años.

—¿Ah, no? Cuéntanos.

—Digamos que es más estilo Parker que estilo Travis.

—¡Eh! —protestaron al unísono los aludidos.

—Tiene el pelo rosa. Lo tenía azul cuando la conocí. Tiene la mitad del cuerpo tatuado, y creo que me quedo corto. Y *piercings* en la nariz, la lengua, la encía, el ombligo, partes de la oreja que no sabía que se podían agujerear y... bueno, y otros de los que no os voy a hablar.

—De repente, me apetece

muchísimo que esa chica sea mi cuñada.

—A mí me apetece que sea la nuera de mamá —bromeó Travis.

—No adelantéis tantos acontecimientos. Os recuerdo que me ha prohibido intentar nada con ella.

—Y yo te recuerdo, *de nuevo*, —remarcó Preston—, que te quedan muchos días por delante para hacerla cambiar de idea.

—Preston, Parker... —los llamó Travis, cuando quedaba poco más de media hora para alcanzar el rancho familiar—, creo que ha llegado el momento.

—¿El momento? ¿De qué habláis? —preguntó Mark, viendo cómo Parker se desviaba a una estación de servicio.

Aparcó en una zona un poco apartada y saltó del coche. Los gemelos lo siguieron a la parte trasera de la camioneta. El calor de primera hora de la tarde apretaba, pero no pudieron evitar sentarse en la plataforma trasera, como tantas veces habían hecho.

—Bueno, que hable Preston, ¿no? Él es el especialista en discursos — bromeó Travis.

—¿Qué pasa, chicos? Me estáis acojonando.

—Está bien. Hablaré yo. —Preston resopló, nervioso—. Mark, hay algo de lo que hemos estado hablando nosotros tres. Nos dejaste muy impactados el otro día, tío. Ya te dije hace tiempo que siempre había tenido la sensación de

que nos ocultabas algo doloroso, pero creo que ninguno de los tres imaginábamos que lo hubieras pasado tan mal. Y todos nos alegramos muchísimo de que hayas decidido arrancar con el proyecto del rancho. De verdad, no te imaginas cuánto. Tiene una pinta magnífica lo que has planteado. Independientemente de lo de Alice, o lo que sea. Por lo tanto, queremos decirte que...

—Joder, Preston, suéltalo ya — protestó Parker—. Es acojonante cómo te enrollas.

—Cállate, enano. Parker, Travis y yo hemos hablado y hemos tomado una decisión. —Preston abrió el bolsillo exterior de su bolsa de viaje y extrajo

unos papeles—. Travis ha sacrificado un par de horas de sueño para redactarlo e imprimirlo en la zona de negocios del hotel. Toma.

—¿Qué es esto? —preguntó Mark, alargando el brazo para tomar los papeles que le daba su hermano.

—Es nuestra renuncia expresa a las partes del rancho que nos corresponderían por herencia. Mamá está de acuerdo, hablamos con ella antes de firmarlo.

—¿Qué? —Mark apenas era capaz de articular palabra.

—El rancho es tuyo, al cien por cien. Dedicar el dinero que te dé el abuelo a comprar caballos o máquinas o lo que sea que necesites para el

proyecto. Solo faltaría que tuvieras que dedicar el dinero a pagarnos a nosotros.

—Pero, chicos, —Mark habló con la voz tomada por la emoción—, el rancho está valorado en muchísimo dinero. ¿Tenéis la menor idea de lo valioso que es esto que me estáis entregando?

Preston se encogió de hombros, y Travis quitó importancia con un gesto de su mano, pero solo Parker, que hasta entonces había permanecido en silencio, habló.

—Seguro que bastante menos valioso que un hermano que se ha tragado su propia mierda durante años, pero que siempre ha estado ahí para ayudarnos con las nuestras. Ni nos des

las gracias. Con que sigas manteniendo nuestros cuartos para que vengamos de vez en cuando a tocarte los huevos será suficiente.

—No sé ni qué decir...

—Di que sí, ponte al volante y llévanos a ver a nuestras mujeres. Bastante desgracia es que seas el único Sullivan que hoy no va a tener sexo.

||

—Te voy a echar de menos, Emily. Llámame cuando vayas a Boston. Supongo que pasaré algún tiempo allí cerrando cosas antes de incorporarme al rancho. Ya casi he acabado con mi paciente aquí en Los Ángeles.

—Vamos, Alice... ¿Por qué no te animas a venir a mi boda? —intervino

Amy.

—Tú estás loca. ¿Cómo me voy a presentar de repente en tu boda?

—Hay cuatrocientos setenta invitados. Créeme, tenemos espacio de sobra para sorpresas de última hora.

—Creo que va a ser mejor que no.

—Verías a Mark —aportó Lisa con una sonrisa socarrona en la cara.

—Quizá por eso sea mejor que no. Bastante lo voy a ver cuando me incorpore al rancho.

—¿No hay ninguna posibilidad de que te convenzamos? —insistió Emily.

—No. Pero, si el trabajo en el rancho me va bien, nos veremos cuando vayáis a casa de vuestros suegros. Ahora en serio, chicas, gracias por

invitarme a la despedida. Me lo he pasado fenomenal.

—¡No! Gracias a ti por llevarnos a sitios tan geniales. —Amy se acercó a abrazarla, y Emily y Lisa siguieron su ejemplo.

Tres horas después, Alice se desperezaba en una de las tumbonas de la piscina de la enorme mansión de su paciente en las colinas de la ciudad. En unos días regresaría a Boston y, esta vez sí, empaquetaría todas sus cosas camino de otra vida. Se enfrentaba al gran reto profesional de su carrera, el más ilusionante, y volvía a sentirse como cuando, a los veintidós años, había tratado a su primer paciente. Ni siquiera

miró hacia la pantalla de su móvil cuando lo oyó sonar. Esa misma mañana había asignado su canción favorita de Nirvana, *All Apologies*, a la información de contacto de la persona que la llamaba en esos momentos. Sonrió, repantigándose en la colchoneta, y deslizó su dedo por la pantalla táctil con deleite.

—*Hola, preciosa.*

—Empiezas fuerte, Sullivan.

—*Ya sabes. Tengo que aprovechar mi tiempo hasta que nos convirtamos en profesionales asexuados.*

—Qué idiota eres.

—*Bastante. ¿Qué hacías?*

—Tomar el sol y bañarme en la piscina.

—*Me temo que aquí en Arizona tendrás que trabajar más duro.*

—Por eso tengo que coger fuerzas antes de ir.

—*¿Es normal que todo lo que dices me suene sexual?*

—Es muy tú.

—*Así me gusta, que me vayas conociendo.*

—Sí, me temo que te tengo calado. ¿Tú qué hacías?

—*Nada. Esconderme en mi cuarto. Mi casa está tomada por la sexta flota.*

—Sois un montón de gente, ¿no?

—*Mis tres hermanos y las chicas, mis padres, la madre y la hija de Amy, y el padre de Emily.*

—¡Dios! ¡El padre de Emily es

genial!

—*Creo que mi hermano Travis disentiría de esa opinión.*

—Pues no tiene ni idea. Es una de las personas más interesantes que he conocido en mi vida.

—*¿Ah, sí? ¿Y qué lugar ocupó yo en esa clasificación?*

—No lo sé aún. No te conozco lo suficiente.

—*Yo diría que me conoces mejor que mucha gente. Casi que la mayoría. Pero, venga, conóceme mejor. ¿Qué quieres saber?*

—¿Tienes tiempo? Mira que tengo mucho peligro preguntando, eh.

—*Para ti, tengo todo el tiempo del mundo.*

—¿Cuántos años tienes?

—*Veintisiete y medio. Serán veintiocho en diciembre. ¿Tú?*

—No deberías preguntarle eso a una chica. Sobre todo a una chica que está a punto de cumplir los treinta y cinco.

—*Con ese pelo rosa no parece que tengas más de veintiuno.*

—Adulador.

—*Un poco. ¿Qué más?*

—Una un poco más personal. ¿Cuándo tuviste tu última relación?

—*¿Sexual?*

—¡No! ¡Eso no me interesa!

Relación de pareja.

—*¿Y eso sí que te interesa?*

—Ya te he dicho que soy muy curiosa.

—*Nunca.*

—¿*Nunca* qué?

—*Nunca he tenido pareja.*

—¿En serio? ¿*Nunca*? ¿Ni una novia en el instituto?

—¿*Salir tres veces con la misma chica a los quince se considera relación de pareja?*

—*Puede.*

—*Pues entonces hace trece años. ¿Quieres tú contarme algo sobre tus relaciones? Me hablaste de un chico con el que saliste después de... bueno, de que tu novio de la universidad muriera.*

—*Novia.*

—¿*Qué?*

—*Mi pareja, la que... bueno... la*

que se suicidó... era una chica.

—¿En serio? ¿Eres bisexual?

—Sí. No. No sé. No me gustan las etiquetas. Me he acostado con mujeres, sí. Todo empezó con que quise experimentar en la universidad y acabé enamorándome.

—¿Y qué cambió?

—¿No se supone que era yo la que hacía las preguntas?

—Quid pro quo, *Alice*.

—Ojalá hubiera una gran historia que contar. O al menos una que me exculpara por haberla dejado. El amor viene y va, y supongo que me desenamoré de ella. El primer año fue muy intenso, quería experimentarlo todo, y todo con ella. Lo pasamos bien.

Después... dejó de ser divertido. Ella quería dar pasos adelante, conocer a mi familia, que yo conociera a la suya, hablaba de casarnos al acabar la universidad... Aun no habíamos cumplido los veinte, ¿sabes? Y el tercer año ya solo lo aguanté porque tenía miedo de su reacción, de que se hundiera, de que hiciera... de que hiciera lo que finalmente hizo.

—*¿Sabes? Ahora soy capaz de ver que tú no tuviste la culpa. Quizá, si en Boston me hubieras contado la historia completa, tal cual lo has hecho ahora... Quizá habría pensado que eras una mierda culpable como yo.*

—*¿Y por qué ahora no?*

—*Por ti y por mis hermanos. Hablé*

con ellos en Las Vegas. Lo saben, al fin.

—¿Y qué tal fue?

—*Perfecto. No sé cómo pude dudar de ellos, cómo he podido estar callado siete años. Me repitieron mil veces que yo no tenía la culpa de nada. Y no solo eso... me han regalado el rancho.*

—¿Cómo dices?

—*Ya lo has oído. Han... han firmado su renuncia a la parte de cada uno. El rancho es todo mío. Todo... nuestro. Del proyecto, quiero decir.*

—Me alegro. Me alegro mucho, de verdad. No solo por el rancho, por lo que significa.

—*Gracias. Pero... no te vas a librar del interrogatorio. ¿Tu otra*

relación? ¿También era una chica?

—No. Fue con el hermano de un paciente. En Seattle.

—*¿Te enamoraste?*

—No. Yo creo que no. Me gustaba mucho, pero yo aún estaba muy jodida. ¿Sabes lo que hice cuando, tras semanas insistiéndome, al fin salimos juntos?

—*Miedo me das.*

—No. Miedo me dio a mí. El suficiente como para escaparme de su casa en plena noche después de acostarme con él.

—*Creo que ese comportamiento me suena de algo.*

—Por eso te entendí. No me malinterpretes, Mark. Me cabreaste mucho, muchísimo. Pero, en el fondo,

siempre supe por qué lo habías hecho.

—*Me alegro. Pero eso no va a hacer que deje de pedirte disculpas por lo que pasó.*

—Bueno... Eso no te va a hacer ningún daño —bromeó Alice.

—*De todos modos, hay algo que has dicho que no tiene ningún sentido. Esa mierda de que el amor viene y va, ¿de dónde te la has sacado?*

—¿Me estás diciendo que crees en el amor para toda la vida? ¿Tú, que acabas de reconocer que tuviste tu única novia en el instituto?

—*Que no lo haya puesto en práctica no significa que no conozca la teoría. He visto a mis abuelos, a mis padres, ahora incluso a mis hermanos.*

Sé reconocer el amor verdadero y... y ese no se va.

—¿Cómo hemos acabado hablando de cosas tan serias? —Alice se aterró cuando oyó a Mark hablar sobre el amor. O se ilusionó. Ni ella misma sabría decirlo.

—*No lo sé. ¿Tienes más preguntas?*

—Creo que es suficiente por hoy, señor Sullivan. ¿Alguna novedad más sobre el rancho?

—*No. La verdad es que, hasta la semana que viene, estoy desconectado del trabajo. Pasado mañana, tengo que casar a mi hermano pequeño.*

—No me digas ahora que eres cura... —bromeó Alice.

—*No. Pero soy el padrino.*

—Sí, Amy y las chicas me lo contaron. Tu hermano favorito, ¿no?

—*Claro. El pequeño. Siempre nos hemos llevado muy bien. Parker es genial. Los tres lo son.*

—Presiento que los cuatro lo sois.

—*Eso se ha parecido sospechosamente a un halago, señorita Walsh.*

—Ya ves. Un día generoso lo tiene cualquiera.

—*Oye... tengo que irme. Mi madre debe de estar planeando mi asesinato. Ni siquiera he saludado al padre de Emily todavía.*

—Oh, dale un abrazo de mi parte cuando lo veas.

—*Lo haré. Eso, si es que ha salido*

del despacho de mi padre. Cuando hemos llegado de Las Vegas, llevaban ya un par de horas allí metidos.

—Teniendo en cuenta lo que ocurrió con Emily... supongo que tienen mucho de lo que hablar.

—*Estás al tanto, ¿no? De lo de Parker, mi padre, el juicio que no llegó a celebrarse...*

—Sí. Emily nunca quiso hablar demasiado del tema, pero su padre me lo contó.

—*Visto con perspectiva, Alice... no sé ni qué decirte sobre eso. Fue injusto que mi padre pagara para que Parker no fuera a juicio, pero... me alegro de que mi hermano no hubiera tenido que pasar por eso. No sé si habría podido*

superarlo.

—Anda, márchate con ellos. Se te cae la baba hablando de tus hermanos.

—*Más se me cae cuando me acuerdo de ti.*

—Frena esto, Sullivan.

—*Ojalá, Alice. Ojalá pudiera frenarlo. O no.*

—Hasta mañana, Mark.

||

Mark bajó al gran salón de la casa, justo a tiempo de arrepentirse de haber salido de su trinchera. Doce personas en su casa, habitualmente tan vacía y silenciosa, eran demasiadas, incluso aunque Katie no fuera una de ellas. Pero lo era, lo cual lo hacía todo mucho más movido.

—¡Mark, hijo! ¿Se puede saber dónde estabas?

—En mi cuarto, mamá. No era tan complicado de averiguar.

—No seas impertinente. Estamos planificando el día de mañana.

—¿En serio? —ironizó Mark, y vio cómo sus hermanos se reían en voz baja —. ¿Tú planificando algo? ¡No me lo puedo creer!

—Por la mañana, llegan los padres de Lisa. Los tíos de Amy están instalados en la casa de Phoenix desde esta mañana. El tío Ed se ha hecho cargo de todos los Sullivan repartidos por el país. La madre de Emily vendrá directa para la boda junto a su marido...

—Mamá, ¿hay algún motivo por el

que todo eso deba importarme?

—Vaya carácter, Mark. Solo quería saber cómo tenías tú el día de mañana.

—Sí... Ahora hablaremos de eso.

—Hijo, —Mark vio en ese momento entrar a su padre en el salón, junto a la única persona de aquella reunión a quien no conocía—, quiero presentarte al padre de Emily, Patrick Holmes. Patrick, este es Mark, mi hijo mayor.

—Encantado, señor Holmes. —Mark detectó en ellos el leve deje a whisky y humo que siempre había identificado con las reuniones importantes en el despacho de su padre.

—Patrick, por favor.

—Patrick. —Mark sonrió a aquel hombre que parecía tener tan enfilado a

su hermano Travis. Amplió el gesto cuando pensó en qué habría opinado el señor Holmes si le hubiera caído en suerte como yerno cualquiera de los otros tres Sullivan.

—Papá, hay algo que quiero hablar con vosotros.

—Buenoooo, esta parece la semana de los anuncios solemnes —bromeó Parker, ganándose el codazo de un gemelo en cada costado.

—A ver, quería comentaros un tema... Mañana tengo un día muy complicado, y el rancho va a ser un caos. No me vendría mal algo de ayuda. La empresa que va a montar las carpas para la celebración y la que se va a llevar los caballos llegan sobre las once

de la mañana. Antes de esa hora, tiene que estar todo el trabajo del rancho terminado. Los caballos alimentados, la superficie donde se va a celebrar la boda limpia y, sobre todo, tenemos que supervisar que la empresa que se va a llevar los caballos lo haga todo bien. Los trabajadores están avisados para venir a las seis de la mañana. Si alguno de vosotros quiere colaborar, cualquier ayuda será bien recibida.

—Yo no puedo, Mark. Tengo que ir con Lisa a recoger a sus padres a Phoenix.

—Bien jugado, Preston. Sería una mala suerte horrible que te estropearas la manicura trabajando un poco duro, para variar —se burló Travis, antes de

dirigirse a su hermano mayor—. Cuenta conmigo.

—Puedes contar conmigo también —añadió Patrick, haciendo que Emily pusiera los ojos en blanco. Por supuesto, si Travis iba a realizar un trabajo duro, su padre no iba a ser menos.

—Yo también te ayudaré, hijo —se unió su padre. Amy y Lisa se miraron con una media sonrisa. En aquel salón había un claro exceso de testosterona, y ninguno de los machos alfa quería quedarse atrás a la hora de hacer un trabajo duro.

—Ni se te ocurra ofrecerte, Parker —chilló su madre, haciendo a todos dar un respingo, y dejando a su hijo menor con la palabra en la boca—. Solo

faltaría que te pasara algo grave el día antes de la boda.

—Entiendo que si les pasa a Travis, a Mark o a papá nos da igual, ¿no? —le respondió de broma, provocando las risas de todos los presentes menos de la aludida.

—No digas tonterías. No va a pasar nada, pero no vamos a jugar con fuego.

—¿Dónde va a guardar la empresa esa los caballos, Mark? —se interesó su padre.

—Ya... Eso... Bueno, eso es de lo que quería hablaros. Aunque la mayoría ya lo sabéis, voy a hacerlo oficial. El lunes empieza el proyecto del rancho de equinoterapia. Hace algunas semanas, me reuní aquí con un experto y me

explicó que no merecía la pena adiestrar a los caballos que tenemos ahora para esas tareas. Es mucho más productivo comprar caballos entrenados de forma específica para el trabajo que van a realizar.

—¿Entonces?

—Tengo un conocido con un rancho en Montana que siempre ha querido comprarme algunos sementales y un par de yeguas. He renegociado con él y le he vendido la yeguada casi al completo. Se los llevan mañana.

—¿A dónde se llevan a quién? — preguntó Katie, con la lengua pastosa. Se había quedado adormilada en el regazo de su madre mientras todos esperaban a que la cena estuviera

servida.

—Mañana se llevan los caballos del rancho —le respondió Parker, cogiéndola en brazos. Aunque pronosticaba problemas, nunca había sido partidario de ocultarle la verdad a la niña.

—¡¡Nooooo!! —El chillido de Katie asustó incluso a quienes lo esperaban. Rompió en un llanto angustioso que, para variar, incluía lágrimas. Parker había aprendido en el último año y medio lo que era el llanto sin lágrimas de Katie, una especie de equivalente infantil del chantaje emocional—. No quiero que se lleven a mi poni, no quiero... ¡No quiero!

—Katie, cariño, mírame. —Amy

intervino, poniéndose tan seria que Katie se arrellanó más contra Parker, lo que lo hizo sonreír—. Seguro que Mark tendrá otros caballos que podrás montar la próxima vez que vengamos aquí.

—¡Pero yo quiero a ese! ¡Es mi poni! —Las palabras le salían ahogadas por el llanto, y las caras de todos los presentes reflejaban ternura.

—Enana, ese poni no es tuyo —le explicó Parker.

—En realidad... —interrumpió Mark, elevando un poco la voz y ganándose la atención de todos los presentes—. Pensaba esperar al sábado para deciros esto, pero bueno... Llevo un par de meses dándole vueltas a la cabeza sobre qué regalaros. Lo tenéis

todo, cabrones.

—Mark... —lo reprendió Parker.

—¡Ups! Perdón. —Katie no parecía haberse dado cuenta del desliz lingüístico, pues seguía sollozando con la cabeza hundida en la camiseta de Parker—. Bueno, a lo que iba. Que tenéis demasiadas cosas y un apartamento demasiado pequeño. Así que he pensado en regalaros algo que se quede aquí para que tengáis que venir a verme a menudo.

—¿Y ese algo es...? —preguntó Parker expectante y, para qué mentir, un poco asustado.

—No es un regalo para vosotros. He dejado fuera del trato a Maverick, mi caballo, y el poni *de Katie*. Ese es mi

regalo.

—¿En serio? —preguntó Amy, emocionada—. ¡Gracias, Mark!

—¿Has oído eso, enana? —le preguntó Parker—. Mark te ha regalado el poni. Es todo tuyo.

—¿De verdad? —Katie saltó de los brazos de Parker y se abrazó a las piernas de Mark—. ¿Es para mí?

—Sí, pequeñaja. —Mark la subió en brazos y se sorprendió de sentirse tan cómodo—. Vas a poder montarlo siempre que vengas aquí. Así que vas a tener que insistirles mucho a papá y a mamá para venir a Arizona.

—¿No me lo puedo llevar a Nueva York?

—Me temo que no, Katie —razonó

Parker—. ¿Dónde dormiría?

—¿Conmigo? —aventuró la niña.

—¿No prefieres que esté aquí y tenga espacio para correr y jugar? Así estará muy contento cuando tú vengas a verlo.

—Vale.

—¿No te estás olvidando de decirle algo a Mark?

—Ay, sí. —La niña se tocó la frente con un gesto teatral—. Eres el más guapo de todos, Mark.

—Lo sé, Katie. Lo sé —acertó a responder Mark entre carcajadas.

||

—¿Toda la manada dormida? —preguntó Preston, cuando vio a Mark y Parker unirse a él y a Travis.

—Gracias a Dios.

—Os juro que si esta dinámica de preparativos e invitados vuelve a empezar para la boda de Trav, yo emigro a Alaska —protestó Mark.

—Os puedo asegurar que no. Vamos a posponer el anuncio todo lo posible. Y Emily se quiere casar en Boston o en Nueva York. Iremos organizándolo nosotros poco a poco y se lo diremos a mamá cuando ya no pueda meter mano.

—Lo mejor de todo es que cree que lo va a conseguir —se burló Preston, dirigiéndose a Parker y Mark.

—¿Nervioso, Park?

—No. Cansado. Y un poco avergonzado. La idea de leer mis votos delante de casi quinientas personas me

pone un poquito enfermo.

—¿De dónde han salido quinientos invitados?

—Vienen miembros de la familia Sullivan que ni siquiera sabía que existían. Papá ha invitado a todos sus clientes, socios, conocidos, miembros del Partido. Os juro que leí la lista de invitados y no conocía ni a la décima parte.

—Pues vaya panorama. ¿Habéis cogido cervezas?

—La duda ofende. No entiendo por qué no montamos una nevera aquí fuera.

—¿Nos acabamos esto? —Parker levantó varias veces las cejas, mostrándoles la bolsa de marihuana que les había sobrado de su viaje a Las

Vegas.

—¿Últimas aventuras antes de convertirte en un hombre formal?

—Y eso me lo dice el que se va a convertir en padre en nueve meses.

—Habrá que empezar a portarse bien, ¿no? —reflexionó Preston, con una sonrisa.

—¡Ya nos portamos bien! Esto es solo... una regresión a la adolescencia —dijo Parker, dando una profunda calada.

—Pásame eso, anda. Entonces, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—Pues, si no lo estuviera, sería un poco tarde para echarme atrás. Pero no es el caso. No he estado más seguro de nada en toda mi vida —afirmó Parker.

—La quieres, ¿eh?

—No sé si es la hierba o la cerveza o qué mierda me está pasando, pero ya ni me da vergüenza decirlo delante de vosotros. Sí que la quiero, joder. Es la persona a la que más quiero en este mundo.

Los cuatro hermanos bebieron en silencio.

—¿No os vais a cachondear?

—No. Hoy no. —Preston le sonrió y le echó un brazo sobre los hombros—. Nos alegramos mucho. ¿A dónde os vais al final de viaje de novios?

—No nos venía demasiado bien en estos momentos. Demasiados gastos. Y nos parecía un abuso pedirles más pasta a papá y mamá. Bueno, a Amy se lo

parecía. Yo se lo habría pedido para llevarla a algún sitio. Apenas ha viajado. No sé, quizá nos escapemos un fin de semana a Vermont cuando volvamos a Nueva York.

—Oh, por favor, no te pega nada la imagen de pobre chico humilde. —Preston se rio abiertamente de su hermano pequeño—. Trae eso, Trav.

—¿De verdad pensabas que no te íbamos a regalar nada? —Parker se encogió de hombros—. Toma, imbécil.

—Pero... —Parker miró a sus dos hermanos gemelos y el sobre que le habían entregado—. ¿Estáis locos o qué?

—Loco estás tú si piensas que te vamos a permitir dejar a Amy sin viaje

de novios. Una semana, Hawaii, intenta no dejarla embarazada. No quiero más de un sobrino al año o me arruinaré en Navidad —bromeó Travis.

—Joder, tíos. Esto es demasiado. Muchísimas gracias. Amy va a flipar.

—Es bastante impresentable que no le hayamos dado el regalo a ella también —comentó Preston—. Pídele disculpas de nuestra parte.

—Oh, sí. Va a estar desolada cuando sepa que nos mandáis a Hawaii.

—Creo que me he metido en un lío con Alice —Mark cambió de tema.

—¿Qué has hecho?

—Nada, nada. Es solo que...

—Te has enamorado de esa chica —interrumpió Travis.

—Como un jodido imbécil. Como Parker, más o menos —bromeó, queriendo quitar hierro a su confesión.

—Y ahora que ya estamos todos al día de lo blanditos que nos hemos vuelto los hermanos Sullivan, deberíamos ir a dormir. Mañana nos levantamos a las cinco y media, Mark, ¿recuerdas?

—Sí. Va a ser un día de locos.

—¿Os venís?

—Sí. Mañana es mi último día como soltero.

—¡Qué fuerte!

Viernes, 24 de junio.

Un día para la boda

—Travis, ayuda a papá a empacar el pienso de los caballos. Vamos genial de tiempo. —Mark y sus improvisados ayudantes llevaban más de tres horas cerrando los últimos vestigios de la actividad ganadera del rancho. El calor arreciaba. Si la temperatura continuaba esa dinámica ascendente, la boda del día siguiente iba a ser una auténtica locura.

—¿Hay algo más que pueda hacer, Mark? —preguntó Patrick.

—Vamos a ayudar a Travis y a mi

padre. Me temo que trabajáis mejor de lo que esperaba. Ya casi hemos terminado.

—Genial. Oye, Mark, supongo que, por algún tipo de código que los hijos únicos no entendemos, no me vas a contar nada escandaloso, pero ¿tu hermano es un tipo de fiar?

—Si no lo fuera, jamás te lo diría, Patrick. —A Mark se le escapó una carcajada—. Pero no es el caso. Puede que Travis sea el mejor de todos nosotros. Es un tío sano, responsable, trabajador, deportista... De verdad, lo peor que puedo decir de él es que no tiene ni la mitad de marcha en el cuerpo que el resto de los Sullivan.

—Eso no me parece una mala

noticia. Quiere a mi hija, ¿verdad?

—Mucho. Por lo que he escuchado es difícil no quererla, ¿no?

—Es fantástica. No ha tenido una vida fácil.

—No sé qué decir. Todos sabemos lo que ocurrió, pero a mí aún me resulta incómodo hablar de ello.

—¿Sabes? Creí que me iba a dar un infarto cuando me enteré de que Emily estaba enamorada del hermano del chico que la había atropellado.

—No me extraña.

—Pero, después, fui yo quien la animé a luchar por él. Aunque, no te voy a engañar, se me ha hecho complicado ver a Parker.

—Yo... yo lo comprendo. Sé que no

fue nada comparado con lo que pasó Emily, y supongo que te dará igual saberlo, pero la vida de Parker también se vino abajo después del accidente. Yo vivía en casa cuando ocurrió y vi en qué se convertía. Perdió el curso en el instituto y se encerró en sí mismo. Fue una bendición para todos que aparecieran Amy y Katie en su vida.

—Emily siempre ha sido especial. No te puedes imaginar la fuerza que demostró, cómo luchó para volver a caminar. Es... es casi un milagro.

—He conocido a su fisioterapeuta.
—Mark no tenía ni idea de por qué le estaba contando eso al padre de su futura cuñada, pero lo cierto es que se sentó sobre la valla de madera del

cercado y echó de menos tener a mano un cigarrillo. Maldito Parker.

—¿A Alice?

—Sí. Va a trabajar conmigo en el proyecto del rancho de terapia.

—No tienes ni idea de lo afortunado que eres. Alice es lo mejor que le pasó a Emily en su vida.

—Quizá eso sea Travis —bromeó Mark.

—No. Es Alice. —Patrick sonrió—. En serio, no te puedes imaginar lo que esa chica hizo por Emily. Sin ella, es muy probable que siguiera en una silla de ruedas.

—Preston y Parker me han hablado mucho de Emily. Y Travis también, claro. No hay una sola persona que no

diga que es una mujer fantástica. A Travis parece haberle tocado la lotería con ella, pero te puedo asegurar que ella también se lleva un buen premio.

—Parecéis buenos chicos. Los Sullivan, me refiero.

—¡Hey! ¡Mark! ¿Estás de coña o qué? ¿Pretendes que hagamos papá y yo todo el trabajo? —le gritó Travis desde el interior de los establos.

—¡Ya vamos!

Eran poco más de las diez cuando dieron las tareas por concluidas. Despidieron a los trabajadores hasta la reunión que Mark tendría con ellos la siguiente semana, para reorganizar sus trabajos a la nueva condición del negocio. Mark y Travis se sacaron las

camisetas para secarse el sudor.

—Pero, ¿qué diablos es eso, Mark?
—preguntó su padre, frunciendo el ceño y señalando el bíceps tatuado de su hijo mayor.

—Joder. Esto... ¡Travis también lo tiene!

—¡Mark! ¿Eres gilipollas o qué?

—¿Me lo explicáis, por favor? —
exigió su padre.

—Me temo que es un *souvenir* que nos hemos traído de Las Vegas.

—¿¿Los cuatro??

—Los cuatro. —Mark y Travis se miraron y estallaron en carcajadas. Su padre y Patrick tardaron algo más, pero acabaron uniéndose al coro de risas.

—No voy a decir nada. Yo también

tuve vuestra edad. Pero, por lo que más queráis, que vuestra madre tarde lo máximo posible en enterarse.

—Creo que somos los primeros interesados en ello.

—¡Eh! Queda casi una hora para que lleguen las carpas y los que se van a llevar los caballos. ¿Qué os parece si los montamos por última vez? — propuso Mark.

—Fantástico.

—No sé yo si estoy ya para esos trotes —protestó su padre.

—Vamos, papá... No digas tonterías. Patrick, ¿tú montas?

—Monté un par de veces hace muchos años. ¿Me podéis asegurar que no me voy a matar?

—Monta a Maverick. Es el caballo más manso del mundo.

—¡¡Hey, Park!! —Travis vio a su hermano pequeño a lo lejos, fumando en el porche trasero de la casa, en una obvia maniobra de distracción de lo que fuera que su madre estuviera planificando en aquel momento—. ¡Escápate a montar con nosotros!

Parker tardó un suspiro en llegar corriendo a los establos. Tomó las riendas que su hermano le ofreció y montó con la agilidad de quien se ha criado entre caballos. Cuando, cincuenta minutos después, vieron llegar los camiones que iban a montar las carpas para la celebración del día siguiente, todos, incluido Patrick, habrían matado

por poder quedarse un buen rato más cabalgando.

—¡Parker Andrew Sullivan! —La voz de Vivian retumbó en la pradera que separaba los establos de la vivienda principal.

—Matadme, por favor. Por compasión.

—¿Qué pretendes, saliendo a montar a caballo el día antes de tu boda? George, no me esperaba esto de ti...

—Vivian, querida, no ha pasado nada. Teníamos un rato libre y nos hemos despedido de los caballos por todo lo alto. Ya está.

—¿Y si hubiera pasado algo?

—Oh, Dios mío. —Parker suspiró y cambió de tema—. ¿Qué planes tenemos

para esta tarde?

—Amy y yo supervisaremos la instalación de las carpas y la decoración. Emily nos echará una mano. Preston y Lisa llegarán con los padres de ella a última hora de la tarde. Ha llamado para decirnos que les van a enseñar un poco la ciudad antes de regresar aquí.

—No es listo ni nada Preston —susurró Travis a sus hermanos.

—He pedido a María que prepare una cena ligera para las siete y media. Hoy debemos acostarnos todos temprano. ¿Os parece bien?

—¿Nos estás diciendo que tenemos la tarde libre hasta las siete y media?

—Bueno, sí... Algo así. ¿Os parece

mal?

—Evidentemente, no. Yo supervisaré que los caballos vayan en los camiones en buenas condiciones y me echaré a dormir. Estoy agotado.

—¿Dónde está Katie, nena? — preguntó Parker, dándole un breve beso a su prometida.

—Dice mi madre que estaba demasiado callada. No sabe si estará un poco malita y la ha tumbado a dormir un rato.

—Iré a verla.

||

El dormitorio de Parker en el rancho era el más espacioso de toda la vivienda. Revestido de madera, como casi toda la casa, contaba con una cama

doble recién estrenada, que ocupaba el espacio en el que antes estaba el escritorio de Parker. Su cama individual, la que había ocupado desde niño, continuaba en el mismo lugar en que había estado siempre. Aunque ahora no era un niño pecoso de profundos ojos verdes quien la ocupaba, sino una niña de pelo negro, que sollozaba en voz muy baja abrazando su almohada.

—¡Eh, eh, eh! Katie... ¿Qué es lo que pasa?

—Nada, me duele la barriga.

—¿Has comido muchas chuches?

—No. Pero me duele la barriga.

—Vaya... —Parker se giró un poco para que ella no lo viera sonreír. Presentía que Katie estaba mintiendo y

él sabía cómo desenmascararla—. Porque justo te había subido un Snickers. Pero, si te duele la tripa...

—A lo mejor no me duele tanto — dudó Katie, en cuanto sus ojos se posaron en su golosina favorita.

—¿La compartimos?

—¡Sí!

—Con una condición. —Katie frunció el ceño, y Parker tuvo que hacer un esfuerzo considerable para no ceder a todos y cada uno de sus deseos—. Me tienes que contar lo que te pasa.

—Bueno...

—A ver, enana, déjate de chorradas. ¿Me haces un sitio? —Parker se sacó sus zapatillas de deporte sin desatarse los cordones y se hizo un

hueco en la cama junto a Katie—. ¿Qué ocurre, pequeña?

—¿Vas a dejar de quererme, Parker?

—¿Cómo? Por supuesto que no, Katie, ¿de dónde te has sacado eso?

—Mamá siempre deja la puerta de la terraza abierta por las noches, porque tiene mucho calor. Ayer te oí hablar con Mark, y con Travis, y con Preston.

—¿Y? —Parker trató de reproducir en su mente la conversación con sus hermanos. Le daba pavor pensar qué es lo que podría haber escuchado Katie.

—Y dijiste que mamá es la persona a la que más quieres en el mundo. Y tú siempre me dices que no quieres a nadie más que a mí. —Katie rompió a sollozar

de nuevo en cuanto acabó de hablar, sin que ello impidiera que cogiera un trozo de chocolatina de la mano de Parker.

—Cariño... —Parker estrujó a Katie contra su pecho y depositó un beso en su pelo—. Es una forma distinta de querer. También quiero mucho a mis padres, y a mis hermanos.

—Pero, ¿los quieres más que a mí o no?

—Yo creo que no. —Parker mordió un trozo de chocolatina y cortó otro para Katie—. ¿Te vale si te digo que siempre vas a ser mi chica favorita?

—¿Más que mamá?

—Claro. Creo que mamá se pondría triste si lo supiera, —confesó Parker en voz bajita—, así que tendrá que ser

nuestro secreto, ¿vale?

—Vale. —Katie esbozó, al fin, una sonrisa enorme. A continuación, frunció de nuevo el ceño—. Pero, ¿mamá y tú vais a tener bebés?

—Supongo que sí. Dentro de algún tiempo.

—Y, cuando tengáis niños, ¿voy a seguir siendo tu chica favorita?

—Por supuesto.

—Pero... —Katie volvió a ponerse seria, y Parker supo que la cosa era seria cuando rechazó su trozo de chocolatina.

—¿Qué pasa, enana?

—Si tenéis más niños, ellos sí serán hijos tuyos.

—¿Y quién te ha dicho que tú no lo

eres?

—En el cole dicen que tú no eres mi papá.

—Pues vaya idiotas. ¿A quién vas a creer? ¿A ellos o a mí?

—Pero tú y yo no nos parecemos nada. ¿Tú me pusiste en la barriga de mamá como Preston puso el bebé en Lisa?

—Pero, enana, ¿se puede saber cómo te has enterado tú de eso?

—Ya te he dicho que oigo todo lo que habláis por las noches. Y, por cierto, fumáis mucho y decís muchas palabrotas.

—Ya. Somos muy tontos. Katie, sabes que lo de Preston y Lisa es un secreto, ¿verdad? No puedes contárselo

a nadie hasta que ellos lo hagan.

—Vale. Pero no me has contestado. ¿Yo nací de ti como el niño de Lisa de Preston?

—Haces unas preguntas muy difíciles, enana. —Parker resopló y se preguntó, una vez más, cómo había pasado, en año y medio, de vivir de madrugada a mantener ese tipo de conversaciones—. No. Tú ya habías nacido cuando yo conocí a mamá. ¿No te acuerdas del día que me conociste?

—Me acuerdo de un día que nos llevaste al parque de atracciones y a comer perritos. —A Parker le parecía que hacía un suspiro de aquel día loco que había marcado su relación con Amy, pero para Katie parecía ser uno de sus

primeros recuerdos.

—Ese fue uno de los primeros días que te vi. Pero ya nos habíamos conocido alguna vez antes.

—Entonces, ¿ves cómo no eres mi papá?

—Al contrario, Katie. Yo quise ser tu papá en cuanto te conocí. Porque eras la niña más guapa, más buena y más simpática del mundo. Si algún día mamá y yo tenemos más niños, serán más guapos o más feos, o más llorones, o más listos o menos, pero no los habremos elegido. En cambio, a ti te elegí yo para que fueras mi niña.

—Vale. Me gusta eso que has dicho... —Katie se quedó pensativa—. ¿A ti te gustaría que te llamara papá?

—Claro. Si tú quieres. Lo guay de ti y de mí es que podemos hacer lo que nos dé la gana. Eso tampoco se lo digas a mamá. —Parker se rio—. ¿Tú quieres llamarme papá?

—En realidad, no —contestó muy seria—. Me gusta Parker. Es un nombre muy chulo.

—Pues llámame Parker. Está bien. Y, si algún día quieres llamarme papá, también estará bien.

—Vale.

—¿Quieres que durmamos un ratito? —preguntó Parker, cruzando los dedos para que ella dijera que sí.

—Vale.

—Vale.

Tres puertas más allá, Travis perseguía a Emily por la habitación de invitados.

—Trav, no pienso hacerlo con mi padre a dos habitaciones de aquí y los tuyos en el salón.

—No seas tonta. He trabajado como un cabrón toda la mañana y me han prometido que me dejarán dormir.

—Ya, pero se da la circunstancia de que, en teoría, tú estás durmiendo en la habitación de al lado.

—Vamos, Em... Yo creo que hasta mi madre sabe que Preston y yo nos intercambiamos las habitaciones.

—¿Tú crees que vamos a conseguir acabar la semana sin que tus padres se enteren del compromiso?

—De momento, lo estamos haciendo de maravilla, ¿no?

—Quizá.

—Em... —Travis se apartó un poco de su novia y la miró con las pupilas llenas de sospecha—. ¿Qué has hecho?

—No me mates.

—Se lo has contado a tu padre, ¿no?

—Puede.

—Joder, Em... Dijimos que nos lo callaríamos hasta dentro de unos meses.

—Pero mira quién va a hablar. Tú se lo contaste a tus hermanos.

—¡Eh! Yo solo se lo conté a Preston. Mark y Parker lo averiguaron solitos. Además, tú se lo contaste a las chicas.

—Pero solo porque me descubrió

Lisa.

—Ya.

—Entonces, ¿lo sabe todo el mundo menos tus padres?

—Eso me temo. Crucemos los dedos para que no se enteren mientras sigamos aquí. ¿Vas a contárselo a tu madre en la boda?

—No lo sé. Ni siquiera sé cómo va a reaccionar. No quiero pensar en ello.

—¿Cómo la viste el otro día en Phoenix?

—Preocupada por mí, para variar. Enfadada con el mundo, para variar. Y horrorizada con que su hija sea amiga de Parker Sullivan.

—Bueno... quizá acabe reaccionando bien, como tu padre.

—Si crees que mi madre tiene algo que ver con mi padre, es que no te he hablado lo suficiente de ellos.

—Ya. Ya lo sé. Bueno, no pienses en eso ahora. —Travis abrazó a Emily, en un gesto cariñoso que pronto derivó en algo más—. ¿No te vas a pensar un poco lo de darme mimitos?

—Enséñame otra vez ese tatuaje de Superman.

—¿No eres un poco morbosa con ese tema? Es un tatuaje horrible.

—Nada de lo que tú tienes es horrible. —Emily se acercó a él y empezó a desabrocharle los pantalones—. Además, ese tatuaje te quita un poco ese aire de pijo rancio que te traes.

—¡Oh! Lo que hay que oír... —se

fingió ofendido Travis, aunque enseguida dedicó toda su atención a desabrochar los botones de la camisa de su chica—. Entonces, ¿vas a darme un poquito de amor?

—Déjate de tonterías y fóllame, Travis Sullivan.

—A sus órdenes, futura esposa.

||

La planta superior del rancho era el equivalente inmobiliario de un horno industrial. Mark había tenido siempre su dormitorio entre el de Parker y el de los gemelos, pero se le había quedado pequeño al trasladarse al rancho de forma definitiva, así que había habilitado la buhardilla como pequeño apartamento. Tenía un aparato de aire

acondicionado portátil, pero en días como aquel, con más de treinta grados a la sombra, de poco le servía. Se dio una ducha rápida de la que tuvo la sensación de salir sudando, y dejó de posponer el momento que llevaba esperando desde que se había levantado. No podía engañar a nadie. Desde que había iniciado aquella extraña relación telefónica con Alice, su momento favorito del día era aquel que empezaba en cuanto marcaba su número.

—*Hola, Mark.*

—*Hola.*

—*¿Qué tal estás? ¿Muchos nervios preboda?*

—*Los concentra todos mi madre, así que no quedan nervios en Arizona*

disponibles para el resto de nosotros. Tengo muchas novedades sobre el rancho.

—*¿Ah, sí? Cuéntame.*

—Hoy se han llevado los caballos. El rancho está listo para empezar con el proyecto. Estoy en contacto con varios criadores para seleccionar los mejores caballos adiestrados. La idea es que en un par de semanas los tengamos. Hay que pensar en cómo habilitar las viviendas para los pacientes y sus familias. Y para ti, claro.

—*¿Y cómo vamos a hacer todo eso?*

—Hay una construcción anexa, algo alejada de la vivienda principal, donde pernoctan los trabajadores en épocas de

mucho trabajo. Necesita algunos arreglos, pero sería perfecta para los pacientes. Caben más o menos el doble de los que necesitamos para que el rancho sea productivo, así que, si algún día llegamos a tenerlo completo, estaremos forrados.

—*¿Y yo dónde voy a vivir?*

—Yo tengo una cama de proporciones considerables.

—*Me alegro mucho por ti. Repito: ¿yo dónde voy a vivir?*

—La vivienda principal es enorme. Te juro que no te lo digo con segundas. Yo vivo en la buhardilla, y hay otros siete dormitorios, algunos con un par de plantas de separación, para que no te arriesgues a la tentación de violarme por

la noche.

—*¡Menos mal! No creo que pudiera resistirme.*

—¿Qué hacías cuando te he llamado?

—*Acabo de recoger mis cosas. Me vuelvo a Boston el domingo. Los dos días que me quedan aquí son de vacaciones. Mi paciente ha salido hoy hacia un rodaje en Europa. ¿Y tú?*

—Contra todo pronóstico, mi madre nos ha liberado de preparativos esta tarde, así que estaba haciendo lo único que he hecho en estas últimas semanas.

—*¿Que es...?*

—Pensar en ti, claro.

—*Mark...*

—¿Me has perdonado ya lo de

Boston?

—*Mmmm... Creo que no.*

—Pues te pido disculpas una vez más. ¿Crees que algún día podré dejar de hacerlo?

—*Quizá.*

—¿Tienes un rato para hablar?

—*Tengo todo el tiempo del mundo.*

—Pues cuéntame esa historia de que te has acostado con mujeres.

—*¿Te supone algún problema?* —

Alice se tensó.

—Me supone el problema de que, cada vez que me acuerdo, se me presenta una erección inevitable.

—*No me puedo creer que caigas en un estereotipo tan retrógrado.*

—Sí, sí, Alice. Lo que tú digas.

Explícaselo a mi polla.

—*Lo haría si la tuviera delante.* —
Alice deseó retirar sus palabras en el mismo momento en que las dijo, pero su cerebro iba por libre cuando Mark Sullivan estaba cerca, aunque solo fuera por vía telefónica.

—¿En serio? Qué interesante.

—*No me puedo creer haber dicho eso.*

—Estás sola en casa, ¿verdad?

—*Sí. ¿Por qué?*

—Vamos, Alice, los dos tenemos ganas de lo mismo. Más que ganas, incluso... necesidad. Bastante desgracia es no estar en el mismo estado.

—*No me digas que me vas a preguntar qué llevo puesto* —respondió

Alice, en un tono en apariencia indiferente, pero que hasta ella se dio cuenta de que sonó a ronroneo.

—Si te conozco como creo que lo hago, me imagino que no llevarás nada.

—*Dejaré que te quedes con la duda.*

—Me acuerdo mucho de Boston, ¿sabes? De ti, de tu cuerpo, de tu cara, de tus tatuajes...

—*Creí que no te gustaban los tatuajes.*

—Y no me gustaban. Pero, no me preguntes cómo, he acabado hasta yo mismo tatuado.

—*Eso quiero verlo.*

—¿Tú cuántos tienes?

—*Uno por cada caso de éxito.*

—¿En serio?

—*En serio. Lo hice con el primero porque fue una especie de reto personal y, luego, ya no pude parar. Deben de ser unos quince en total.*

—Quiero lamerlos todos —dijo Mark, con voz ronca.

—*Y yo que lo hagas.* —Alice aparcó la prudencia. Sería absurdo que se negara a sí misma que llevaba un buen rato con la mano enterrada entre sus muslos.

—Quiero volver a morderte el cuello.

—*Mark, estás jugando a algo muy peligroso.*

—Y quiero jugar con tus *piercings*.

—*Mark...*

—Y quiero follarte como si fuera lo último que pudiera hacer en mi vida.

—*Tendríamos que parar esto a tiempo.*

—¿A tiempo de qué?

—*No lo sé. A tiempo de no perder la cabeza.*

—Yo ya perdí la cabeza hace tiempo, Alice. Parece mentira que no lo sepas.

—*No me digas esas cosas. No hace falta.*

—Es que, si no te digo esas cosas, voy a tener que decirte que te toques.

—*Aaaah.* —Alice fue vagamente consciente de que estaba jadeando.

—Tienes la mano entre las piernas, ¿verdad? Quiero que te acaricies como

yo lo hice. No como lo haces tú cuando estás sola, sino como lo hice yo.

—*Sí.*

—Dios, Alice... Quiero estar dentro de ti —dijo Mark, aumentando la presión de su mano derecha, que llevaba ya un buen rato dándole placer.

—*Y yo necesito que vuelvas a estarlo, Mark. Yo... yo siento cosas.*

—¿Crees que no lo sé?

—*Creo que me voy a correr, Mark.*

—Espérame. Déjame que me corra contigo.

—*No puedo más. Me voy ya...*

A trescientas millas de distancia, Mark y Alice alcanzaron el orgasmo al mismo tiempo. Sobraron las palabras durante un tiempo indeterminado. A lo

mejor fueron segundos, a lo mejor fueron horas. Recuperaron el aliento poco a poco. Solo Mark habló.

—Creo que te quiero, Alice. Y es probable que sobre el *creo que*.

—*Hasta mañana, Mark.*

||

Preston consideró que la terminal de llegadas del aeropuerto de Phoenix no era el lugar más adecuado para conocer a sus suegros, pero, en el estrés de aquel día previo a la boda de Parker y Amy, el protocolo había quedado un poco de lado.

—¡Mamá! —Lisa levantó la voz para llamar la atención de sus padres.

—Cariño. ¡Estás guapísima! ¿Qué tal estás?

—Muy bien, papá. Venid, que os presento. —Lisa sonreía orgullosa, mientras tomaba a Preston de la mano y lo acercaba a ellos—. Preston, estos son mis padres, Dan y Phoebe.

—Encantado de conocerlos, señor y señora Hall. —Preston sacó a relucir su mejor sonrisa y sus impecables modales de chico sureño, y Lisa dudó si poner los ojos en blanco o tirarse allí mismo de rodillas para pedirle matrimonio.

—Oh, por favor, Preston. Te hemos visto tanto por televisión que es como si te conociéramos de toda la vida. Puedes tutearnos, obviamente.

—De acuerdo. —Preston se sonrojó. Aún no se había acostumbrado al hecho de haber sido tan popular en las

últimas semanas.

—¿Qué tal estáis? ¿Lo pasasteis bien en Londres?

—Sí, fue un viaje maravilloso. Preston conoce cada rincón de la ciudad, así que he tenido un guía de excepción.

—¿Comemos por aquí o queréis ir directos al rancho? —preguntó Preston.

—Lo que vosotros prefiráis.

—Teniendo en cuenta la cantidad de gente que hay en el rancho y la histeria en la que debe de haber caído mi madre, lo mejor va a ser que comamos en Phoenix —bromeó Preston.

Preston y Lisa habían decidido durante el trayecto en coche que aprovecharían el momento de intimidad

con sus padres para comunicarles la noticia del embarazo. Preston prefería dejar pasar algunas semanas antes de poner a las familias al corriente de la situación, pero Lisa le había dicho que se veía incapaz de tener secretos con su madre. Los condujo al mejor restaurante de Phoenix, ubicado en uno de los hoteles de lujo de la ciudad. Quería, al menos, suavizar el impacto con una buena comida y un ambiente elegante.

—Aún tienes que explicarme cómo es que Emily y tú habéis acabado siendo novias de dos hermanos gemelos, Lis — bromeó su madre en cuanto les sirvieron el primer plato.

—Los hermanos Sullivan tienen la cualidad de ser muy insistentes, mamá.

—Bueno, vosotras también sois como hermanas, así que todo queda en familia —aportó su padre.

—¿Un poco de vino, Lisa? —ofreció su madre.

—No. No. Yo... yo... ¡tengo que conducir!

—¡Ah! Pensamos que Preston conduciría.

—Yo... esto...

—Lisa, digámoselo ya —Preston atajó sus titubeos—. Nosotros...

—¡Dime que no estás embarazada! —chilló su madre.

—¿Pero cómo va a estar embarazada, Phoebe? Si llevan cuatro días juntos...

—Ay, Dios. —Preston se tapó la

cara con las dos manos, con una mueca a medio camino entre el terror y la sonrisa.

—Papá, mamá... Sí, estoy embarazada. Vamos a tener un bebé.

La noticia fue recibida con silencio. Un silencio tan denso y tan prolongado que dio tiempo a que el camarero retirara los platos, a que sirviera los segundos e, incluso, a que los observara con extrañeza.

—Decid algo, por favor —suplicó Lisa.

—Phoebe, Dan... —intervino Preston. Suponía que a momentos así se refería su abuelo cuando decía que a veces había que comportarse como un hombre—. No hemos buscado este

embarazo, creo que eso no se le escapa a nadie. Cometimos una imprudencia, y este es el resultado. Pero hemos hablado mucho estos días, desde que lo sabemos. Hemos hablado muchísimo. Y tenemos muy claro que queremos tener a ese bebé. Cada día estamos menos impactados y más ilusionados.

—Pero, Lisa, tienes veintidós años —intervino su madre—. Y, tú, Preston, ¿cuántos tienes? ¿Veinticinco?

—Sí. Somos jóvenes, ya lo sé. Pero este embarazo no cambia nada. Lisa y yo íbamos a tener hijos. Quizá no ahora, pero sí dentro de unos años. Solo... las cosas se han adelantado un poco.

—¿Cuándo os casáis? —Dan rompió su silencio, después de lo que

pareció una eternidad.

—No vamos a casarnos, papá. — Lisa pasó la mirada de su padre a Preston, y de vuelta a su padre—. No mires así a Preston. La decisión es mía. Si de Preston dependiera, puede que ya estuviéramos casados.

—Así que mi nieto va a ser un hijo ilegítimo.

—Por Dios bendito, Dan, —lo reprendió su mujer—, vuelve al siglo veintiuno. ¿Ilegítimo?

—No me gusta nada todo esto. — Dan tiró la servilleta sobre la mesa, se quitó sus gafas de montura metálica y se frotó los ojos con ansia—. Tu hermano se casa con una chica que tiene una hija, Emily se va a vivir con tu otro hermano

a los tres minutos de conocerlo... ¿Qué coño pasa con vosotros?

—Papá, relaja el tono, haz el favor. —La paciencia de Lisa, una cualidad por la que no era conocida, empezaba a agotarse—. No pasa nada con ellos. Lo mismo se podría decir de nosotras. Ha sido un cúmulo de circunstancias.

—Mis hermanos son chicos responsables. Yo también lo soy. —La mirada de Preston se endureció. No quería tener ningún problema con su futuro suegro, pero pensaba defender lo que era suyo. Y sus hermanos, sin ninguna duda, eran más suyos que casi ninguna otra cosa—. Parker se ha hecho cargo de una niña de seis años antes de cumplir los veinticuatro. Travis está

enamorado de Emily, y, aunque me va a matar por romper el secreto, va a casarse con ella en los próximos meses. Mi hermano mayor va a iniciar un proyecto de negocio que va a ayudar a mucha gente. Entiendo que son demasiadas noticias y que el embarazo es algo muy impactante, pero nosotros somos felices.

—Pues eso es lo único que importa, ¿no? —ayudó Phoebe, sonriendo a aquel chico que había declarado su amor de forma pública a su hija. El vídeo del discurso de Preston, en el que había presentado su renuncia, se había convertido en un clásico ya en su casa de Boston.

—¿Papá?

—Ven aquí, anda. —Lisa se levantó como un resorte y corrió a abrazar a su padre—. ¿Cómo coño me vas a hacer abuelo antes de los cincuenta?

—Vas a ser el abuelo más guapo de toda la costa este. —Lisa le sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Bueno, pues vamos a pedir una botella de champán para festejar que ese niño viene en camino.

||

A las siete y media en punto de la tarde, tal como Vivian había previsto, María y las otras dos personas de servicio contratadas a última hora para lidiar con el caos de los días previos a la boda, indicaron a todos los habitantes del rancho que la cena estaba servida.

Desde que Preston había llegado con su familia política, la vivienda se había convertido en un hervidero. Tras el reparto de habitaciones, y con todos ya instalados, Mark sonrió al escuchar, por pura casualidad, una conversación entre los padres de Lisa y Patrick, en la que este convencía a Dan de que los hermanos Sullivan eran buenos chicos, que sabían trabajar duro y que, sobre todo, harían cualquier cosa por sus hijas. Mark hizo cálculos y llegó a la conclusión de que sus propios padres debían de ser los únicos que no estaban al corriente de que Travis y Preston estaban en camino de convertirse en esposo y padre, respectivamente.

—¿Y quién es esta niña tan guapa?

—Phoebe le hizo una carantoña a Katie.

—Soy Katie Morgan, pero dentro de unos meses seré Katie Sullivan, porque Parker va a ser mi papá, aunque no le voy a llamar papá porque Parker es un nombre muy chulo. —Katie cogió aire, antes de seguir con su charla—. Parker es muy guapo.

—No hace falta que le cuentes tu vida a todo el mundo, Katie —la reprendió Amy, algo ruborizada—. Ni tampoco hace falta que repitas que Parker es guapo. Él ya lo sabe.

—¡Eh! —interrumpió Parker las risas de todos—. Eso puede decirlo todas las veces que quiera.

—Sí. Katie es la única que no sabe que los guapos de la familia somos

Travis y yo.

—¿Podéis comportaros como personas adultas aunque solo sea por una vez? —los reprendió Vivian—. ¿Todo el mundo tiene claro lo que debe hacer mañana?

—Dios mío, esto es una pesadilla —protestó Parker.

—Tú te callas —lo interrumpió su padre con una sonrisa—. Vivian, cariño, cuéntanos todo lo que tenemos que hacer mañana.

—Vamos a ver... —Vivian Sullivan sonrió, viendo su mayor deseo concedido—. Por la mañana empiezan a llegar los proveedores. La decoración ha quedado preciosa, podéis pasaros cuando queráis a verla. ¡Pero no toquéis

nada! El catering va a instalar todo lo necesario en los barracones de los trabajadores. Las peluqueras llegan sobre las once. Les he dicho que nos peinen a todas las mujeres. Parker, ¿te has pensado lo de cortarte el pelo?

—No voy a cortarme el pelo ni un milímetro, mamá.

—Pero, hijo, te llega casi por los hombros... Mira tus hermanos, qué guapos están con el pelo corto.

—Katie, ¿tú quieres que me corte el pelo? —No se podía negar que Parker Sullivan sabía jugar bien sus bazas.

—¡No!

—Ya la has oído. En esta boda, manda ella.

—Está bien... —se rindió Vivian

con una sonrisa—. Os habéis empeñado en que no haya ensayo, y no las tengo todas conmigo de que sepáis lo que tenéis que hacer. Vamos a ver... En cuanto los invitados estén ya sentados, entraremos Michelle y yo, y nos sentaremos cada una a un lado del pasillo. A continuación, entra el padrino. Mark, recorres el pasillo y te sitúas a la derecha del altar. Después va Parker. Te pones al lado de Mark y no hacéis el tonto. Serios y formales.

—Mamá, por Dios, Parker se casa mañana, y yo estoy más cerca de los treinta que de los veinte. No nos trates como cuando íbamos al instituto.

—Pues no os comportéis como tal. Y hablando de comportarse como críos,

Preston, Travis... A continuación, vais vosotros. Primero Travis con Emily, y después Preston con Lisa. Y después va usted, señorita, ¿sabes lo que tienes que hacer, Katie?

—Sí. Tengo que llevar una cestita e ir tirando flores hasta el altar. Y sonreír a todo el mundo mucho.

—Muy bien, Katie, eres la única que me presta atención. —Vivian Sullivan parecía haber pasado toda la semana preocupada solo por los preparativos de la boda, pero había dedicado una cantidad considerable de tiempo a encariñarse con la que era ya, a todos los efectos, su primera nieta—. Y ya, por último, entra Amy del brazo de George. ¿Alguna duda?

—Mamá, consiste en caminar por un pasillo. De verdad, somos abogados, vivimos fuera de casa desde los dieciocho años, trabajamos duro... Creo que seremos capaces de llevar esta tarea a cabo.

—Travis, de ti no me esperaba esa respuesta. Sois todos igual de impertinentes. ¡Y sed puntuales! A las tres y media, quiero a todo el mundo vestido.

—Dios mío, que alguien cambie de tema o me va a dar un infarto —protestó Parker—. A partir de mañana, no quiero volver a oír la palabra *boda* en una larga temporada.

—¡Pero yo quiero hablar de la boda de Travis y Emily! —protestó Katie,

dejando el comedor en absoluto silencio.

—¡Katie! ¿De dónde te has sacado tú eso?

—Oí a Emily contárselo a su padre antes.

—¿Qué boda? ¿Qué está pasando?
—La voz de Vivian Sullivan se hizo tan aguda que muchos temieron por el destino de la cristalería.

—Dios... —dijeron al unísono los protagonistas de la noticia, tapándose la cara con las manos.

—¿Algo que declarar, hijo? —bromeó George, aunque con un cierto rictus de preocupación en su cara.

—No queríamos decir nada hasta que pasara esta boda. Más que nada

para que a mamá no le dé un infarto...

—...y para que no meta mano en los preparativos —aportó Preston.

—...pero sí. Estamos prometidos. Emily, cielo, ya puedes ponerte el anillo. Al final, se ha acabado enterando todo el mundo.

—¡Pero qué alegría más grande! —gritó Vivian—. Fijaos bien mañana en la comida, las flores, la decoración... Contrataremos a los mismos proveedores, siempre y cuando os gusten, claro. ¿Tenéis ya elegida la fecha? Sería ideal una boda en otoño, para no tener que soportar este calor infernal. O incluso en Navidad. ¡Una boda navideña sería preciosa!

—Me voy a suicidar —dijo Travis,

dejando caer la cabeza sobre la mesa.

—No. El que se va a suicidar soy yo —dijo su padre, haciendo que todos estallaran en risas.

—Mamá, no vamos a casarnos aquí. Aún no sabemos si en Boston o en Nueva York, pero nos casaremos en el este.

—¡Ah, perfecto! Así no será una repetición de la boda de Parker. Tenéis que avisarme con tiempo suficiente para cancelar mis compromisos y trasladarme para ayudaros con la organización.

—Mamá, mamá. Para. En serio. Nos vamos a encargar nosotros de todo. Fin del tema.

—Pero...

—Fin del tema. —Travis sonrió a

su madre y decidió darle un poco de coba—. Has hecho un trabajo maravilloso con la boda de Parker y Amy, pero nosotros queremos algo un poco más íntimo. Te mantendremos informada, y te prometo que te dejaremos opinar. Pero la boda la organizaremos nosotros, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Vivian a regañadientes.

—Y, por cierto, Katie, —empezó Parker—, no se cuentan en público conversaciones privadas. Travis y Emily no querían que esto se supiera todavía. Era un secreto, y tú lo has estropeado.

—Pero, Parker... ¡Tú solo me dijiste que no contara lo del bebé de

Preston y Lisa!

Mark recordaría tiempo después que el salón se convirtió en un hervidero todavía más ruidoso de lo que había sido con la noticia del compromiso de Travis. Apenas le dio tiempo a sonreír por la nueva metedura de pata de Katie. Justo cuando se estaba planteando si podría ejercer de hermano mayor para librar a los gemelos de la que les estaba cayendo encima, sintió su móvil vibrar en el bolsillo de sus pantalones vaqueros. Lo que leyó en la pantalla hizo que su estado de ánimo, feliz por la dicha de sus tres hermanos, se derrumbara como un castillo de naipes en medio de un tornado.

«Mark, llevo dándole vueltas a la

cabeza desde que colgué el teléfono contigo. Tenías razón. Es imposible que nos mantengamos alejados uno del otro cuando trabajemos juntos. Y es por eso por lo que tengo que tomar una decisión difícil. Renuncio al trabajo en el rancho. Prefiero decírtelo cuanto antes para que puedas buscar a otra persona con la que cumplir tu sueño. Lo siento. Me gustas, me gustas demasiado. Y eso me da miedo. No me siento capaz de empezar un proyecto tan complicado con una relación de por medio que, para mí, no sería solo sexo. Siento ser tan cobarde. Espero que sepas comprenderme y que tu proyecto tenga todo el éxito que te mereces. Perdóname».

Mark se disculpó con torpeza, excusándose en que tenía un fuerte dolor de cabeza y prefería descansar para cumplir al día siguiente con sus labores de padrino. Cuando cerró la puerta de su cuarto, creyó que se sentiría en casa, tranquilo, preparado para lidiar con la negativa que acababa de recibir. Pero no fue así. Se dejó caer sobre su cama y sintió que los ojos le hormigueaban. En los últimos años, Mark había aprendido a mantener a raya las lágrimas. Había llorado mucho después de lo que le había ocurrido a Caroline en Columbia. Hasta que un día sintió que se había secado, que sus sentimientos podían quedar en el mismo ostracismo en el que estaba él mismo. Solo había derramado

alguna lágrima al contarles a sus hermanos y a la propia Alice su historia. Alice. Ella había abierto las compuertas de unos sentimientos que él pensaba que no estaban hechos para él. Dejó de resistirse y se secó las intrépidas lágrimas con el dorso de su mano. Cayó durante un buen rato en la autocompasión, en el pensamiento de que nada le salía bien, en la sensación de que seguía pagando la pena de lo que había hecho a los veinte años.

Y su tristeza duró hasta que escuchó las carcajadas de sus hermanos mientras subían las escaleras camino de sus habitaciones. Aunque solo fuera por ellos, merecía ser feliz de nuevo. De nuevo. Ni siquiera recordaba haber sido

feliz algún día. Lo fue, sin duda, en su infancia y en los primeros años de su juventud. Pero todo se había truncado, y él no había sido capaz de encontrar la senda de regreso. Cogió su teléfono móvil y escribió solo cuatro palabras. «*Y una mierda, Alice*». Y, antes siquiera de que el mensaje hubiera llegado a su destino, él ya había tomado la decisión de hacer la mayor locura de su vida.

Mark calculó la ruta en el GPS de su teléfono móvil. Forzando su BMW Adventure al máximo, nadie le quitaría cuatro horas y media de trayecto hasta Los Ángeles. Eran las diez y media de la noche, así que debía salir cuanto antes. Y, por muy egoísta que pudiera sonar, le daba igual perderse toda la parafernalia

previa a la boda. Él era el padrino, sí, pero sabía que para Parker sería suficiente con que estuviera a su lado a las cuatro menos un minuto de la tarde. Y no le importaba lo que opinara nadie que no fuera él.

Bajó a la planta principal de su casa con sigilo. Pretendía encontrar a alguno de sus hermanos despierto para que ellos estuvieran informados de sus planes, pero, al mismo tiempo, quería evitar al resto de habitantes de la vivienda, encabezados por su madre, por supuesto. Esperó algunos minutos, pero no escuchó sonidos en las habitaciones de ninguno de ellos. Regresó a su dormitorio y garabateó una nota para Parker en un par de trozos de

papel que encontró perdidos en un cajón. Sus padres no tenían costumbre de subir a su refugio de la buhardilla, así que suponía que la nota la encontraría alguno de sus hermanos.

«PARA PARKER: Park, no me mates. Me he largado en la moto. Alice me ha enviado un mensaje echándose atrás en todo, y no puedo más. Lo siento. Me voy a Los Ángeles a buscarla, y la voy a traer conmigo, así que cuenta con una invitada más en tu boda. Te juro que llegaré a tiempo de llevarte al altar. Os quiero».

Se deslizó sigiloso hacia la cochera del rancho y sacó su moto, empujándola con esfuerzo con el motor apagado. Su madre los había pillado en las

suficientes fechorías como para sospechar que dormía con un ojo abierto, así que no se podía arriesgar a despertarla. Encendió el motor en el camino de tierra que conducía a la finca, aceleró y se permitió unos segundos para disfrutar del agresivo ronroneo del motor. Se ajustó el casco a la barbilla, y arrancó.

||

—No seré yo quien le eche un sermón a nadie, Park, pero si sigues a este ritmo de cervezas, mañana te vas a casar con una resaca infernal.

—Sé convivir con la resaca, Preston. Creo que no hice ningún examen de la carrera con la cabeza despejada, así que no creo que me

presente muchos problemas casarme así —se defendió Parker, deslizando con ansia el pendiente de su labio entre los dientes y encendiendo su enésimo cigarrillo de la noche.

—¿Dónde coño se ha metido Mark? No me creo que vaya a faltar justo hoy a la reunión.

—Estará hablando con Alice. Le ha dado fuerte, ¿eh? —aportó Travis—. ¿Queréis que vaya a buscarlo?

—No. Ya voy yo.

Parker llamó con los nudillos con suavidad a la puerta del estudio de la buhardilla, pero, ante la falta de respuesta, abrió directamente la puerta. En un primer momento, se sorprendió al no encontrar a su hermano allí, pero

enseguida reparó en la hoja de papel situada sobre la mesa de su escritorio. Cuando la leyó, toda la sangre pareció abandonarle el cuerpo y se sintió mareado. Tardó unos segundos en reponerse y salió corriendo escaleras abajo de camino al encuentro con sus hermanos.

—¡Chicos! ¡Joder! Tenemos un problema. Mark se ha largado.

—¿¿Qué??

—¿Cómo que se ha largado?

—No está. Ha dejado una nota.

Leed.

Travis encendió la pantalla de su móvil para iluminar la hoja de papel que sostenía Preston. Juntaron sus cabezas para leer: «PARA PARKER: Park, no

me mates. Me he largado en la moto. Alice me ha enviado un mensaje echándose atrás en todo, y no puedo más. Lo siento». Ninguno supo entonces que la leve brisa de la noche arizoniana había hecho volar la segunda hoja de papel bajo la cajonera del escritorio de Mark.

—¡Joder! ¿A dónde coño habrá ido? ¿Has probado a llamarlo?

—No contesta al móvil. Estoy preocupado. Hay que hacer algo.

—Parker, tranquilízate. Te casas dentro de dieciséis horas. Sube a tu cuarto y trata de dormir. Nosotros nos encargaremos de traerlo de vuelta — dijo Travis.

—¿Pero cómo coño voy a poder

dormir si mi hermano ha desaparecido?

—Pues lo vas a intentar —se impuso Preston—. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

—Pues supongo que emborrachándose en algún tugurio de mierda. Es lo que estaría haciendo yo, supongo.

—¿Estará en Phoenix?

—No creo. En la casa de Phoenix están los tíos de Amy.

—Es que ahora mismo no hay ninguna casa vacía. En todas partes hay algún invitado a la boda. Y, si se ha ido a un hotel, no lo encontraremos nunca —aportó Preston, probando por enésima vez a marcar el número de su hermano mayor.

—¿Se habrá ido a Los Ángeles?

—Puede ser. Es la única posibilidad que tenemos para agarrarnos.

—Le acabo de enviar un mensaje para que nos llame cuanto antes —informó Parker.

—Escucha, Park. Me preocupa el tono de esa nota. Y me toca muchísimo los cojones que esto haya pasado la noche antes de tu boda. —Preston se pasó las manos por la nuca, nervioso—. Yo voy a coger el coche y darme una vuelta a ver si lo localizo. ¿Estás dentro, Trav?

—Por supuesto. Vamos a avisar a las chicas.

—Espera. Creo que la cena de esta

noche ha dejado muy claro lo difícil que es mantener un secreto en esta casa. ¿Por qué no les decimos que nos vamos a tomar unas copas? Damos unas vueltas con el coche por los moteles de esta zona, nos acercamos a los antros de Phoenix por los que suele salir, y en un par de horas estamos de vuelta.

—Sí, buena idea. Vamos, Park. Súbete con Amy.

—De acuerdo. Esta va a ser una noche muy larga. No creo que pueda dormir, así que mantenedme informado de todo por mensaje, por favor.

Un cuarto de hora después, Travis arrancaba el Cadillac de su padre en el interior de la cochera. Enfiló el camino de salida de la finca con las luces

apagadas; ninguno quería arriesgarse a que descubrieran su marcha. Además, ni siquiera le habían pedido el coche a su padre. Podrían haber cogido la camioneta, pero Travis y Preston no necesitaron hablar para saber que ese no era el vehículo adecuado para la aventura que se les presentaba por delante. Necesitaban toda la velocidad posible.

El silencio en el coche estaba tan cargado de tensión y de ideas no pronunciadas que los dos se sobresaltaron cuando escucharon un golpe fuerte en la carrocería. Travis frenó en seco y, pese a ir todavía muy despacio, los dos se impulsaron un poco hacia delante. Cuando miraron hacia el

origen de ese ruido, los dos se sonrieron, aunque con una cierta amargura, al descubrir a Parker parado junto al coche.

—¿Qué coño haces, Park?

—¿Estáis de coña? Os vais a Los Ángeles, ¿no?

Preston y Travis se miraron durante un instante y, a continuación, bajaron la vista hacia sus regazos. Parker ya no era el niño al que podían engañar con facilidad.

—¿Os vais o no, joder?

—Sí. Pero tú no vienes, Parker. ¡Te casas mañana, maldita sea!

—Estáis de puta coña si creéis que voy a quedarme aquí. —Parker no les dio opción a responder y se subió al

asiento trasero del coche—. Arranca, Trav. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Parker, ¿estás seguro?

—No sé qué coño le ha pasado a Mark. Está claro que hay dos opciones. O está hundido, emborrachándose y comiéndose la cabeza, o se ha largado a Los Ángeles a intentar recuperarla. ¿Qué pensáis?

—No tengo ni puta idea —le respondió Travis, resoplando—. El Mark al que conozco, por desgracia, me tiene más pinta de haberse ahogado en whisky.

—Ya, pero el Mark de estos últimos días... —reflexionó Preston.

—Si algo se ha ganado, es un voto

de confianza por nuestra parte — sentenció Parker—. Mark es otra persona desde que ha conocido a esa chica. Deja de dar vueltas, Travis. Nos vamos a Los Ángeles.

Sus dos hermanos asintieron. Travis enfiló la interestatal a una velocidad muy superior a lo recomendable. Preston y Parker siguieron llamando desde sus respectivos teléfonos móviles, pero el teléfono de Mark se había convertido en un muro que no les ofrecía respuestas. Hicieron la mayor parte del trayecto en silencio, cruzando los dedos para que no hubiera patrullas de tráfico en los alrededores. Eran casi las cuatro de la madrugada cuando divisaron a lo lejos las luces de la ciudad.

—¿Tenéis la menor idea de a dónde ir?

—Sí. Emily me estuvo enseñando la casa del paciente de Alice en Google Maps. Está en las colinas de Hollywood. No sé muy bien cómo llegar, pero la casa es espectacular y no está demasiado escondida. Espero que podamos encontrarla.

—¿Soy el único al que le está dando el canguelo de que no esté aquí?

—Ahora mismo, tengo la sensación de que no está aquí ni de coña y que estamos haciendo el ridículo.

—Joder, chicos. No seáis cenizos.
—Parker estaba tan nervioso en su asiento que no podía evitar dar pequeños saltitos—. Vamos a

encontrarlo.

—Ojalá tengas razón. Y, por favor, dejad que la primera hostia se la dé yo. La rodilla la tendré hecha una mierda, pero con el brazo aún puedo lanzarlo al suelo.

—No le rompas la nariz, que mamá se puede morir si hay sangre en la boda. Pero, por todo lo demás, te doy permiso para pegarle.

||

Mark tardó poco más de cuatro horas en llegar con su moto a las colinas de Hollywood. Estaría agradecido toda su vida a las webs de cotilleo sobre los famosos, por darle la localización exacta del lugar donde vivía el paciente de Alice. Durante todo el trayecto desde

el rancho hasta la ciudad, había puesto la mente en blanco y había dejado que los kilómetros fueran pasando sin permitirle cuestionarse lo que estaba haciendo.

En el fondo de su alma, sabía que había tomado la decisión correcta. Había pasado tantos años desconectado de sus emociones que, cuando conoció a Alice, el simple hecho de sentir que su corazón latía le había provocado sorpresa. Y ya no había vuelta atrás. Quería, *necesitaba*, que su vida volviera a conectar con su alma. Y, por suerte o por desgracia, no había encontrado otra forma de hacerlo que a través de Alice.

En cuanto localizó la casa de aquel actor tan célebre como, al parecer,

insolente, sonrió. Al menos, en el peor de los casos, la vería una última vez. Vio una luz encendida, rompiendo la oscuridad de la madrugada, en la planta superior de la casa. Se sintió un poco, no demasiado, ruin al pensar que quizá ella tampoco estaba pasando una buena noche.

Aparcó su moto en un lugar algo apartado, y sacó su teléfono móvil del bolsillo de su cazadora de piel. Ahogó una mueca cuando vio más de cincuenta llamadas perdidas y varios mensajes de sus hermanos. Supuso que habrían encontrado su carta y querrían un millón de explicaciones que, sin ninguna duda, ya se encargaría de darles al día siguiente. Pero esa noche era solo suya.

Suya y de Alice. Marcó su número y se desesperó durante los ocho tonos que tardó ella en responder al teléfono.

—*Hola, Mark.*

—*Hola, Alice. ¿Dormías?*

—*Podría decirte que sí, pero lo cierto es que no podía.*

—*¿Por qué lo has hecho, Alice? ¿Por qué has acabado algo que ni siquiera había empezado?*

—*Yo creo que sí que había empezado.*

—*Pues más a mi favor. ¿Tan mal iban las cosas?*

—*Mark, todo lo que tenía que decir, lo dije en el mensaje.*

—*¿Te molesta que te haya llamado?*

—*No, claro que no.* —Alice sonrió

con amargura—. *Pero me lo pone más difícil.*

—Solo tú te lo pones difícil, Alice. Créeme, llevo muchos años perfeccionando lo de ponérmelo difícil. Y, ¿sabes qué? Todo lo que me ha hecho infeliz estos años son obstáculos que yo mismo me ponía en el camino. No me puedo creer que seas tan cobarde como era yo hasta hace unos meses.

—*No sé si es cobardía, Mark. Sé que me gustas lo suficiente como plantearme cosas, como para... para sentir cosas en las que me gustaría poner los cinco sentidos. Y eso no es compatible con las energías que hacen falta para el proyecto que íbamos a poner en marcha.*

—¿Puedo plantearte una situación hipotética?

—*Supongo que sí.*

—Si no existiera el proyecto del rancho... Si tú y yo nos hubiéramos conocido, yo qué sé, en la boda de Emily con mi hermano, por ejemplo... ¿Te plantearías una relación conmigo?

—*No. Creo que no. Mark, tú y yo no queremos lo mismo.*

—¿Por qué estás tan segura de qué es lo que yo quiero?

—*Oh, vamos, Mark. Tú mismo lo dijiste. Trabajo duro por el día y sexo duro por la noche, ¿recuerdas?*

—Joder, Alice, por Dios. ¿Te vas a quedar con una frase dicha en tono de broma? ¿Ya no recuerdas que esta

misma tarde te dije que te quería?

—*En medio de la dicha postcoital, Mark. Y no es solo eso. Ni siquiera has tenido una novia en toda tu vida.*

—¿Y qué? ¿Significa eso que no puedo tenerla ahora? ¿Que no puedes ser tú?

—*No me digas lo que crees que quiero oír. Lo pasamos bien en Boston, lo pasamos bien esta semana tonteando y tuvimos una excelente sesión de sexo telefónico. Mark, el lunes empieza una nueva vida profesional para ti. Olvídate de mí y ponlo en marcha.*

—¿Y si te digo que, ahora mismo, preferiría tener la opción de empezar algo contigo que seguir adelante con el proyecto?

—*No digas tonterías, Mark. El proyecto del rancho es tu gran ilusión.*

—No lo dudes. Ver ese rancho funcionando sería un sueño hecho realidad. Pero, ahora mismo, no puedo pensar en nada que no seas tú.

—*¿Qué propones, Mark?*

—¿Por qué no empiezas por abrir la puerta?

—*¿Qué?*

—Estoy delante de la jodida mansión de tu paciente. Llevo cuatro horas subido a una moto, mi hermano se casa dentro de doce horas... Por Dios santo, abre la puerta.

Alice ya no respondió a su petición. Mark sintió que, por primera vez en horas, el aire llegaba al fondo de sus

pulmones, en cuanto escuchó el chasquido metálico del enorme portón eléctrico, abriéndose en la calidez de la noche del sur de California. Cuando la vio frente a él, tuvo más claro que nunca lo que sentía. Una oleada de calor invadió su cuerpo desde el cerebro hasta la entrepierna, pasando por el corazón. Alice era todavía más guapa de lo que la recordaba. Vestía solo un escueto mono de algodón verde menta. Su pelo rosa se arremolinaba en lo alto de su cabeza, en una especie de moño despeinado. Los *piercings* de su cara le daban un curioso aire inocente, ahora que los veía sin ningún maquillaje alrededor. Observó sus larguísimas piernas, más bronceadas de lo que las había visto en Boston, y se

fijó en que un nuevo tatuaje recorría su pierna en vertical, a lo largo de la tibia. Acababa justo en su empeine, y fijarse en sus pies descalzos le recordó a la breve intimidad que habían compartido en aquella tarde que se le antojaba tan cercana y lejana a la vez.

—¿Es nuevo? —le preguntó, señalando su pierna. Se sintió imbécil al instante. Alice tenía la capacidad para hacerle decir las cosas más estúpidas.

—Sí. Un capricho —le respondió ella, con una media sonrisa y un encogimiento de hombros—. ¿Me enseñas el tuyo?

—Nunca te emborraches con mis hermanos cerca de un estudio de tatuajes —bromeó Mark, nervioso, levantando la

manga corta de su camiseta blanca y girándose hacia ella.

Alice sonrió, y el silencio se adueñó del momento. Se miraron a los ojos durante tanto tiempo que la vista se les nubló. Los dos sabían que el turno de las bromas se había acabado. Parpadearon casi al mismo tiempo, como haciéndose conscientes de la presencia del otro y se aproximaron con lentitud. Mark le sonrió, con un cierto toque de suficiencia, cuando la tuvo a escasos milímetros de él. Acercó su mano a la goma con la que ella sujetaba su pelo y lo soltó. Una cascada de color rosa cayó a ambos lados de su cara, dándole un halo extraño y perfecto. Mark enterró sus dos manos en la nuca

de Alice y eliminó la poca distancia que los separaba. Cuando sus labios se tocaron, Mark supo, de inmediato, que aquella aventura nocturna había merecido la pena. Aunque no consiguiera nada más que ese beso. Abrieron los labios de forma casi inmediata, y Mark probó el sabor de Alice que no había logrado olvidar en siete semanas. Sus lenguas se entrelazaron, y Mark sonrió al sentir la bola metálica del *piercing* de ella chocando con sus dientes. Se sintió duro al instante y bajó la palma de su mano de la nuca de Alice a su espalda, moviéndola a un costado hasta rozar la curva de su pecho. La escuchó gemir cuando la yema de su pulgar rozó el ya

excitado pezón de ella. Él también ahogó un jadeo cuando ella, casi de forma involuntaria, adelantó sus caderas hasta apretarse contra la húmeda erección de él.

—¿Qué estás haciendo aquí, Mark Sullivan?

—Demostrarte que tú no eres la única que se ha enamorado. Lo siento si en algún momento te di a entender que solo quería sexo. Lo quiero todo, Alice. Quiero todo contigo. No me he enamorado en casi veintiocho años. Por favor, no me dejes sin la oportunidad de seguir sintiendo esto.

—Mark...

—Dime que no es esto lo que quieres hacer el resto de tu vida. —

Mark se jugó el todo por el todo. Ya no tenía nada que perder. O lo tenía todo. Ni él mismo lo sabía.

—Estoy cansada de que me pongas las cosas tan difíciles, Mark —susurró ella junto a su oído, mientras sus manos recorrían los prietos glúteos bajo los pantalones vaqueros de él.

—¿Yo? ¿Yo te las pongo difíciles? ¿Eso es lo que crees? Tú has hecho de mi vida un infierno, Alice. El puto mejor infierno del mundo, eso sí.

—Deja de decir esas cosas. — Alice se aupó, dejando que él la levantara bajo sus nalgas. Enroscó sus piernas alrededor de las caderas de Mark y permitió que él la acercara hasta el muro de piedra caliza de la mansión.

No habrían podido dejar de jugar con sus lenguas ni aunque hubieran querido, que no era el caso.

—Vente conmigo a Arizona, Alice. Por favor. Con rancho o sin él, como sea. Pero no me dejes, por favor. Dame una oportunidad.

—Nunca, en toda mi vida, había conocido a una persona más insistente que tú, Mark Sullivan.

—¿Eso es un sí?

—Si no lo es, se le parece bastante, me temo —le respondió ella, con una enorme sonrisa que le hizo derretirse en partes muy diferentes de su cuerpo.

||

—Travis, por Dios santo, es la quinta vez que pasamos por delante de

esta casa.

—Cállate, Parker. Todo me suena. Estas mansiones... las vi todas con Emily en internet. Tiene que estar por aquí. ¿Habéis probado a llamarlo de nuevo?

—Mi móvil murió en la llamada número mil —dijo Preston—. Y el de Parker también.

—Hay un cargador en la guantera, Preston. Lo he visto hace un rato.

—Sí, yo también lo he visto. Pero, al parecer, nuestro padre es la única persona de todos los Estados Unidos que no tiene un iPhone. El cargador no es compatible.

—¡Joder! Solo nos queda el móvil de Travis, entonces. Y con menos del

treinta por ciento de batería. Esto se pone cada vez más emocionante — ironizó Parker.

—¿Es que no va a responder nunca? ¡Mamón de mierda! —Travis golpeó el volante con fuerza, haciendo sonar el claxon sin querer y haciendo a los tres hermanos dar un respingo—. Le voy a dar tantas hostias que deseará no haberse enamorado nunca.

—Vamos a dar una última vuelta y paramos a tomar un café. No sé cómo estarás tú, Travis, pero yo no he venido conduciendo y, aun así, me caigo de sueño.

—Sí, yo también estoy agotado, pero me mantiene en pie la adrenalina. La adrenalina de partirle la cara, por si

lo dudabais.

—¿Puedes parar un segundo? Te juro que si no me fumo un pitillo, me va a dar un ataque de ansiedad.

—Fuma en el coche si quieres, Parker. He llegado a un punto en que no me importa nada más que encontrar a ese imbécil.

—Paso. Papá ya nos va a matar por suficientes motivos, no añadamos uno más.

—Para en ese mirador, Trav. Necesitas descansar un poco.

Travis apartó el coche hacia un pequeño espacio sin asfaltar. Tiró del freno de mano con tanta fuerza que a Preston le sorprendió que no se quedara con la palanca en la mano. Parker saltó

del coche ya con su cigarrillo a medio encender y la primera calada le dio una fugaz satisfacción a cada célula de su cuerpo. Sin necesidad de palabras, le lanzó su cajetilla de Marlboro a Preston, que se apresuró también a darle uso.

—Te juro que no entiendo cómo sobrevivís los no fumadores a este tipo de crisis —bromeó con Travis.

—Estoy tan nervioso que, si no me diera tanto asco, me habría acabado ya ese paquete hace rato.

—¿Creéis que, con esta escapada de casa, Mark me habrá arrebatado el puesto de Sullivan problemático?

—Sin ninguna duda. Todo lo que papá y mamá han pensado siempre de nosotros se les ha ido al carajo en la

última semana. Pero, bueno, han ganado unas cuantas nueras y un par de nietos. Supongo que les compensa —sentenció Preston.

—¡Eh! ¡Chicos! —Travis parecía querer hacer un agujero en el suelo, vista la manera en que había estado recorriendo el exiguo espacio de aquel mirador—. ¡Parker! ¡Preston! ¡Joder, venid aquí! ¿Estáis sordos?

—¿Qué ocurre, Trav?

—Mirad eso. —Travis sonrió, quizá por primera vez en la noche, señalando hacia una mansión que se divisaba a la perfección desde aquel lugar en que habían ido a parar con su coche.

—¡Será cabrón! —exclamó Preston.

—Decidme que no están follando contra esa pared.

—Si no lo están haciendo aún, no creo que tarden mucho.

—No sé si ovacionarlo o joderles el polvo.

—Oh, por Dios, Travis. Sí que tardas poco en ablandarte. Dame las llaves —exigió Preston—. Por supuesto que vamos a joderles el polvo.

||

Mark empezaba a creer que toda su relación con Alice estaba maldita o algo parecido. La tenía donde ni siquiera se había atrevido a soñar. Excitada y relajada a la vez, se derretía entre sus brazos mientras él la sostenía contra el muro de aquella mansión de lujo. Y,

justo cuando todo parecía perfecto y ya se visualizaba bailando entre las caderas de Alice, algún imbécil en un coche a toda velocidad empezaba a hacer luces, gritar y tocar el claxon.

—Pero, ¿qué diablos es eso?

—No lo sé, pero si tuviera un arma a mano, ya serían historia.

—¡Oh, Dios mío! No me lo puedo creer —exclamó Mark, cuando distinguió la matrícula del Cadillac de su padre.

—¿Qué ocurre?

—Me temo que estás a punto de conocer a mis hermanos.

El lujoso sedán gris plata de George Sullivan frenó de forma sonora junto a la entrada de la casa. El neumático

delantero derecho se resentiría del nada delicado choque contra el bordillo. Travis saltó del coche un buen rato antes de que el vehículo se detuviera por completo.

—¿¿Se puede saber a qué cojones estás jugando, Mark??

—¡Joder, Mark! ¿Tienes la menor idea de lo preocupados que estábamos?

—Supongo que eres Alice. De hecho, sería bastante gracioso que no fueras Alice. —Preston fue el único que mantuvo la calma y se acercó a aquella mujer que trataba en vano de disimular su cara de sorpresa y se recolocaba como podía su escueto pijama—. Soy Preston. Los dos que gritan son Travis y Parker. Al que está a punto de recibir un

puñetazo creo que ya lo conoces.

—Sí. Soy Alice. —Ella se acercó a estrecharle la mano y no pudo evitar sonreír—. ¡Ups! Eso ha debido de doler.

—Para ya, Travis, joder. —Mark se echó la mano al pómulo, el lugar exacto que había elegido Travis para asestarle un puñetazo, algo más suave de lo que había planeado, pero sin duda más fuerte de lo que Mark habría querido—. Pero, ¿es que no leísteis mi nota?

—¿Esta puta nota pseudo suicida? —le preguntó Parker, sacando de su bolsillo el papel con el que se había originado toda la crisis y tendiéndosela a Mark.

—¿Y la otra hoja?

—¿Qué otra hoja?

—En la nota *completa*, que eran dos hojas, *imbécil*, —remarcó Mark, señalando a Parker—, decía que me venía a Los Ángeles y que llegaría a tiempo para la boda.

—¿Parker? —Travis se cernió amenazante sobre su hermano pequeño.

—Me parece que le debes un puñetazo al enano, Trav. —Mark, al fin, sonrió—. Joder, ¿qué estáis haciendo aquí?

—Estábamos preocupadísimos, Mark. No entendíamos nada.

—Dios... Lo siento.

—Por cierto, impresentables, —intervino Preston—, esta es Alice.

—Hola —dijeron al unísono Parker y Travis, sonrojados.

—¿Tú no te casas hoy? —Alice se dirigió a Parker con una media sonrisa.

—Mañana. Me caso mañana.

—Son las cuatro y media de la mañana. Creo que eso a lo que tú llamas *mañana* es, en realidad, hoy.

—Joder, esta vez mamá va a tener una razón para descuartizarnos.

—Vamos a ponernos en marcha. Mark, ¿tú qué haces?

—Alice, ¿tienes un vestido bonito?

—Pero, ¿tú estás loco? Vete a la boda de tu hermano, y el domingo hablamos.

—Oh, no... No, no, no. Bajo ningún concepto. Tú te vienes conmigo a la boda.

—No me voy a presentar en la boda

de tu hermano, con toda tu familia, sin dormir y sin que nadie sepa quién soy.

—Por supuesto que vas a venir a la boda —interrumpió Parker—. Creo que el paseíto que nos hemos dado lo merece.

—Eres la primera chica a la que tenemos que venir a cortejar los cuatro Sullivan —añadió Preston.

—Tenemos cuatro horas de viaje y un huso horario de diferencia en contra, Alice. Por Dios, di que sí —suplicó Mark, con un mohín irresistible en sus labios.

—¿Cuatro horas? Ese es mi coche —dijo Alice, señalando hacia un Porsche 964 Cabrio, aparcado en el jardín—. Deja aquí la moto, Mark. En

tres horas estaremos en el rancho.

—¿Ese coche es tuyo? —preguntó Preston—. Joder, Mark, tu chica sabe lo que se hace.

—No soy *su chica* —protestó ella.

—Oh, cielo, por supuesto que lo eres.

Sábado 25 de junio.

El día de la boda.

Amy supo, en cuanto despertó, que estaba sola en la cama. Un hilo invisible la mantenía unida a Parker y sintió, antes incluso de abrir los ojos, que ese hilo estaba muy estirado. Miró hacia la mesilla de noche del otro lado de la cama y descubrió que eran las siete y cuarto de la mañana. Pero no eran las siete y cuarto de la mañana de un día cualquiera. Eran las siete y cuarto de la mañana del día de su boda.

Su corazón se sobresaltó al darse

cuenta de que no era normal que Parker no estuviera en la cama a esa hora. Ella siempre se despertaba antes que él, pero intentó convencerse de que quizá ese día, con los nervios, Parker estaría volviéndose loco en algún otro lugar. Aunque algo dentro de ella le decía que las cosas iban mal. Muy mal.

Comprobó que Katie seguía profundamente dormida y decidió que el día de su propia boda, con el novio desaparecido en combate, era un atenuante perfecto para saltarse sus buenos propósitos. Abrió el cajón de la mesilla de Parker en el que sabía que él guardaba un paquete de tabaco para emergencias y salió a la terraza de la habitación.

—Al menos tú puedes fumar. Joder. ¿Es normal que el único antojo que tenga sea de tabaco? —Amy se volvió al escuchar la voz de Lisa desde una silla al fondo de la terraza.

—No. No es muy normal. Sobre todo si tenemos en cuenta que no fumas. ¿Qué haces ahí sentada?

—¿Parker también ha desaparecido?

—¿Preston también? —Amy se sobresaltó.

—Y he cotilleado la otra habitación y Travis tampoco está.

—¿Qué coño está pasando, Lisa? —Amy se derrumbó sobre una de las sillas de la terraza.

—No tengo ni idea. Llevo una hora

llamándolos. Tienen los cuatro el móvil apagado.

—Parker ayer estaba muy extraño. No le di importancia, pensé que serían los nervios típicos de la boda. Me dijo que se iba a tomar unas copas con los chicos, y ni siquiera pensé en nada raro.

—Ahora que lo mencionas, Preston también estaba un poco raro. Joder. ¿Qué habrá pasado?

—Lisa, no se habrá arrepentido, ¿verdad? —Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas—. Todo ha sido demasiado perfecto en el último año y medio. Todo. No es mi estilo que todo me salga tan bien.

—No digas chorradas, Amy —dijo Emily, saliendo en aquel momento por la

puerta de su cuarto.

—¿Tú tampoco sabes nada?

—Lo que os he escuchado hasta ahora. Travis tiene el teléfono apagado desde hace horas.

—Yo lo veo claro. Parker se ha cagado, y los otros tres estarán tratando de hacerlo entrar en razón. —Amy cabeceó, pesimista.

—¡Amy, por Dios! Parker está loco por ti, eso lo sabemos todos. Es imposible que se haya arrepentido.

—Parker está loco por mí, pero hace año y medio era un chaval que solo se preocupaba por salir por la noche y yo lo he convertido en esposo y padre. No creo que sea el sueño de ningún tío verse a los veinticuatro años con una

hija de seis.

—No digas tonterías, Amy. Parker quiere a Katie más que a ti —Lisa trató de sacar hierro al asunto.

—Sí, vale, muy bien. ¿Y dónde está?

—¿Estará Mark en casa? ¿O se habrá ido con ellos?

—No tengo ni idea, pero apostaría a que sí. Él también tiene el móvil apagado. No me he atrevido a salir al pasillo por si están los mayores levantados.

—Pues me temo que ha llegado el momento de hacerlo. Hace rato ya que he escuchado a Vivian en la cocina. No podremos ocultar durante mucho más tiempo que los chicos han desaparecido.

—Dios... ¿Quién se lo dice?

—Creo que deberíamos ir las tres.

Y rezando para que alguien más esté levantado y nos ayude a tranquilizarla.

Amy, Emily y Lisa bajaron las escaleras de madera del rancho aún en pijama y tratando de hacer el menor ruido posible. Aún conservaban una esperanza de que la aventura de los chicos se quedara en poco más que unas copas nocturnas que se les habían ido de las manos. Si era así, cuanto menos gente se enterara antes de que aparecieran, mejor para todos.

—¡Buenos días, chicas! Estaba a punto de ir a despertaros. En breve llegará la empresa de catering, y será mejor que estéis todas duchadas antes de

que lleguen las peluqueras. Amy, Parker se vestirá en la habitación de Mark. Está su traje allí guardado ya desde hace días. Así que cuenta con vuestro dormitorio entero para ti y para Katie. ¿Necesitarás ayuda con ella o podréis arreglároselas entre Michelle y tú?

—Vivian, me temo que tenemos algo que decirte.

—¿Qué ocurre, cariño? —La cara de Vivian se tornó en un rictus de preocupación.

—Los chicos no están.

—¿Qué significa que no están?

—Pues eso... —ayudó Lisa—. Ni Parker, ni Preston ni Travis han dormido aquí esta noche.

—¿Pero qué estáis diciendo?

—Ayer, poco después de que os acostarais todos, vinieron a decirnos que iban a salir a tomar una copa. Y eso es lo último que sabemos. Tienen el móvil apagado desde entonces y no sabemos dónde están.

—¡Dios mío! Voy a buscar a Mark. Seguro que él sabe qué hacer.

Emily se levantó a preparar unas tazas de café, aunque pronto se corrigió y las sustituyó por unas tilas. Estaba preocupada, muy preocupada, por Travis, pero se agarraba a la idea de que, si hubiera ocurrido algo malo de verdad, ya se habrían enterado. Al fin y al cabo, ella tenía experiencia en desgracias y sabía que las malas noticias volaban. Pero no se sacaba de

la cabeza que Travis siempre era un chico responsable. Podía visualizar algunos escenarios en los que a Parker y a Preston se les pudiera haber ido la noche de las manos, pero veía imposible que algo así le ocurriera a Travis.

—Mark tampoco está. —George entró en la cocina en pijama, anudándose el cinturón de un batín de seda—. Vivian me ha dicho lo que está pasando. Decidme bien lo que sepáis.

—No sabemos más de lo que le hemos dicho a Vivian —explicó Lisa—. Ayer dijeron que querían salir a tomar algo y no han regresado.

—Pero, ¿discutisteis alguna con ellos?

—No, yo no. Todo estaba normal —

respondió Lisa. Emily asintió con un gesto.

—Yo noté a Parker un poco nervioso, pero lo estuvo todo el día, así que no le di importancia. —Amy resopló, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Creo que deberíamos ir preparándonos para la posibilidad de que haya huido de la boda, y el resto de los chicos está intentando localizarlo.

—No digas eso, querida. —Vivian se sentó a su lado y le cogió una mano—. Parker siempre ha sido un poco imprevisible, pero es un buen chico. Es muy leal, quizá el más leal de los cuatro. Jamás se marcharía así. No te dejaría a ti y, mucho menos, a Katie.

—Pero, entonces, ¿dónde están? —

Amy rompió en llanto, y Emily se acercó a abrazarla.

—Voy a dar una vuelta por el rancho. Estos gilipollas son capaces de haber llegado borrachos y haberse dormido en los establos —sentenció George.

—¿Tú no puedes hacer alguna cosa *friki* de las tuyas y encontrarlos, Lis? —preguntó Emily, esperanzada.

—¿Te crees que no lo he intentado? Con los móviles apagados, no tengo posibilidad de localizarlos.

—Vamos a desayunar algo. Hoy no vamos a tener tiempo de comer y tenemos que llegar a la boda con el máximo de fuerzas posible.

—Yo tengo el estómago cerrado,

Vivian —comentó Amy—. Además, cada minuto que pasa estoy más convencida de que no habrá boda.

—Faltan mi coche y la moto de Mark —informó George, entrando en ese momento por la puerta de la cocina—. No entiendo nada.

—¿Y la camioneta?

—No. La camioneta está. No entiendo por qué no la han cogido. Todos prefieren usar la camioneta que el coche. Además, saben que no me gusta que lo cojan sin permiso.

—Un momento... —reflexionó Emily—. ¿Qué coche tienes, George?

—Un Cadillac.

—¿Biplaza?

—No, no. Es un sedán. Bastante

grande, de hecho.

—Entonces, ¿por qué falta también la moto? Si se han ido los cuatro juntos, no tiene sentido que no hayan ido en el mismo coche.

—Ya lo había pensado —admitió George—. Pero no sé qué conclusión sacar.

—¿Parker sabe conducir motos? —preguntó Amy, sorprendida por no conocer ese dato.

—Sí. Los cuatro saben —admitió Vivian—. Pero solo Mark suele usarla.

—Pues lo veo claro. —Amy seguía sollozando, con su pesimismo en un claro crescendo—. Parker se marchó en la moto, y los otros tres salieron a buscarlo con el coche.

—Es una opción. —George ignoró las caras de su esposa y sus dos futuras nueras, que lo instaban a endulzarle las noticias a Amy—. Pero sigue sin explicar por qué salieron en mi coche y no en la camioneta.

||

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Parker, por enésima vez. Entre los gemelos, Mark y una sorprendentemente mandona Alice lo habían obligado a ocupar el asiento trasero y dormir durante el viaje para estar descansado durante la boda.

—Parker, si hace dos minutos quedaba una hora, te dejo hacer el cálculo a ti solito —respondió Preston, concentrado y luchando contra el sueño

al volante, pero más paciente de lo habitual con su hermano pequeño.

—¡Joder! ¿No puedes acelerar un poco?

—¿Más, Parker? ¿Quieres que pase en la cárcel el día de tu boda?

—Tenemos que llegar antes de las nueve. Como sea.

—Se hará lo que se pueda. Lo que tenemos que hacer es parar y llamar a casa. Como las chicas se hayan despertado, deben de tener un susto tremendo.

—No podemos parar ya más veces, Preston. Métele toda la caña que puedas al coche y prepárate para recibir la mayor bronca de nuestras vidas. Nadie se va a creer que una estación de

servicio estaba cerrada y en la otra no funcionaba el teléfono. Nadie. Mamá, la primera.

—Esta ha sido la noche más loca de mi vida. —A Preston le dio la risa y, contra todo pronóstico, Parker se contagió—. Y te puedo asegurar que eso es mucho decir.

—¿Tú ves a este imbécil? —Parker señaló con un gesto de su cabeza a Travis, que dormía a pierna suelta en el asiento del copiloto—. La familia Sullivan viviendo una crisis nupcial, y el tío dormido como un tronco.

—No te preocupes, que a partir de mañana le caerán a él todas las crisis nupciales.

—¿Te puedes creer lo antiguo que

es? Le compró el anillo a Emily el mismo día que se fueron a vivir juntos.

—Yo creo que no folló tranquilo hasta que no se vio con la licencia matrimonial tramitada.

—Y yo que creía que era todo un *playboy* antes de conocer a Emily...

—Bueno, no le iba mal. Pero a él siempre le gustó más el deporte, y a mí, las mujeres.

—Pase lo que pase el día de mi boda, sé que mi momento favorito será para siempre el puñetazo que le ha dado a Mark —comentó Parker entre carcajadas.

—Tiene un buen brazo. Fue el mejor receptor de la Liga Universitaria dos años seguidos.

—Si no hubiera sido por esa rodilla...

—Todos lo veíamos ya en la NFL. Habría sido una estrella, seguro. — Preston miró a su hermano gemelo y recordó los días duros en que Travis se negaba a asumir que su carrera deportiva había llegado a su fin.

—Tú tampoco lo hacías mal, por lo que recuerdo —comentó Parker, abriendo la ventanilla del coche y sacando media cabeza por fuera para fumar un cigarrillo. La fuerza de voluntad se le había ido consumiendo con cada minuto que faltaba para llegar al rancho.

—Bah... Yo jugaba por divertirme, nunca quise ir más allá. Nunca se lo he

dicho a él, pero en el primer partido que tuve que jugar después de su lesión supe que era el último. Jugar sin él... no tenía sentido.

—Preston Sullivan, esa chica te ha convertido en un blandito —dijo Travis, con la boca pastosa—. Y tú, Parker, tira esa mierda, que vas a dejar el coche apestando.

—Dios... da órdenes hasta dormido —protestó Parker, aunque se apresuró a hacerle caso. Esa noche, Travis parecía tener el puño muy suelto, y no le apetecía llegar al altar con un ojo morado.

—¿Veis el Porsche por alguna parte?

—Antes, me pareció verlo un buen

trecho por delante de nosotros. Esa mujer conduce como una energúmena.

—La masculinidad de Preston se está viendo un poco mermada por el hecho de no ser capaz de alcanzar a una mujer conduciendo —se burló Parker.

—Si me das ese coche e inmunidad diplomática, ya estaría en la costa este a estas alturas.

—¿Creéis que a ella le habrá dado el cerebro para llamar a Emily y avisar de que estamos bien?

—Seguro, joder. Es una chica, siempre se dan cuenta de esas cosas.

||

En un Porche 964 descapotable, a unos dos kilómetros y medio del Cadillac, se respiraba bastante más

tranquilidad.

—Aún no sé cómo me has convencido para que haga esto, Mark Sullivan.

—Y yo aún no sé cómo estoy aguantando sin vomitar, Alice. ¿Conduces siempre así?

—¿*Así* cómo? ¿Rápido?

—Sí, un poquito rápido, sí — ironizó Mark.

—No tendría este coche si me gustara tomármelo con calma.

—¿Sabes que no te pega nada?

—¿El qué? ¿El coche?

—No sé. El coche y todo. Aparentas como diez años menos de los que tienes; tienes más tatuajes que Parker, lo cual es mucho decir; conduces un deportivo de

los años ochenta; pero eres una de las fisioterapeutas más respetadas del país, has dado charlas en Yale y en Princeton...

—¿Has estado investigando sobre mí?

—No iba a poner el proyecto más importante de mi vida en manos de alguien sin saber todo lo posible sobre ella. Y cuando hablo del proyecto más importante de mi vida... no me refiero al rancho.

—Oh. ¿Y de esa investigación has sacado todos esos prejuicios? ¿Qué tendrán que ver los tatuajes con mi profesión?

—Nada. Simplemente, mataría por haber visto las caras de todos esos

carcamales de la Ivy League cuando apareciste.

—Pues supongo que alucinarían. Les ha pasado a algunos pacientes también. Incluso diría que Patrick tuvo miedo de dejarme a solas con Emily hasta que entendió que no iba a desvalijarles la casa.

—Es un buen tipo Patrick. He tenido un par de conversaciones con él en estos días.

—¿No ha castrado todavía a tu hermano?

—No. Pero se le ven ganas. — Ambos se rieron.

—¿Tus padres no van a alucinar cuando me vean aparecer? ¿Saben al menos que existo?

—No. No tienen ni idea. No te puedes imaginar lo que ha sido mi casa esta última semana. Mi madre se ha comportado como una auténtica psicópata con los preparativos de la boda de Parker. Y, cuando empezaba a relajarse, se destapa el pastel del compromiso de Travis y Emily y el embarazo de Lisa.

—Ha debido de ser interesante.

—Sí. Ese tipo de cosas interesantes que te conducen a la locura. —Mark se rio—. Imagínate que, en medio de todo eso, les salgo yo también con que tengo novia.

—¿Eso somos?

—¿Qué?

—¿Somos novios?

—Alice... Me quitas años de vida, te lo juro. ¿Podemos dejar aquí y ahora las discusiones sobre lo que somos y no somos o sobre lo que debemos ser o no debemos ser?

—Solo quería tenerlo claro —se excusó Alice, encogiéndose de hombros—. Me gusta ser tu novia.

—¿Me has perdonado ya lo de Boston?

—Mmmm... Creo que no.

—Pues te pido disculpas de nuevo. Ya te dije que lo haría hasta que me perdonaras.

—No sé si te perdonaré algún día. Me encanta oír cómo te disculpas.

—Pues lo seguiré haciendo.

—A partir de aquí, tendrás que

indicarme cómo llegar —le pidió Alice a Mark, en el momento en que abandonaban la carretera principal, ya a poco más de media hora del rancho.

—¿Quieres que cambiemos?

—Eh... Nunca le he dejado este coche a nadie.

—Bueno, siempre hay una primera vez, ¿no?

—Supongo. No tienes ni idea de la confianza que estoy depositando en ti, Mark Sullivan —afirmó Alice, apartando el coche al arcén y abriendo ya su puerta.

—Te juro que lo cuidaré como si fuera mío.

—Más te vale. ¿No deberías llamar a tus padres?

—No. Ya los habrán puesto al corriente los chicos. Deben de haberse comido una buena bronca.

||

Eran las nueve menos cuarto de la mañana en el rancho, y a Amy le parecía llevar cien horas levantada. La única buena noticia de lo que iba de día era que Katie seguía dormida. La noche anterior se había empeñado en meterse con ella en la cama, aprovechando la ausencia de Parker, y le había hecho mil y una preguntas sobre la boda, sus funciones como niña de las flores, y también alguna algo incómoda sobre la manera en que los niños venían al mundo. Ahora agradecía haberla mandado a su cama a una hora

intempestiva.

Vivian y George, Dan y Phoebe, Patrick, Michelle, Amy, Emily, Lisa e incluso el personal de servicio contenían la respiración en aquella mañana que se prometía muy feliz y que empezaba ya a augurar drama.

—He llamado a todos los servicios de emergencia. No ha habido ningún Cadillac ni ninguna BMW implicada en un accidente esta noche. Ni en Arizona ni en los estados limítrofes —informó George, descartando una posibilidad en la que todos habían pensado, pero no se habían atrevido a mencionar. Soltaron un aliento imaginario que habían estado conteniendo, pero la incertidumbre continuaba.

—Yo he llamado con excusas a todos los primos con los que tienen relación. No saben nada.

—Y yo a los amigos de Parker de Nueva York. Todos estaban en camino o ya en Phoenix, pero ninguno sabía nada tampoco.

—Pero, ¿dónde cojones se han metido esos cuatro imbéciles? —gritó George, dando un puñetazo en la mesa y convirtiéndose en el primero de los presentes en perder los nervios.

—George, tranquilízate. Vas a despertar a Katie.

—Yo tengo que salir fuera —anunció Amy—. Parker va a conseguir que vuelva a fumar.

—Vamos con ella —se disculpó

Lisa.

—Sí, sí, chicas, id —las animó Vivian.

Faltaban aún unas cuantas horas para el mediodía, pero el calor arreciaba ya con dureza. Amy se dejó caer en el suelo de piedra del porche delantero de la casa y encendió un cigarrillo. Llevaba unos cuantos meses sin fumar, pero no tenía, en ese momento, presencia de ánimo como para mantenerse firme. Lisa ayudó a Emily a sentarse a su lado, y a continuación se sentó ella misma. Amy hundió la cabeza entre sus rodillas y sorbió por la nariz, tratando, en vano, de mantener a raya las lágrimas.

—Puedes coger uno. Yo no me voy

a chivar —le dijo a Lisa, mirándola de reojo.

—No me tientes. No quiero arriesgarme a que salgan mis padres, o los de Preston, y me asesinen.

—Estoy por fumar hasta yo, aunque solo sea por joder al imbécil de Travis.

—Al menos tú puedes estar tranquila. Está claro que no es Travis el que ha huido —comentó Lisa.

—¿Qué dices, Lisa? No me digas que piensas que puede haber sido Preston —le preguntó Amy, incrédula.

—Piénsalo, Amy. Parker está enamoradoísimo de ti, eso no hace falta ser muy listo para verlo. Está loco por ti y está loco por Katie. No ha salido huyendo en toda la semana, pese a la

locura de su madre. Parker no ha huido, chicas. Cada minuto que pasa estoy más convencida de que ha sido Preston.

—No pienses eso, Lis... —Emily consoló a su mejor amiga, aunque la sombra de la sospecha había anidado también en ella.

—Pensadlo. Llevamos juntos dos meses, con dos rupturas de por medio, y estamos esperando un hijo. Yo vi su cara cuando el test de embarazo dio positivo; parecía que iba a desmayarse.

—¿Y qué cara tenías tú, Lisa? —preguntó Amy—. Por suerte o por desgracia, sé lo que es hacerse un test de embarazo cruzando los dedos para que dé negativo. No juzgues a Preston por su reacción en un momento así. Hazme

caso.

—Vosotras los habéis oído hablar igual que yo. Es evidente que Preston ha sido siempre el hermano mujeriego y fiestero. Y va a ser padre a los veintiséis. Se ha largado, joder, os lo digo yo.

—Ninguna sabemos lo que ha pasado, chicas. ¿Quién os dice que no ha sido Travis? ¿O Mark? Todo es posible.

—Un momento... —Lisa las acalló con un movimiento de su mano—. ¿Qué es eso?

Cuando consiguieron incorporarse, el resto de la familia Sullivan y allegados, salían en tropel por la puerta principal de la vivienda. Aún bastante lejos del rancho, la pequeña caravana

formada por un Cadillac CTS-V gris plata y un Porsche 964 Cabrio negro avanzaba, a bastante más velocidad de la deseable, por la pista de tierra que conducía a la puerta principal.

Formando en líneas regulares, Amy, Emily y Lisa, en primera fila, y el equipo de los padres, en segunda, se dirigían con rapidez hacia las cocheras. Nadie entendía la presencia de aquel coche deportivo en la escena, pero todos sabían quién se dirigía a la casa. Preston fue el primero en frenar su coche, del que descendieron los tres hermanos menores a demasiada velocidad para el recibimiento que los esperaba. Mark aparcó, por decirlo de alguna manera, justo detrás de ellos. Él también se apeó

raudo, pero Alice remoloneó un poco, asustada por lo que se iba a encontrar.

—¿¿Se puede saber dónde estabas, Preston?? —Lisa se acercó corriendo a su novio, convirtiendo toda la preocupación, las dudas y la angustia de las últimas horas en ira.

—¿No os ha llamado Mark?

—¡Travis! ¡Te juro que voy a matarte!

—Mark, joder, ¿no has llamado a casa?

—Pero, ¿por qué no habéis llamado vosotros?

—¡No teníamos batería!

—¿Quién es esa mujer?

—¿¿Alice??

—¡¡¡Silencio!!! —La voz aguda de

Vivian Sullivan resonó en todo el rancho. A pesar de la marabunta de gritos que reinaba una milésima de segundo antes, el silencio que siguió a su orden fue innegociable.

Amy permanecía callada y erguida delante de Parker, que la miraba a los ojos tratando de dilucidar si sus lágrimas eran de pena, de alivio o de enfado. Cuando habló, lo hizo en voz tan baja que todos los presentes se dieron cuenta de que había agotado la poca energía que le quedaba.

—Creí que me habías dejado, que te habías arrepentido y te habías marchado. Me voy al dormitorio, no vengas todavía, por favor.

Parker bajó la cabeza y asintió.

Travis se acercó a Emily, pero se detuvo en el momento en que ella levantó su mano frente a él. Giró sobre sí misma y salió tras Amy. Lisa ni siquiera miró a Preston. Se limitó a ir detrás de sus amigas. Los hermanos Sullivan podían estar muy unidos y hacer cualquier cosa los unos por los otros, pero ellas no pensaban quedarse atrás.

—¡A los establos! ¡¡Ya!! —George Sullivan, que había estado callado hasta entonces, se impuso sobre sus hijos. Vio desfilar a Parker, Travis y Preston, uno tras otro, y se giró hacia su hijo mayor —. ¿Tú estás sordo o qué?

—Perdón. Ya voy. Esto... mamá, papá, quiero presentaros a...

—¡Que si estás sordo, te estoy diciendo! Déjate de presentaciones y de estupideces. Ya habrá tiempo después de que me desahogue con vosotros.

Vivian les indicó con un gesto a Michelle, Patrick, Dan y Phoebe el camino hacia la casa. Había visto esa misma escena alguna que otra vez. La adolescencia de Mark había sido más o menos tranquila, aunque no se habían librado de borracheras a destiempo y escapadas nocturnas. Con los gemelos llegó el bullicio a la familia. Travis siempre había sido un buen chico, más preocupado por el deporte que por ninguna otra cosa, pero Preston era harina de otro costal. Y con Parker, todo se había descontrolado. Había hecho

justicia a la leyenda de los hermanos pequeños y, en su afán por seguir a sus hermanos, había sido demasiado precoz a la hora de hacer locuras. Ella siempre había sido una madre gritona, era consciente de ello, y todas las pequeñas disputas del día a día las resolvía sin informar a su marido. Pero cuando todo se iba de las manos, era George quien tomaba el mando. Si estaban en Phoenix, se llevaba a los chicos al garaje. En el rancho, el lugar elegido eran los establos.

—Ven aquí y dame un abrazo. — Patrick se acercó a Alice, que presenciaba toda la escena desde un incómodo segundo plano—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Creo que es demasiado largo de explicar, Patrick.

—Ven, voy a presentarte. —Patrick la tomó del brazo y la acercó al resto del grupo—. Vivian, esta es Alice Walsh. Fue la fisioterapeuta de Emily durante dos años. Es una heroína para nuestra familia. Y, si no me equivoco, va a trabajar con Mark a partir de ahora. ¿Es así?

—Sí —respondió ella con timidez.

—Encantada de conocerte, Alice. —Vivian Sullivan retomó su papel de perfecta anfitriona—. ¿Conoces a los padres de Lisa?

—Creo que coincidimos alguna vez en Boston hace años. Tú debes de ser la madre de Amy, entonces.

—Michelle. —Intercambiaron

sonrisas y continuaron su camino hacia la casa.

—Encantada de conocerlos a todos.

Yo... creo que os debo una disculpa por todo lo que ha ocurrido.

—Estoy más que dispuesta a canjear esa disculpa por una explicación detallada. Me muero de curiosidad —dijo Vivian, con un matiz casi divertido en su tono.

No dio tiempo a demasiadas explicaciones, ya que los camiones del catering enfilaban en aquel momento el sendero de acceso a la vivienda anexa, dispuestos a continuar con los preparativos de una boda que, dado el estado en que se encontraba Amy, nadie

tenía muy claro que fuera a celebrarse. Cuando llegaron a la cocina del rancho, Alice les contó la versión abreviada —y para todos los públicos, ya que Michelle sostenía a Katie entre sus brazos— de su historia.

Justo sobre sus cabezas, en el dormitorio de Parker, Amy lloraba boca abajo en la cama, en un arrebató a medio camino entre el bajón de adrenalina y la histeria previa a la boda.

—Amy, cariño, tienes que tranquilizarte —le pedía Emily, acariciándole la espalda.

—Creí que me había dejado, chicas. Lo creía de verdad. Y creí que me iba a morir. Os lo juro.

—Pero no lo ha hecho. Estoy

deseando escuchar la historia completa, pero parece que todo tiene que ver con Mark y Alice, ¿no?

—Eso parece.

—Creí que todo se había ido a la mierda. ¿Os dais cuenta de que, si lo pierdo a él, me quedo sin nada?

—¿Pero qué tonterías estás diciendo, Amy? Tienes a tu madre, tienes a Katie, nos tienes a nosotras...

—¿Tenéis la menor idea de lo que era mi vida antes de que Parker apareciera?

—No hablas mucho de ello.

—Porque prefiero ni recordarlo. No tenía ni una sola amiga. Si no fuera por vosotras... ni siquiera tendría una dama de honor en mi boda. Y era pobre,

¿sabéis? Muy pobre. Y no tengo familia, aparte de mi madre, Katie y unos tíos en Ohio a los que veré hoy por primera vez en cuatro años. Mi vida ha sido una puta mierda, y he elegido el día de mi boda para darme cuenta.

—Has pasado por mucho estrés estas últimas horas. Estás desbordada. ¿Por qué no tratas de descansar un rato?

—No necesito eso. Necesito a mis amigas. —Amy las miró, un poco avergonzada. Ellas le sonrieron con ternura—. Yo... no llegué a conocer a mi padre. Se largó antes de que yo naciera. Mis primeros recuerdos son de mi madre casada con Carl, un hombre bueno que me crio como si fuera hija suya.

—La historia se repite —le dijo Lisa, dándole un pequeño apretón en la mano.

—Espero que no. Carl murió cuando yo tenía once años. Un ataque al corazón repentino. De repente, *zas*, mi madre y yo volvíamos a estar solas. Luego vino la adolescencia y me metí en todos los líos posibles antes de los quince. Supongo que en eso me parezco al imbécil de Parker. —Sonrió con cierta amargura—. Al final, me quedé embarazada, y mi madre y yo decidimos que la daría en adopción. Además de que era una cría que no tenía ni idea de cómo cuidar a un bebé, apenas nos llegaba el dinero para subsistir nosotras como para pensar en tener otra boca que

alimentar.

—Pero no lo hiciste —ayudó Emily.

—No. Y gracias a Dios que no lo hice. Katie es lo mejor que me ha pasado en la vida. Podré tener más hijos, podré vivir junto a Parker toda la vida, pero sé que Katie siempre será lo mejor que he hecho jamás. —Amy se levantó, abrió la puerta de la terraza y encendió un cigarrillo—. No os podéis imaginar lo que fue mi vida durante sus primeros cinco años. Iba al instituto por la mañana, trabajaba por la tarde y estudiaba por la noche mientras la cuidaba. Creo que no dormí más de tres o cuatro horas ni una sola noche. Cuando entré en Columbia y conocí a Parker, trabajaba en una hamburguesería de

madrugada, antes de ir a clase. Y, aun así, nunca tenía dinero para nada. Vivíamos en un apartamento minúsculo, que siempre parecía sucio por mucho que lo limpiáramos. ¿Sabéis por qué no tenía amigas? Porque no tenía tiempo para tenerlas. No estuve con un solo chico desde que me quedé embarazada hasta hace año y medio. No tenía nada, solo a Katie, a mi madre y el sueño de convertirme en abogada para darles una vida mejor. Hasta que apareció él y lo cambió todo.

—Parker te adora, Amy. Tengo la sensación de que lo que ha pasado esta noche ha sido un gran malentendido. Piénsalo. Lleváis juntos, ¿cuánto?, ¿un año?

—Un año y medio.

—¿Y cuántas veces te ha fallado?

—Nunca. No me ha fallado ni una sola vez.

—Pues ten eso en cuenta. Yo me voy a arreglar las cosas con Travis. Y, Lisa, tú deberías hacer lo mismo con Preston. Dentro de seis horas hay una boda, y todas deberíamos estar radiantes.

—¿Me hacéis un favor? —Emily y Lisa asintieron—. ¿Podéis decirle a Parker que suba en un rato?

—Claro.

||

Mark, Preston, Travis y Parker Sullivan podían ser cuatro hombres altos y fuertes como armarios, pero salieron

de los establos del rancho familiar sintiéndose poco más que niños de jardín de infancia. Su padre les había gritado como hacía años que no lo escuchaban. Quizá incluso más que aquella vez en que le habían robado las llaves de su recién estrenado coche para impresionar a unas chicas y lo habían acabado rayando contra un buzón de correos. La diferencia radicaba en que de aquello hacía algo más de diez años, y la adolescencia era una excusa perfecta para un comportamiento irresponsable. George Sullivan no se había privado de darle una fuerte colleja a Preston cuando había intentado romper la tensión con una broma, había insultado a Travis cuando le quiso quitar

hierro al asunto y le había arrancado un cigarrillo de la boca a Parker de un manotazo que se había ensañado con el *piercing* de su labio. Con Mark la cosa no había llegado a las manos, pero se había reído con saña del moratón que lucía en su pómullo derecho. Las únicas palabras amables que habían oído de boca de su padre en aquella media hora infernal habían sido con las que había felicitado a Travis por partirle la cara a su hermano mayor. Y lo peor, sin duda, es que todos —o, al menos, los tres menores— presentían que lo peor estaba por llegar. No habían elegido unas novias mansas, la verdad.

—¡Chicos! —gritó su padre, antes de que se marcharan, y los tres se

estremecieron pensando que quizá le quedaban fuerzas para un último asalto —. Yo ya os he dicho lo que os tenía que decir. Espero, con sinceridad, que esta sea la última vez que nos vemos en los establos. Id con vuestras mujeres y arreglad las cosas. Que no quede ni un fleco pendiente que os puedan reprochar en el futuro. Ellas son mucho mejores que vosotros, eso me ha quedado claro esta semana. No la jodáis.

Todos asintieron y emprendieron camino hacia la casa. Mark se quedó en la planta baja, escuchando el rapapolvo de su madre, que no se apiadó de su maltrecha cara ni se planteó que él quisiera parecer un adulto delante de su recién estrenada novia. Parker esperaba

en un segundo plano. Se moría por ver a Amy, pero su madre le había prohibido subir hasta que hablara con ella. Parecía que todos y cada uno de los habitantes de la casa pensaban recordarle su mal comportamiento.

—Mamá, por favor. Tienes toda la razón, de verdad. Fui un irresponsable, tenía que haber hablado con vosotros, o al menos haberme asegurado de que los chicos sabían lo que hacía, pero... — Mark resopló y sonrió, por fin, a su madre—, mamá, ¿tú no tenías tantas ganas de que tuviera una novia?

—Claro que sí. ¿Pero de verdad era necesario que desaparecierais los cuatro la noche antes de la boda de tu hermano?

—Seguramente no, pero así ha sido.

Ahora ya no puedo hacer nada por solucionarlo. ¿Me dejas que te presente a Alice?

—No seas tonto, Mark. Ya nos hemos presentado y ya hemos hablado de lo que ocurrió esta noche. Esta chica tiene bastante más cabeza que vosotros cuatro juntos. A los descerebrados de tus hermanos ni siquiera se les ocurrió pedirle a ella el teléfono para llamar. Pero ya está. Fin del tema. Hay una boda que celebrar, suponiendo que Amy no mate a Parker, que quizá sería lo que debería hacer. —Vivian finalizó su discurso con una severa mirada a su hijo menor, que hizo que a él se le cortara de cuajo un bostezo—. Ayuda a Alice a instalarse en la buhardilla. Ya he

llegado a un punto en que me da igual que durmáis todos con todos. Me conformo con que nadie más desaparezca. Y, ahora, Parker Andrew Sullivan, acompáñame al despacho de tu padre.

Parker entró en el despacho como un cordero en el matadero. Se sentó en cuanto percibió el gesto de su madre indicándole que lo hiciera. No pensaba desobedecer a nadie más en todo aquel día.

—Parker...

—Mamá, lo siento. Ya no sé cómo pedir perdón ni a cuánta gente hacerlo. Me muero por subir a ver a Amy, así que, por favor, acaba rápido conmigo.

—Todo lo que nos ha contado Alice

es verdad, ¿no? ¿Todo esto lo habéis hecho por Mark?

—Sí, mamá. Hubo un malentendido con las notas que nos dejó, y creímos que estaba mal. Nos equivocamos, y te juro que los cuatro lo sentimos muchísimo. —Parker se levantó del asiento en el que llevaba apenas un minuto. Llevaba doce horas en tal estado nervioso que era incapaz de estar quieto.

—Puedes fumar si quieres. No me importa.

—¿De verdad? —Parker preguntó, dubitativo. Ver a su madre tan calmada le daba casi más pavor que los gritos.

—De verdad. —Vivian sonrió a su hijo menor—. ¿Lo volverías a hacer?

—¿Qué?

—Si pudieras volver a anoche, y todos los malentendidos se dieran de la misma manera que lo hicieron, ¿te subirías a ese coche con Travis y Preston?

—No, mamá. Ninguno querríamos haberos dado este disgusto.

—Contéstame la verdad, Parker. No te olvides de que yo te traje a este mundo.

—¿La verdad? No sé si estás buscando una excusa para matarme, mamá, pero la verdad es que sí. Me volvería a subir a ese coche. Creíamos que Mark podía estar mal de verdad.

—¿Sabes, Parker? Tú nunca decepcionas.

—¿De verdad? Pues yo tengo la

sensación de que me paso la vida decepcionando a gente.

—Se puede leer en ti como en un libro abierto. Mark ha sido un muro de piedra desde que le ocurrió aquello en Nueva York. —Vivian vio a su hijo levantar la vista de su cigarrillo y mirarla con fijeza a los ojos—. Sé que os lo ha contado, aún lo conozco bien. Desde aquello, ha sido imposible saber en qué pensaba o qué sentía. Preston se ha pasado la vida disfrazando con bromas todo lo que le ocurría, así que siempre ha sido imposible saber si estaba bien o mal. Y Travis... a Travis ni siquiera sé si se le ha pasado alguna vez por la cabeza algo que no fuera un balón de fútbol. Al menos hasta que

conoció a Emily. Son tres chicos maravillosos, Parker, y los quiero con locura. Pero tú eres el único al que tengo la impresión de conocer de verdad.

—Siempre has dicho que soy imposible. —Parker le sonrió a su madre.

—Porque somos muy distintos, Parker. Ya sabes cómo soy, odio las cosas que se salen de las normas en las que me educaron. Y, de repente, después de tres chicos serios y formales, al menos en apariencia, llegas tú y con diecisiete años te tatúas en el pecho una cosa que ni siquiera sé lo que es. Cada vez que discutíamos contigo, aparecías con un tatuaje o con un pendiente nuevo.

El pelo largo, el alcohol, la marihuana... —Vivian se rio en voz alta cuando vio a Parker dar un respingo—. ¿Te crees que soy idiota y no sabía lo que hacías? Me crie en los setenta, por si lo habías olvidado.

—Y el accidente...

—El accidente fue una desgracia, Parker. Lo peor que me ha pasado en la vida. Peor que lo de Mark, peor que cualquier cosa. No te imaginas el miedo que tuve de perderte, de que nunca volvieras a ser el mismo de antes de que ocurriera.

—Eso es todo mérito de Amy.

—No, cariño. Es mérito tuyo. Has sido siempre un buen chico, no sabes la alegría que nos dio a tu padre y a mí ver

cómo te desprendías de todo aquel dolor.

—Mark está pasando ahora por lo mismo. Supongo que estás al tanto de la historia. Nunca hemos podido ocultarte nada.

—Ojalá le salga bien. Y ojalá pueda contar siempre con unos hermanos que hacen la mayor estupidez de su vida por él.

—¿Ya no estás enfadada?

—No. Tuve tanto miedo en los primeros momentos a que hubierais tenido algún accidente, a que os hubiera pasado algo... Ahora, en el fondo, y júrame que esto no va a llegar a oídos de tus hermanos... Estoy orgullosa de que lo hicierais.

—¿Orgullosa?

—Tú eres el único de mis hijos que sabe lo que es ser padre. Esta noche me habéis demostrado que, el día que tu padre y yo no estemos aquí, cuidareis unos de los otros tanto o más de lo que lo haríamos nosotros. —La perfecta fachada aristocrática de Vivian Sullivan mostró una pequeña grieta en forma de lágrima—. Haces un trabajo magnífico con Katie, por cierto.

—Mamá... —Parker se acercó a abrazar a su madre—. Te prometo que esto quedará entre nosotros. Los gemelos aún no han recibido sus collejas, y yo me muero por verlas.

—No tengas dudas de que se las daré.

—Cuando los tengas delante, — Parker le guiñó un ojo a su madre—, pídeles que te enseñen la ese de Superman.

—¿Cómo dices?

—Tú diles eso, tal cual, y ya verás —finalizó Parker con una sonrisa que marcó sus hoyuelos asimétricos.

—Hay algo más que quiero decirte, y te prometo que ya te dejo subir a ver a Amy. —Vivian hizo una pausa y acarició con cariño la mejilla de su hijo menor.

—Tú dirás.

—¿Es cierto que no le regalaste a Amy un anillo de compromiso?

—Oh, mamá, no empieces con el protocolo de nuevo, por favor.

—Parker, ¿puedes responder a mi pregunta?

—No. No le regalé un anillo. Más que nada porque le pedí que se casara conmigo en plena calle, en un arrebato que no tenía planeado, pero que ha resultado ser la mejor idea que he tenido en mi vida.

—Quiero que le des esto. —Vivian Sullivan se sacó, con evidente dificultad, un anillo del dedo anular de su mano izquierda.

—Pero, mamá... este es...

—Es el anillo de compromiso de tu abuela. Lleva en la familia York cinco o seis generaciones. No me lo he sacado desde el día que ella murió. Hoy he visto cuánto te quiere esa chica, y este

anillo solo puede llevarlo alguien que quiera así a mi hijo. Además, es la forma de asegurarme de que en el futuro sea para mi nieta mayor.

—Mamá... —Parker se apartó las lágrimas con la palma de la mano y volvió a abrazar a su madre.

—Ve con ella, anda. Y haz lo que sea para que te perdone. Nunca vas a encontrar a una chica mejor.

—Lo sé. Lo tengo claro. —Le dio un beso rápido en la mejilla a su madre y se dio la vuelta antes de abandonar el despacho—. Muchas gracias, mamá. Por todo. Hasta por volverme loco esta semana.

Parker subió las escaleras de madera de tres en tres y se plantó en un

segundo frente a la puerta de su cuarto. Por primera vez en su vida, llamó con los nudillos antes de entrar, aunque no esperó respuesta. Lo que encontró cuando entró en la habitación hizo que su alegría por la conversación con su madre se pinchara como un globo contra un alfiler. Amy se había quedado dormida, con los ojos llorosos y un buen puñado de pañuelos de papel a su alrededor.

—Amy, mi vida... —La despertó con una caricia en el brazo.

—Hola, Parker.

—No sé ni cómo empezar a pedirte perdón. ¿Te ha contado alguien lo que ha ocurrido?

—Fuisteis a ayudar a Mark con

Alice, ¿no?

—Sí. Hemos estado en Los Ángeles.

—Eso hemos imaginado cuando la hemos visto.

—Amy, lo siento. Te pediré perdón un millón de veces si hace falta. Siento haberte estropeado el día, siento haberte hecho llorar... Siento tantas cosas que me estoy muriendo de pena, te lo juro.

—Creí que te habías marchado, Park. Creí que me habías dejado. — Amy volvió a estallar en sollozos al recordar la angustia que la había invadido durante aquellas horas infernales.

—Dios mío, Amy. ¿Cómo iba a dejarte? Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, lo que más quiero, el motivo

por el que me levanto cada mañana. Me moriría sin ti. En serio, no es una frase hecha. Se me pararía el corazón.

—He pasado mucho miedo, Parker. Muchísimo. Creí que te habías arrepentido de este amago de familia que formamos.

—Amy. —Parker se sacó las zapatillas, se despojó de los pantalones y se metió junto a ella en la cama. Su rictus era serio, pero empezó a acariciar la cara de su futura esposa—. No vuelvas a decir que somos un amago de familia. Somos una familia, así, a secas. Katie, tú y yo. Desde hace un año y medio, no he tenido nunca ni una mínima duda de que mi lugar está junto a mi mujer y mi hija.

—Oh, Dios, Parker, ven aquí. — Amy apartó de un manotazo la sábana que lo cubría y se abrazó a él con una fuerza que a él le hizo daño. El mejor daño del mundo—. No me sueltes, por favor.

—Shhhh, tranquila, cariño. Deja de llorar. No llores más, por favor, porque me matas. —Parker la acunó contra él unos segundos y, a continuación, le dio un beso suave que, como solía ocurrir entre ellos, pronto cogió temperatura—. Sabes a tabaco.

—Por culpa de cierto novio a la fuga, he estado fumando toda la mañana.

—No tienes que justificarte. Ya sabes que sois mis dos vicios favoritos.

—Eres un adúlador. —Amy se giró

hacia el reloj de la mesilla—. Deberíamos empezar a arreglarnos.

—No. Yo voy a dormir un par de horas o llegaré cadáver al altar. Y, además, tengo algo que pedirte.

—¿Crees que estás en posición de pedirme algo tú a mí, Parker Sullivan?

—No, tienes toda la razón. No estoy en la posición adecuada. —Parker se bajó de la cama, la rodeó hasta quedar al lado de Amy e hincó la rodilla derecha en el suelo de madera—. Amy Louise Morgan, mi vida no tiene ningún sentido sin ti, ¿quieres casarte conmigo?

—Parker... —Amy vio cómo Parker abría su mano derecha y le mostraba el anillo de platino y brillantes—. Sí, claro que sí.

—Mi madre me ha regalado este anillo hace un rato. —Parker hablaba mientras deslizaba el anillo por el dedo anular de Amy—. Por eso he tardado un poco en subir. Me ha hecho prometer que algún día será para Katie.

Amy no fue capaz de articular palabra y derramó las primeras lágrimas de alegría del día. Besó a Parker y lo abrazó, sabiendo que él nunca, jamás, la soltaría.



Preston encontró a Lisa llorando en su dormitorio. No era un llanto pausado, sino que grandes lagrimones atravesaban su cara, que el sol había vuelto algo pecosa, y la respiración entrecortada se llevaba su aliento. Preston se asustó, no

tanto por el hecho de que nunca había visto a Lisa en aquel estado como por su miedo a no saber lidiar con la situación. Las bromas, la fingida prepotencia y los discursos de político truncado no tenían cabida en aquel momento.

—Es el embarazo, joder, no pongas esa cara de pánico.

—Lis... —Preston se acercó a ella con una sonrisa en la cara.

—Es una auténtica lástima que vivamos en esta época de corrección política. El disgusto se me habría pasado rapidísimo dándote un buen bofetón en medio de esa cara que tienes.

—Dámelo ahora, si con eso consigo que me perdones —dijo Preston, en tono de broma, aunque hasta él sabía que

hablaba muy en serio.

—No estoy enfadada contigo.

—¿En serio?

—No. Hiciste lo que tenías que hacer. Yo habría hecho lo mismo por Emily.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso.

—Estaba preocupadísima, Preston. Primero pensé que te podía haber pasado algo y me aterroricé. ¿Te puedo decir una cosa y me prometes que no te enfadarás?

—Claro. No creo que hoy pueda enfadarme contigo.

—Yo no sabía cuánto te quería hasta que me planteé la posibilidad de que hubieras tenido un accidente o algo

peor. Sabía que estaba enamorada de ti, y todo eso, ¿sabes? Pero no era consciente de hasta qué punto... de hasta qué punto te quiero.

—Yo estoy más loco por ti cada día que pasa, Lisa.

—Hay más... Cuando tu padre nos dijo que no había noticia de que hubiera ocurrido nada malo, reconozco que en parte pensaba que Parker se había acojonado. Tenía que pensarlo porque la otra única opción que me venía a la cabeza es que el embarazo te hubiera venido grande, que vieras cuántas cosas te vas a perder por culpa de esto...

—No sigas hablando, Lis. — Preston se puso más serio de lo que había estado en toda su vida—. Esta

noche he tenido mucho tiempo para pensar. Sí, ha sido todo una locura. Hemos atravesado un buen trozo de país en busca de Mark. Pero también he visto lo que es una familia. Te sonará estúpido porque los Sullivan nos comportamos como una familia de locos casi todo el tiempo, pero nunca había dedicado demasiado tiempo a pensar en los lazos de sangre. Me he pasado la vida queriendo jugar al fútbol, ser abogado en Europa, llegar al Congreso... Y no ha sido hasta que ha pasado esto cuando me he dado cuenta de que lo que de verdad quiero es formar mi propia familia. Y tú eres mi familia, Lisa. Tú y el bebé que vamos a tener.

—Joder, Preston, deberías mandarme a la mierda y volver a la política. Eres un dios de los discursos.

—Lo sé. Y, ahora, ¿crees que podrías darme un poquito de amor antes de bajar a ver a mi madre y convencerla de que debo dormir un rato antes de la boda?

||

—¿Vas a matarme? —Travis abrió la puerta del dormitorio de invitados con los ojos entornados y toda la prudencia que fue capaz de encontrar.

—Pasa, anda. Ven aquí. —Emily estaba radiante, sentada ante el viejo escritorio de Travis, sobre el que reposaba un espejo improvisado. Se estaba aplicando una crema en la cara y

se giró para mirarlo de frente—. ¿Tanto miedo me tienes?

—Un poco. La he cagado esta noche, ¿no?

—Bueno, digamos que no ha sido tu mejor partido.

—¿Estás muy enfadada? Amy y Lisa parecían a punto de matar a Parker y a Preston.

—No. En realidad, no. Estuve preocupada en un primer momento, pero cuando supimos que no había habido ningún accidente por la zona, ya me quedé tranquila.

—Me alegro.

—Sí, alégrate. Si yo también hubiera entrado en barrena, como Amy y Lisa, tus padres habrían tenido que

encerrarnos en las cuadras.

—¿Lisa también?

—A las dos les entró la paranoia de que las habían abandonado. —Emily puso los ojos en blanco—. Que si Preston se habría agobiado con el embarazo, que si a Parker le habría entrado miedo con la boda... Bobadas.

—No sé si alegrarme o enfadarme con que tú estuvieras tan despreocupada.

—Pues yo me alegraría. Te vas a casar con una mujer que no tiene ninguna duda de tu amor por ella.

—No debes tenerlo. Te quiero como un puto imbécil y veo que lo sabes.

—Y yo a ti, Trav. Conocerte fue el golpe de suerte definitivo de mi vida.

—Ven a la cama y dame un beso. Te he echado mucho de menos esta noche.

—Vamos a dejar el melodrama para los imbéciles de tus hermanos. Supongo que querrás dormir un rato, así que tendrás que ser rápido, Travis Sullivan —dijo Emily, lanzando sobre su cabeza la poca ropa que llevaba.

||

Cuando Alice y Mark se vieron a solas en el estudio de la buhardilla, el silencio se apoderó de ellos. Desde el momento en que se habían encontrado ante la puerta de aquella mansión de Los Ángeles, no habían dejado de conversar. El viaje en coche, pese a la tensión por llegar a tiempo, se les había hecho corto. Se habían puesto al día de los

miles de detalles que aún desconocían de la vida del otro, como si quisieran recuperar los años que no habían compartido. Pero, al entrar en aquel cuarto, fueron conscientes de que ya no había lugar para más conversación.

—Ven aquí, por Dios —le susurró Mark, casi con desesperación, tirando de la mano de ella con fuerza.

—Mark, tu familia...

—Mis padres nunca suben aquí. Solo mis hermanos, y apostaría a que ellos también traían esto en mente.

—Estamos locos, Mark. Esta es la mayor locura que he hecho en toda mi vida.

—¿Y qué? Estemos locos. ¿A quién le importa? —dijo él, levantando el bajo

de la camiseta que Alice se había puesto con premura antes de salir de viaje.

—¿Sabes que yo ya estaba invitada a esta boda mucho antes de que aparecieras?

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no pensabas venir?

—Amy me invitó cuando estuvieron las chicas en Los Ángeles. Pero no me pareció apropiado. Pensé que... pensé que te molestaría.

—¿Molestarme? ¿Tú? —Mark detuvo su maniobra de despojar a Alice de toda prenda para cabecear incrédulo.

—Siempre he pensado que tú solo querías sexo. Y yo... me temo que yo empecé a sentir algo bastante más fuerte que eso.

—Me parece que ese *algo* al que no le estás poniendo nombre lo siento yo desde el día que te conocí. ¿De verdad no te diste cuenta en todas nuestras conversaciones de que me estaba enamorando de ti?

—No. Te dije que sentía cosas y tu respuesta fue «¿Te crees que no lo sé?» —le reprochó Alice con una media sonrisa.

—Por Dios santo, Alice. En primer lugar, eso fue en medio de una sesión de sexo telefónico. Y, en segundo, lo que pretendía decir con eso era algo así como «¿Te crees que no sé lo que se siente, que no siento lo mismo?».

—Debes de haber sido un abogado excelente.

—Pues aún tengo más alegatos, señoría. Por ejemplo, que te dije que te quería. Y tú lo achacas a la dicha postcoital.

—¿Lo decías en serio? ¿De verdad?

—Alice, mírame. —La tomó por el mentón e hizo que enfrentara su mirada de color pardo—. Te quiero.

—Yo también te quiero, Mark. Joder, sí, te quiero.

—Lo achacaré a la dicha precoital. —Mark esbozó una media sonrisa peligrosa, y despojó a Alice de las últimas prendas que vestía—. ¿No crees que deberías quitarme algo de ropa? Llevo siete semanas sin sexo y tengo la sensación de que voy a explotar.

—¿No has estado con nadie

desde...?

—No, Alice. Y te puedo asegurar que no había estado más de dos semanas sin follar desde que estaba en el instituto. Pero, después de ti... para qué iba a estar con otras. Nunca sería lo mismo.

—Oh, Mark. Llévame a la cama de una vez. Hemos esperado demasiado.

||

Cuando Vivian Sullivan había hablado de las peluqueras, el resto de mujeres del rancho habían imaginado que un par de trabajadoras se acercarían a la casa a arreglarles el pelo antes de la boda. Ninguna se había planteado que un camión de tres ejes, con la caja habilitada como peluquería de diseño,

aparcaría en el patio frontal. Cuatro trabajadores se afanaron durante un par de horas en dejarles el pelo, el maquillaje y la manicura perfectos a Michelle, Vivian, Phoebe, Alice, Amy, Lisa, Emily e, incluso, Katie.

Cuando terminaron con ellas, ya solo tenían que vestirse antes de comenzar la ceremonia. Quedaba más o menos una hora y media, así que Vivian se adelantó para despertar a Mark. Como padrinos de la ceremonia, ellos recibirían a los invitados en la puerta del rancho, donde unos autobuses contratados para la ocasión los dejarían después de trasladarlos desde el centro de Phoenix.

Katie corrió al encuentro de Parker,

que descansaba en el balancín del porche trasero con una Budweiser en una mano y un cigarrillo en la otra. Vivian sonrió al verlos acurrucados contra los cojines laterales, en una postura en la que ella misma había pasado muchas horas de verano junto a sus hijos, cuando eran pequeños.

—No fumes delante de la niña, Parker.

—Es solo hoy, mamá. Estoy histérico.

—Pues no tienes por qué. Todo lo que podía salir mal ya salió mal. — Amy, Lisa y Emily se unieron a ellos y sonrieron ante el comentario de su suegra—. De lo que queda por delante me he encargado yo, así que no tienes

nada que temer.

—¿Por qué estáis todas tan enfadadas con Parker? —preguntó Katie, abrazada a su cintura.

—Eres muy pequeña para entenderlo. Pero no te preocupes, Katie, —le dijo Lisa—, vas a escuchar esa anécdota el día de Navidad el resto de tu vida.

—¿Es porque se fueron a Los Ángeles a buscar a la chica del pelo rosa?

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Porque los oí hablar ayer por la noche. Decían que Mark se había marchado y que iban a buscarlo.

—Oh, Dios mío. —Amy se tapó la cara, ocultando una sonrisa.

—Así que tuvimos la respuesta en casa durante todo el tiempo que estuvimos volviéndonos locas.

—Katie, cariño, —volvió a la carga su madre—, ¿por qué no dijiste nada? Tú sabías que Parker no estaba.

—¡Porque era un secreto! Y Parker me hizo prometer que no volvería a contar las cosas que escucho a escondidas.

—Pero Katie... —A Parker le dio la risa y todos, menos la niña, se contagiaron.

—Los mayores sois muy complicados de entender. —Katie se levantó y se marchó hacia su habitación indignada.

Emily se mordía el labio, nerviosa. Lisa y ella se vestían en el dormitorio de invitados en el que, en teoría, llevaban toda la semana durmiendo. Emily había tenido miles de dudas sobre el vestido de dama de honor. Hacía años, ocho para ser exactos, que no se ponía un vestido o una falda. Al final, Amy había elegido para Lisa y para ella unos preciosos vestidos en color lavanda. El de Lisa, con escote *halter* y espalda al aire. El de ella, con un solo tirante y la tela drapeada sobre su pecho. La falda de ambos vestidos caía en picos asimétricos hasta casi los tobillos, y Emily sospechaba que había sido una deferencia de Amy hacia ella y sus cicatrices. Se había atrevido, también

por primera vez desde su accidente, a calzarse unas sandalias de tacón, aunque considerablemente más bajo que el que llevaría Lisa. Había conseguido que la peluquera que le habían asignado comprendiera la idea de recogido flojo que ella tenía en mente y mechones de su pelo rubio enmarcaban ahora su cara.

—Nos han maquillado fatal, ¿no?

—Parecemos unas zorras —
confirmó Lisa.

—Trae esa toallita, a ver si podemos solucionarlo.

—Travis se va a caer de culo cuando te vea. Estás espectacular.

—¡Pues anda que tú! Preston debe de estar preguntándose dónde ha ido a parar la chica de las sudaderas y la

ortodoncia, que hace mucho que no la ve.

—¿Has castigado mucho a Travis por la escapada?

—Si a echar dos polvos le llamas castigo...

—Qué cerda. Yo lloré como una desgraciada. Este embarazo está acabando con mi imagen de chica dura.

—¿Y qué hizo él? —preguntó Emily, pasando una brocha de maquillaje por la frente de su amiga.

—Se asustó. Me pidió perdón, me hizo un discurso romántico de los suyos y...

—Y te folló como solo un Sullivan puede hacerlo.

—Exacto. —Ambas se rieron—.

¿Vamos?

—Sí. Acompáñame, por Dios. Ha llegado el horrible momento de que mi madre conozca a los Sullivan.

Travis llamó en ese momento a la puerta, para informarlas de que el autobús en el que llegaban la madre de Emily y su marido estaba entrando ya en la finca. Incluso Lisa se dio cuenta de que a Travis le costó tragar saliva cuando abrió y vio a Emily con aquel aspecto.

—Dios mío, nena... Estás increíble.
—Travis se acercó a ella en dos largas zancadas y la besó en los labios con fruición.

—¡Eh, Travis! Le vas a joder el maquillaje que llevo media hora

currándome.

—Cierra el pico, Lisa —le respondió él, acercando a Emily hacia él con un nada sutil empujón en su culo.

—Vamos, Trav, tenemos que... ¡Joder! —Cuando Preston vio el aspecto de su novia, se quedó sin habla, quizá por primera vez en su vida—. Ven aquí, Lisa. Estás impresionante.

—Tenemos que bajar —recordó Emily.

—Que le den por el culo a Parker. Quedémonos aquí a echar un polvo. Las camas gemelas tienen grandes posibilidades, os lo puedo asegurar —bromeó (o quizá no) Preston, ganándose un manotazo de Lisa en plena cara.

—Ese comentario ha sido

demasiado sórdido incluso para ti, Preston —le dijo Travis—. Vamos a conocer a la madre de Emily. ¿Os venís?

—No, gracias. Yo ya tengo mis propios suegros, que cada uno cargue con los suyos.

||

Eleanor Sanders descendió del autobús con el ceño fruncido. Ver a su hija Emily al pie de las escaleras le hizo relajar un poco el gesto, y se volvió hacia su marido con una sonrisa.

—Emily, cariño, estás preciosa. — Eleanor la abrazó con fuerza. La visita de unos días antes se le había hecho demasiado corta, y la ausencia de Emily durante meses, demasiado larga.

—Hola, mamá. —Emily, como solía

ocurrirle, se emocionó con el gesto de su madre—. Ven, quiero presentarte a Travis. Hola, Paul. Ven tú también con nosotras.

—Claro, Em. —Paul, su padrastro, siempre había sido una figura amable en aquellas visitas a Phoenix que Emily odiaba—. Tiene razón tu madre, estás guapísima.

—Mamá, Paul, este es Travis. Trav, mi madre, Eleanor, y su marido, Paul.

—Encantado de conocerlos. — Travis se secó la mano con disimulo en la pernera de su pantalón, antes de estrechar con fuerza las del matrimonio —. Si vienen conmigo hasta la casa, les presentaré al resto de la familia.

—Tutéame, por favor, Travis. —

Paul rompió la tensión latente. Su mujer guardó silencio.

—Claro, Paul.

—Supongo que ahora mismo la casa será una locura de última hora. Vamos a ir sentándonos y ya conoceremos a todo el mundo después —dijo Eleanor, sin borrar su rictus serio—. ¡Emily, hija! ¿Esos zapatos?

—¿Qué les pasa, mamá? —preguntó Emily, con actitud retadora.

—Tienen un poco de tacón, cariño. Puedes hacerte daño. ¿Por qué no te pones unas zapatillas más cómodas?

—Pero, ¿tú has visto el vestido que llevo? ¿Te parece que me lo voy a poner con unas zapatillas de *running*?

—Si la otra opción es que te hagas

daño en las piernas, sin duda.

—No me voy a hacer daño, mamá. ¿Crees que soy imbécil? —Emily elevó el tono—. ¿Podrías hoy, por favor, dejar el drama aparcado?

—Por supuesto, hija, como tú digas —respondió, sarcástica, Eleanor, girándose hacia el acceso a la zona donde se iba a celebrar la boda.

Travis tomó a Emily del brazo y se lo apretó con fuerza, en un gesto silencioso de ánimo que ella agradeció. Preston, Lisa y Alice fueron a su encuentro, ya preparados para comenzar el desfile nupcial. Dan, Phoebe y Patrick salieron de la vivienda junto al matrimonio Sullivan, y todos se miraron con gestos entre la ilusión y el

nerviosismo. Mark bajó corriendo las escaleras de la casa y besó con brevedad a Alice. Ella se ruborizó, todavía desacostumbrada a su nuevo estatus sentimental.

—¿Cómo está el novio? —preguntó Preston, con una media sonrisa.

—Histórico. Tardaré un par de años en sacar el olor a tabaco de la buhardilla.

—¿Está guapo? —preguntó Emily, burlona.

—Muy guapo. Es un Sullivan, ¿no? —respondió Mark, abrazando a Alice por detrás y levantando las cejas en dirección a ella.

—Chicas, ¿podéis subir a por Katie?

—Claro.

Emily y Lisa ahogaron un suspiro y puede que hasta una lágrima, cuando abrieron la puerta del dormitorio de Parker y vieron a Michelle dando los últimos retoques al vestido de novia de su hija. Michelle había tenido que ahorrar hasta el último centavo de sus dos exiguos sueldos para concederse el capricho de regalarle a su hija aquel precioso diseño de Vera Wang con cuerpo de encaje y falda de tul en color blanco roto. Con escote en pico y pequeños bordados en las mangas, realzaba el cuerpo espectacular de Amy más de lo que ella misma nunca imaginó que lo hiciera. Llevaba su largo pelo rubio liso y suelto, con las puntas un

poco onduladas. Justo en el momento en que Emily y Lisa hicieron aparición, Michelle se afanaba en colocar un largo velo sobre su cabeza. A su lado, Katie, vestida con un vestido rosa palo con falda de bailarina y su rizado pelo negro recogido hacia atrás con una cinta blanca, estaba incluso más radiante que su madre.

—¡Katie! Estás guapísima.

—Sí que lo estoy —afirmó ella, asintiendo convencida, lo que hizo reír a todas.

—Dios, Amy. ¡Estás impresionante!

—¿Sí, verdad? —preguntó ella, emocionada.

—Parker se va a caer de culo.

—¿Cómo está? ¿Lo habéis visto?

—Solo lo ha visto Mark, y nos ha dicho que está muy guapo y muy tranquilo.

—Estoy casi segura de que una de esas cosas es cierta, y la otra, falsa.

—Vaaale. Nos ha dicho que está muy feo, pero muy tranquilo.

—Qué idiotas sois.

—Parker no puede estar feo —Katie defendió a su persona favorita del mundo.

—¿Vamos?

—Sí. ¡Ay, Dios! ¡Qué nervios!

||

No podía negarse que la empresa de decoración había hecho un buen trabajo. Las dos carpas paralelas en las que se desarrollaría el convite posterior a la

ceremonia religiosa acogían a la mayor parte de los invitados. En el espacio que quedaba entre ellas, se celebraría el rito matrimonial. A ambos lados del pasillo, se habían habilitado mullidas sillas blancas, que contrastaban con la tonalidad general de la decoración, en verde y lavanda. Desde ellas, seguirían la ceremonia los invitados más cercanos.

Vivian y Michelle ya estaban en sus respectivos asientos, y Mark ocupando su lugar en el altar cuando Parker Sullivan enfiló el pasillo. Un complicado juego de elementos decorativos hacía que los invitados no vieran a las personas que accedían a la ceremonia hasta que estaban ya en el

comienzo del corredor. Muy pocas mujeres de las presentes en aquella boda se libraron de contener el aliento en el momento en que Parker comenzó a caminar, con paso firme, aunque con una media sonrisa tímida. Levantó la cabeza y vio a Mark sonreírle, como queriendo infundirle una tranquilidad que él, sin duda, no encontraba. Estaba guapo, muy guapo. Vestía un traje negro de dos piezas, hecho a medida —una pequeña concesión a su madre—, con una sencilla camisa blanca y una fina corbata negra. Si se aguzaba bien la vista, y, sin ninguna duda, la mayoría de las mujeres presentes lo estaban haciendo, se podían adivinar los tatuajes de su pecho alrededor de la corbata, tal como había

intuido su madre que ocurriría. Estiró las palmas de sus manos en el momento en que se dio cuenta de que estaba abriéndolas y cerrándolas con nerviosismo desde el comienzo de su desfile nupcial. Cuando llegó junto a Mark, su hermano lo recibió con una palmada tranquilizadora en la espalda.

Si las mujeres, o cualquier amante de la belleza masculina en general, creían que habría un momento de tregua tras la entrada del novio, estaban muy equivocadas. Travis, primero, y Preston, casi de forma inmediata, acompañados por unas radiantes Emily y Lisa, irrumpieron en el salón con unas sonrisas que derritieron los corazones que no se habían fundido bajo el sol de

Arizona. Las chicas se situaron a la derecha del improvisado altar, con sus vestidos casi idénticos. Los gemelos ocuparon su lugar detrás de Mark.

—Estás guapo, enano —le susurró Preston al pasar a su lado.

—Tú tampoco estás mal, marica —le respondió su hermano, en tono un poco más alto de lo deseable. Se escucharon algunas risas en la primera fila.

—¿Os han perdonado las chicas? —preguntó Mark a los gemelos.

—A mí, sí —respondió Travis con una sonrisa socarrona—. Dos veces.

—Bien hecho. ¿Preston?

—También he cumplido. —Preston se interrumpió cuando el pastor tosió de

forma ruidosa y les dirigió una severa mirada que les dejó muy claro que no estaban siendo todo lo discretos que creían.

La música cambió, y todos dirigieron la mirada al lugar por el que entraba Katie, muy concentrada en su tarea como niña de las flores. Con una pequeña cesta de mimbre blanca, llena de pétalos de flores en diferentes tonos de rosa, caminaba al ritmo exacto que le había indicado su recién estrenada abuela Vivian. Hasta que, en un movimiento involuntario, levantó la cabeza y vio a Parker.

—¡¡Paaaarker!! —chilló, haciendo a todos los presentes dar un respingo, primero, y sonreír después. A

continuación, tiró la cesta y echó a correr, sin que nada ni nadie pudiera detenerla. Solo se detuvo al pie del altar, con la boca abierta de sorpresa, frente a quien ya era, a todos los efectos, su padre—. ¡Estás guapísimo!

La entonación y el volumen de sus palabras fueron tan exagerados que no quedó un solo invitado en la sala sin oírla. Todos estallaron en risas.

—Tú sí que estás guapa, princesa —le respondió Parker, cogiéndola en brazos y depositando un beso sobre aquellos rizos que, por primera vez desde que la conocía, tenían un cierto orden.

Los primeros acordes de la marcha nupcial de la Marcha Nupcial de

Wagner resonaron como si la acústica de aquella pradera arizoniana fuera la de una catedral gótica. Parker se volvió hacia el lugar por donde sabía que estaba a punto de aparecer la mujer de su vida y, en contra de toda lógica, los nervios abandonaron por completo su cuerpo.

—Por ahí va a entrar mamá —le susurró a Katie, estrujándola contra su cuerpo.

La aparición de Amy, del brazo de su suegro, despertó murmullos entre la audiencia. Estaba preciosa, y su sonrisa la delataba como a una persona a punto de cumplir un sueño, pero ella solo tenía ojos para Parker. Notó cómo algo hormigueaba detrás de sus párpados y

tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no llorar. A pocos metros de ella, esperándola para pasar el resto de su vida juntos, estaba el hombre que había cambiado el rumbo de su futuro. El chico tatuado al que conoció en su primer día de clase en la universidad y con el que discutió, se peleó y se desesperó hasta que ambos se rindieron a la evidencia de que no podían vivir el uno sin el otro. El supuesto chico malo que prefería ahora pasar las tardes jugando a las princesas con su hija de seis años que salir de fiesta con sus amigos. Su mejor amigo, su apoyo, su debilidad... el hombre de sus sueños.

Llegaron al altar en un suspiro, y Amy quiso, a la vez, que el tiempo se

detuviera y que corriera lo máximo posible. George abrazó en silencio a su hijo pequeño, y los gemelos esbozaron una sonrisa burlona al detectar cierta humedad en los ojos de su padre. Amy bajó la mirada a sus pies, abrumada por el torrente de emociones que apenas lograba contener.

—Estás perfecta, nena. —Parker depositó un beso en sus labios que hizo cabecear al pastor—. Estás tan guapa que me voy a desmayar.

—Tú sí que estás guapo, Park —le respondió, con voz tímida—. Katie, cariño, tienes que bajar al suelo.

—Déjala. Ella quiere estar aquí, —dijo Parker, señalando con la mirada al hombro sobre el que ella apoyaba la

cabeza—, y yo quiero que esté.

—Mamá parece una princesa. —
Katie, por supuesto, no respetó el tono de susurros de la conversación de sus padres e hizo sonreír de nuevo a los invitados que la escucharon.

El pastor comenzó con las fórmulas habituales en una ceremonia de matrimonio, antes de dar paso a los votos. Parker era bueno con las palabras, muy bueno. No tan experto en discursos como Preston, claro, pero las asignaturas de oratoria en la escuela de Leyes habían sido siempre sus favoritas. Había solucionado el tema de los votos en una tarde ociosa de primavera en Nueva York. Tenía muy claro lo que quería decir y no pensaba permitir que

las palabras supusieran un obstáculo. Los nervios y la emoción del momento ya eran otro asunto, claro.

—Amy Louise Morgan, cuando te conocí, yo creía saber muchas cosas, pero tardé poco tiempo en darme cuenta de que no tenía ni idea de qué iba el mundo. Tú me enseñaste más cosas en cuatro citas improvisadas de las que había aprendido en cuatro años en una de las mejores universidades del país. Me enseñaste que la vida es mejor si la recibes con una sonrisa, incluso aunque no tengas demasiados motivos para sonreír. Me enseñaste que, si tienes un sueño, es tu obligación perseguirlo. Me enseñaste que confiar tus mayores miedos a la persona de la que estás

enamorado puede hacerte más digno de su amor. Me has regalado las dos cosas más importantes que tendré en toda mi vida: tu amor y a Katie. Lo único que puedo prometerte es que dedicaré toda mi vida a ser digno de lo que tú me has dado.

Parker acabó sus votos con apenas un hilo de voz, aunque eso no fue óbice para que todos los presentes escucharan lo que había dicho y que varios pañuelos, empezando por los de las madres de los contrayentes, abandonararan sus bolsos en dirección a sus ojos. Lisa maldijo en silencio a sus hormonas cuando se vio obligada a acercarse hasta su madre para coger el pañuelo que ella le entregaba. Bueno, y también maldijo

un poco a Parker, que le guiñaba un ojo mientras ella volvía a su lugar junto a la novia.

Amy, al contrario que Parker, había tardado meses en escribir sus votos. Estaba tan agradecida a la vida por haber encontrado a una persona como Parker Sullivan con quien compartirla que se sentía incapaz de expresarse con palabras. Había llegado el momento y sabía que la voz le titubearía después de escuchar lo que Parker había dicho.

—Parker Andrew Sullivan, hace un año y medio, ni siquiera soñaba con que alguien como tú se fijara en alguien como yo. Sentía que pertenecíamos a mundos diferentes, y nadie me había explicado que, incluso en universos

paralelos, pueden encontrarse dos almas iguales. Desde el día en que me rendí a la evidencia de que no podía vivir sin ti, has sido mi mejor amigo, mi cómplice, mi apoyo, la persona con la que más he hablado, más he reído, más he llorado y más he amado. Me has dado muchas cosas desde que te conozco, pero la más importante de todas es que te has dado a ti mismo: a mí, como esposo, y a Katie, como padre. Te quiero.

Con las palabras del pastor como telón de fondo y el Canon de Pachelbel como banda sonora, intercambiaron los anillos mirándose a los ojos. Parker demostró no haber dejado del todo de ser el Sullivan rebelde cuando ignoró las últimas palabras del pastor, dejó a

Katie en brazos de Mark y se acercó a Amy con tal intención de besarla que hizo que a ella se le derritieran partes bastante indecorosas de su anatomía. Cuando el pastor, inasequible al desaliento, pronunció el célebre «puedes besar a la novia», la lengua de Parker llevaba ya un buen rato enterrada entre los labios de Amy.

Entre los aplausos de todos los presentes y alguna que otra lágrima derramada, se dirigieron todos a las carpas laterales, en las que se servía ya un cóctel informal. Todo lo informal que Vivian Sullivan había autorizado, claro. Entre Parker y Amy habían conseguido convencerla de que sentar a casi quinientas personas en un día de

asfixiante calor sería una locura. Así que el catering había dispuesto mesas y sillas en una especie de desorden organizado, mientras que la comida se dispondría en dos enormes mesas centrales, una en cada carpa y decenas de camareros recorrerían el espacio sirviendo las bebidas. Una de las grandes ventajas de esa disposición, que Parker y Amy no tardaron en agradecer, fue la posibilidad de pasar el tiempo del día más importante de sus vidas con las personas que eligieran. Y, como era fácil imaginar, esas personas no fueron otras que los hermanos Sullivan y sus parejas.

—Bueno, enano, ya está hecho. ¿Se te han pasado los nervios? —le preguntó

Mark con una sonrisa de oreja a oreja, agarrado de la mano de Alice.

—¿Quién te ha dicho a ti que estaba nervioso? —le respondió burlón.

—¿Preparados para ser los siguientes, chicos? —Preston se dirigió a su hermano gemelo y a Emily.

—¡Huy! De eso empezaremos a hablar mañana. Déjame respirar hoy. —Emily hizo gestos con su mano para apartar la idea de una organización de boda en la que prefería no pensar por el momento—. Además, aún no he tenido valor para comentárselo a mi madre.

—Pues quizá este sea el momento ideal. Viene hacia aquí.

—Mierda —susurró Emily, aunque todos los presentes la escucharon. Por

suerte, su madre no lo hizo.

—Hola, mamá. Deja que te presente a los hermanos de Travis. —Lisa fue consciente del temblor en la voz de su mejor amiga—. Estos son Mark, Preston y Parker.

Eleanor estrechó con frialdad la mano de los dos mayores e ignoró a Parker, que hizo descender su brazo poco a poco, avergonzado.

—¡Mamá!

—Hija, venía a decirte que nosotros ya nos marchamos.

—¿Tan pronto? Todavía quedan los discursos y el brindis —trató de convencerla Travis.

—Eleanor. ¿Cómo estás? —Patrick se aproximó a su exmujer y la besó con

brevedad en la mejilla. Su relación siempre había sido buena, pero en ese momento se encontraba muy enfadado por lo que acababa de escuchar. Había compartido unos cuantos días con los hermanos Sullivan y, aunque nunca podría olvidar el sufrimiento de su hija en el pasado, le quedaban pocas dudas de que eran unos buenos chicos. Incluso Travis, al que había observado con lupa, no le había dado más motivos para juzgarlo que su famosa escapada nocturna junto a sus hermanos. Y, por ella, ya había tenido que rendir cuentas ante mucha gente.

—Hola, Patrick. Le decía a Emily...

—Ya he escuchado lo que le decías a Emily. Creo que se te ha olvidado

saludar a Parker, ¿me equivoco?

—Patrick, no hagas las cosas más complicadas de lo que ya son, por favor —protestó Eleanor, provocando las miradas de incomodidad del resto de los presentes. Amy agarró con fuerza la mano de Parker, decidida a que nada ni nadie lo dañara de nuevo.

—Eres tú quien hace las cosas complicadas, mamá. Y estoy empezando a hartarme. Te pido por favor que os quedéis hasta el final de la boda. Hay algo que queremos decirnos.

—Di lo que tengas que decir, Emily, pero no nos obligues a quedarnos. Sabía que era una mala idea venir aquí, con las personas que... que hicieron que ahora estés así. No me siento cómoda.

—¿Sabes qué, mamá? Tienes toda la razón. —Señaló a su grupo de amigos, demasiado enfadada como para avergonzarse todavía por el comportamiento de su madre—. Son estas personas las que hicieron que ahora esté así. *Así*. Feliz. Con el amor de mi vida de la mano y rodeada de amigos.

—No sé cómo puedes decir que eres amiga...

—No te atrevas a terminar esa frase. Parker es uno de mis mejores amigos, —Emily lo miró, y él esbozó una breve sonrisa de gratitud en medio de su sonrojo—, y todo lo que teníamos que hablar ya lo hicimos entre él y yo. Si tú quieres seguir pensando que soy una

pobre chica inválida... quizá entonces tengas razón y lo mejor será que te vayas.

—Hija, no entiendes cómo me sentí después del accidente.

—¿Tú? ¿Cómo te sentiste tú? Creo que eres tú la que nunca entendió cómo me sentí yo. Y, por cierto, Travis y yo vamos a casarnos. —Emily levantó su mano derecha y le mostró a su madre el anillo de compromiso. Eleanor contuvo el aliento, y Paul le sonrió a Emily en una mueca avergonzada—. Tienes hasta diciembre para decidir si estás dispuesta a pasar por el mal rato de asistir a una boda con los Sullivan.

—Hija...

—Os acompañaré al autobús.

Todos los presentes guardaron silencio mientras veían a Emily alejarse con su madre y su padrastro. Alice y Patrick los pusieron al corriente de la extraña relación entre ellas, y animaron a Parker, quien, como siempre que se trataba el tema de su accidente, se mostraba sombrío y avergonzado.

—No dejes que esa zorra te amargue el día, Park. —Lisa se acercó a él y lo abrazó con brevedad.

—¡Lisa! —Patrick la reprendió, aunque en su interior comprendía muy bien a la mejor amiga de su hija.

—¡Venga ya! Llevo viendo a Emily llorar por su culpa desde antes incluso del accidente. Es una bruja.

—Bueno, esto solo lo pueden

solucionar unas copas —atajó Preston, indicando a un camarero que en esa pequeña reunión hacía falta mucho alcohol. Todos se dirigieron a la bandeja que portaba; todos excepto Parker, que seguía con la mirada fija en el suelo. Preston aprovechó que los demás estaban distraídos para acercarse a él—. ¿Estás bien, Park?

—No. Odio ese puto tema.

—¡Eh! Mírame. —Parker levantó los ojos hacia su hermano—. Aquello lo hemos olvidado todos. Ya has oído a Emily. Aunque solo sea por ella, vas a sonreír y a animarte, ¿me oyes? —Parker asintió con la cabeza, y Preston lo abrazó. Travis se unió a ellos en silencio.

—Tu chica es fantástica, Trav. Lo sabes, ¿no?

—No tenía ni idea, Parker —ironizó Travis, con una sonrisa cariñosa dirigida a su hermano—. Le puse un anillo en el dedo por pura casualidad.

Emily regresó, la tensión se disipó y todos los invitados dieron cumplida cuenta de las toneladas de comida que se habían dispuesto para ellos. Alice observaba la escena que se desarrollaba a su alrededor con incredulidad. Veinticuatro horas antes, había mantenido sexo telefónico con Mark; veinte horas antes, le había enviado un mensaje rompiendo toda relación entre ellos; once horas antes, él se había presentado en la puerta de su casa de

Los Ángeles; y, en ese momento, no solo sabía que iba a iniciar con él un proyecto personal, profesional o de cualquier tipo, sino que presentía que iba a ser para toda la vida.

—¿En qué piensas? —ronroneó él en su oído.

—¿La verdad? En toda la locura que han sido las últimas horas.

—¿Arrepentida ya?

—No. —Alice borró la sonrisa de su cara y le habló en tono solemne—. Aterrorizada de pensar en lo que me habría perdido si no me hubiera dejado convencer por el insistente Mark Sullivan.

—¿Sabes de qué tengo ganas? —Mark se aproximó más a ella y le

susurró al oído—. De que acabe toda esta mierda y tenerte solo para mí.

—¿Ah, sí? —Alice estrechó sus dedos tras la nuca de Mark—. ¿Y qué tienes en mente?

—Creo que lo primero que haré será deshacerme de este vestido. — Mark sostuvo uno de los tirantes del vestido de Alice con su dedo índice y la apretó contra su erección—. Y, luego, supongo que te follaré hasta que te olvides de tu propio nombre y solo recuerdes el mío porque lleves horas gritándolo.

—Como no os separéis un poco, vas a dar el discurso de padrino con una erección de caballo —les dijo Preston, entre risas, desde su espalda.

—Muy gracioso, Preston. ¿Falta mucho para esa tortura?

—Muchas gracias por llamar tortura al hecho de que te eligiera como padrino, Mark. —Parker se unió a ellos y le ofreció un vaso bien lleno de whisky con hielo a su hermano mayor—. Toma. Esto te ayudará.

—Me lees el pensamiento, enano. —Mark vació su vaso de un solo trago.

—¿Listo?

—¿Ya?

—Sí. Es tu turno de hacer un discurso melodramático en público. Una cosa muy Sullivan.

Los padres, padrinos y damas de honor formaron un pequeño semicírculo en el lugar donde se había celebrado la

ceremonia religiosa y acogieron a Parker, Amy y Katie en medio. George Sullivan golpeó su copa con un tenedor para llamar la atención de los presentes y cedió la palabra a su hijo mayor. Mark carraspeó un par de veces antes de empezar a hablar.

—Buenas tardes a todos. Como muchos de vosotros sabréis, soy el hermano tímido de la familia, así que puede que nunca le perdone a Parker que no eligiera a Preston como padrino. Si fuera él quien diera el discurso, puede que Parker acabase siendo elegido alcalde o algo así. —La mayoría de los presentes esbozaron unas sonrisas que fueron a más cuando vieron a Preston enseñar su dedo corazón a su hermano

mayor. Vivian Sullivan se lo bajó de un manotazo, y Mark continuó con su discurso—. El día que nació Parker, había una tormenta horrible en Phoenix. Yo estaba asustado y corrí buscando a mi madre, pero ella corría más que yo porque, según supe después, Parker había decidido venir al mundo. No estaba previsto hasta un par de semanas más tarde, pero Parker siempre ha hecho las cosas cuando le ha dado la gana. Travis y Preston dormían en sus cunas, algo poco habitual, y nuestros padres se marcharon al hospital dejándonos al cuidado de un par de niñeras. Yo no tenía ni cuatro años y estaba enfadado. No tenía celos, pero estaba harto de aguantar a los gemelos llorando todo el

día, y me horrorizaba pensar en otro bebé en casa. Cuando nuestros padres volvieron con Parker en brazos y lo dejaron en su cuna, me acerqué poco a poco a ver de qué iba aquel asunto. Y allí me quedé, fascinado, durante horas. A mi madre le encanta contar esa anécdota cada Navidad. Cuando nacieron Travis y Preston, yo era demasiado pequeño para acordarme, así que supongo que nunca había visto un bebé. Creo que ese momento es el primer recuerdo real de mi infancia.

»Según fueron pasando los años, descubrí lo complicado que es ser el hermano pequeño. Parker se cayó unas doscientas veces de la bici, empeñado en hacer las mismas animaladas que

hacíamos Travis, Preston y yo. Pero, aunque nosotros le enseñáramos los mejores trucos, fue de él de quien aprendimos que da igual cuantas veces caigas, porque lo importante es cuántas te levantes. Con el paso del tiempo, Parker se convirtió en una especie de dolor de cabeza para todos. Donde había un lío en el que meterse, allí estaba él. Papá, mamá, ahora que es un hombre de bien, quizá os cuente de cuántas cosas me eché la culpa para que no lo castigara. Sé por experiencia que cuando alguien da algunos tumbos en la vida, es porque no ha encontrado su lugar en el mundo. El año que volví de la universidad fue el año anterior a que Parker se fuera. Los gemelos estaban en

Nueva York, y nosotros fuimos casi hijos únicos durante un año. Él tenía dieciocho años, y yo ya tenía veintidós, pero ese año compartimos más cosas de las que nadie sabrá nunca. Los dos estábamos muy jodidos por razones que ahora no vienen al caso. Él se desahogaba contándome lo suyo, y yo, callándome lo mío. Pero los dos estuvimos ahí, el uno para el otro, y sé que lo estaremos siempre. Yo creo que estoy bastante cerca de encontrar mi lugar en el mundo, pero esa es una historia que contaremos en otra ocasión. —Mark localizó a Alice y le sonrió con la mirada fija en sus ojos—. Parker encontró su lugar en el mundo hace algo más de un año. La primera vez que

regresó a casa después de conocer a Amy, supe que daría igual cuántos avatares les presentara la vida: Parker había encontrado su lugar. Hace unos días les dije que, en mi opinión, lo tenían todo. Y es la verdad. No solo se quieren con locura, sino que además son los padres de una niña perfecta. Como siempre decimos, Parker solo sabe hacer las cosas a lo grande. Aún no tiene veinticuatro años y, de repente, está casado y tiene una hija de seis. A mí aún me cuesta creerlo a veces. —Mark tomó aliento y afrontó el final de su discurso—. Dicen que los amigos son la familia que eliges. Yo he tenido la suerte de que los hermanos que me cayeron en suerte sean mis mejores amigos y, si los

hubiera elegido yo, no lo habría hecho tan bien. —Mark tomó la copa de champán que le acercaba su madre y la alzó ante todos los presentes—. Así que permitidme proponer un brindis por el más pequeño de ellos, por la maravillosa mujer con la que ha decidido pasar el resto de su vida y por la familia que han formado. Por Parker, Amy y Katie Sullivan.

Todos los presentes brindaron y, una vez más, se vieron lágrimas de emoción entre ellos. No hubo más discursos, y, tras el brindis y un agradecimiento emocionado a Mark, Parker y Amy se prepararon para el baile. La elección de la canción con la que abrirían su vida de casados fue una

de las pocas parcelas en las que Vivian les había dejado opinar. Así que ellos habían dedicado meses a enfrentar sus muy diferentes gustos musicales hasta llegar a una conclusión que había convencido a ambos. *Bohemian Rhapsody* no era una elección tradicional, desde luego, pero el día que la escucharon versionada por la orquesta que la interpretaba en ese momento, supieron que habían acertado.

Amy condujo a un Parker visiblemente avergonzado al centro de la pista habilitada al efecto. Bailaron durante poco más de un minuto, antes de que él hiciera un gesto a sus hermanos pidiendo un rescate. Nunca le había gustado ser el centro de atención, y

mucho menos en un arte para el que carecía de las habilidades suficientes. Preston no tenía ese problema. Tampoco lo tuvo en quitarles protagonismo a los novios, arrastrando a Lisa por la pista con ese encanto natural que no se avergonzaba en mostrar en público. Travis y Emily se quedaron en un rincón, meciéndose uno en brazos del otro. Mark trataba, entre risas, de convencer a Alice, hasta que ella, al fin, aceptó.

—Me estoy muriendo de vergüenza. Todo el mundo debe de estar preguntándose quién soy.

—No te preocupes por eso. Yo tampoco conozco a casi nadie.

—Tu madre ha flipado con mi

aspecto.

—Es muy probable. Pero tiene ese hijo, —Mark señaló con un gesto a Parker, que se deslizaba hacia los laterales de la pista, tratando de evitar el protagonismo—, así que no se asusta con facilidad.

—Me gusta tu familia, Mark. ¿Vienen mucho por aquí?

—Solo en las vacaciones. No suelen estar por aquí más de una semana de cada vez. No te preocupes, me tendrás casi siempre para ti sola.

—¡No lo preguntaba por eso!

—Mañana dormiremos todos la resaca de la boda, y el lunes ya se va todo el mundo.

—Y el martes empezamos con la

locura del centro de terapia.

—¿Ilusionada?

—Mucho. No te puedes imaginar cuánto tiempo llevaba esperando encontrar un proyecto como este.

—No te puedes imaginar cuánto tiempo llevaba yo esperando encontrar a alguien como tú.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto? —le preguntó, mientras él la deslizaba por la pista entre giros algo teatrales.

—Veintisiete años y medio, más o menos.

—Eso no tiene demasiado mérito. Yo he estado esperando casi treinta y cinco.

—Eso suena jodidamente parecido a una declaración de amor.

—¿Te sorprende? He dejado toda mi vida en *standby* para presentarme delante de tu familia como tu novia oficial.

—No sé... Me he pasado todo este tiempo siendo yo quien te perseguía. Me sorprende verte tan segura.

—No te estarás arrepintiéndote, ¿verdad? —Alice frunció el ceño, y Mark lo acarició con la yema de su dedo hasta hacer desaparecer el gesto.

—Claro que no. No creo que vaya a arrepentirme en toda mi vida.

—Por cierto, en algún momento tendremos que ir a Los Ángeles a recuperar mis cosas. Solo tengo este vestido.

—Seguro que las chicas pueden

prestarte algo para salir del paso. Pero sí, yo también quiero recuperar mi moto.

—Y tendré que ir a Boston a cerrar mi piso y decidir qué hago con él.

—¿Es tuyo?

—Sí, era el piso de mis padres.

—Véndelo. No pienso dejarte escapar de aquí nunca más.

—¿Tú crees que...

—¿Intentas preguntarme si alguien se daría cuenta si desaparecemos? — Mark la miró a los ojos con una media sonrisa burlona y empezó a girar con ella en brazos hacia un extremo de la pista.

—¿No se darán cuenta?

—Claro que se darán cuenta. Pero nadie se va a acercar por la casa en unas

cuantas horas y no pienso desaprovechar la oportunidad —le dijo, mientras abandonaban la carpa y salían a la cálida tarde-noche.

—Esto es precioso, ¿sabes? —Alice giró sobre sí misma para no perderse ningún detalle del que iba a ser su hogar en un futuro que no se atrevía a cuantificar en tiempo.

—Pues espera a ver el valle. Se llega cabalgando unas cuantas horas desde aquí. Es urgente que aprendas a montar. A caballo, me refiero —aclaró, burlón.

—Quizá ya sepa algo. —Alice se ruborizó—. Tomé algunas clases de equitación en Los Ángeles.

—¿En serio?

—Sí. Y también estoy haciendo un curso a distancia de rehabilitación de lesiones medulares a través de equinoterapia.

—¿Y todo eso lo hiciste cuando no querías saber nada más de mí?

—Pillada. —Alice le sonrió, y él le imitó el gesto. Se acercó a ella y la abrazó por detrás, dejando las palmas de sus manos firmes sobre la parte baja del vientre de ella—. Supongo que, en el fondo de mi alma, siempre supe que nos quedaba algo por vivir.

—Alice. —Mark rodeó la vivienda, pero no abrió la puerta. Atrapó a su novia contra la puerta del porche delantero y acarició sus labios con la yema de los dedos—. ¿Crees que es

posible enamorarse de alguien en diecisiete horas?

—Tiene que serlo. Es eso lo que nos pasó, ¿no?

—Es eso lo que me dio tanto miedo. ¿Podrás perdonarme algún día?

—No me vuelvas a pedir perdón, Mark. Estás perdonado.

—¿De verdad?

—Bueno, si quieres, te dejo que te trabajes un poco el perdón —coqueteó ella, sin saber que se estaba lanzando a su propia perdición.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

Mark no habló más. Se limitó a levantar el vestido de Alice por encima de su cintura. Le susurró al oído que

nadie los vería donde estaban, y ella se lanzó a su boca como un náufrago a su única oportunidad.

—Esto va a ser rápido y... duro — le dijo él, desabrochándose el pantalón de su traje a medida. Se sujetó el miembro con la mano derecha, mientras con la izquierda jugaba con los pliegues del sexo de ella. Mostró una sonrisa matadora cuando comprobó hasta qué punto estaba húmeda.

La penetró contra la pared hasta hacerle daño en la espalda, jadeando al ritmo de sus embestidas, fuertes y regulares. Mordió su cuello sin preocuparse de dejarle marcas. Ella clavó sus uñas en la americana de él con tanta ansia que creyó haber desgarrado

la tela. Mark tenía razón. Fue duro, sin duda, y fue rápido. La beso hasta beberse los gritos del orgasmo de ella, y ella acogió en su interior el de él. Tardaron una eternidad en recuperar la respiración y, cuando lo hicieron, supieron que todo aquel que los mirara sabría por sus sonrisas lo que acababa de suceder.

—Voy a tener que ir arriba a recomponerme.

—Sabes que, si vas arriba, te voy a acompañar y va a haber un segundo asalto, ¿no?

Y, por supuesto, así fue.

Cuando Mark y Alice regresaron a la fiesta, la mayoría de invitados de

cierta edad habían decidido marcharse. Los pocos que quedaban ocupaban las mesas y sillas más próximas al fondo de la carpa, mientras que los más jóvenes se movían al ritmo de los temas de *rock* favoritos de Parker, interpretados con dudoso gusto por la orquesta contratada. Mark sonrió al ver a su hermano menor, ya sin americana, con solo un par de botones de la camisa abrochados y con la corbata anudada a la cintura, con un cigarrillo colgando de sus labios, y jaleado por sus antiguos compañeros de fraternidad. Había cosas que era imposible cambiar.

—¿Nos sentamos un rato? Me has dejado agotado, insaciable novia mía.

—Mira quién va a hablar de

insaciables.

—¿Lo estás pasando bien?

—¡Sí! Está siendo una boda genial.

—¿Abuelo? —Mark se giró al sentir una mano posarse sobre su hombro. Se topó de frente con la mirada verde de su anciano abuelo, tan parecida a la de sus tres hermanos menores. Él era el único que había heredado los ojos oscuros de su madre.

—¿Pero de dónde se ha sacado tu madre a tanta gente? He intentado saludarte antes, pero siempre me paraba alguien para hablar de cosas que no me interesan lo más mínimo.

—¡Eres incorregible! —Mark se carcajeó y bajó la mirada al vaso que sostenía su abuelo—. ¿Eso es whisky?

—Por supuesto. *Single malt*, claro. No esa mierda que están bebiendo vuestros amigos.

—¿Te has traído tu propia botella o qué? —Mark sonreía ante la singular personalidad de su abuelo.

—No digas tonterías. Hice que tu padre la encargara a Escocia y se la entregara a un camarero con la orden de que solo me lo sirviera a mí. ¿Quieres probarlo?

—Bueno... no te voy a decir que no a eso.

—Vas a entender lo que es bueno. —Nathaniel Sullivan hizo un discreto gesto a un camarero, y pronto Mark se vio con un vaso de delicioso whisky escocés en las manos—. ¿No me vas a

presentar a tu amiga?

—No es mi amiga, abuelo. Es mi novia, Alice. —Alice se levantó y se dirigió al abuelo de su novio con timidez—. Alice, mi abuelo, Nathaniel Sullivan.

—Encantada, señor Sullivan.

—Jesús, hija. ¿Tienes perforada la lengua?

—Abuelo, —intervino Mark, salvando a Alice de tener que responder a su pregunta—, no seas impertinente.

—Si yo ya no digo nada... Ese descerebrado que finge tocar la guitarra en el aire y que tiene todo el pecho tatuado es mi nieto favorito. Me ha dejado sin posibilidad de juzgar a nadie por su aspecto.

—Así que Parker es tu favorito, ¿eh? —bromeó Mark—. Dios, abuelo, este whisky es increíble.

—Y espera a que tu padre y tu tío desaparezcan de aquí y te enseñe los habanos que me ha conseguido mi contacto en el mercado negro.

—Tengo un abuelo con contactos en el mercado negro. Fantástico. Después la gente se asusta de las cosas que hacemos los jóvenes Sullivan.

—Bueno, entonces, ¿esta chica es tu novia?

—Sí, —reconoció él entre risas—, desde hace unas pocas horas, pero lo es. Y también va a ser mi socia en el rancho. El martes empezaremos a poner todo en marcha.

—De eso quería hablarte. Bueno, no quería hablarte. —Vio a su abuelo hurgar en el bolsillo interior de su americana—. Quería darte esto.

—Pero... —Mark tomó el cheque de doscientos mil dólares que le tendía su abuelo, y Alice le dio un breve beso antes de dirigirse, con discreción, a hablar con las chicas—. Esto es muchísimo dinero.

—Os servirá para empezar. Si necesitas más, no dudes en pedírmelo. Tu padre me ha puesto al corriente de lo que queréis hacer, y me parece una idea excelente.

—Muchísimas gracias, abuelo. —Mark se acercó a él y lo besó en la mejilla.

—Y, ahora, cuéntame. ¿Va en serio lo de Alice?

—Todo lo en serio que puede ir algo que está empezando. Pero... creo que sí. No. Sé que sí. Va muy en serio. Hay muchas posibilidades de que sea la mujer de mi vida.

—Caramba. Jugáis fuerte tus hermanos y tú. Ya era hora de que sentarais la cabeza.

—Me habla de sentar la cabeza un hombre de ochenta y siete años que compra cigarros cubanos ilegales.

—Sí, —Nathaniel se rio a carcajadas y miró con picardía a su nieto mayor—, hablando de eso... Estoy seguro de que tus hermanos y tú tenéis algún lugar donde esconderos a hacer

fechorías. ¿Me lo enseñas y les damos uso?

—Claro —le respondió Mark, uniéndose a las risas.

No habían llegado todavía al porche trasero de la casa cuando se les unió Preston. Aquel porche había sido lugar ocasional de reunión en su adolescencia, aunque, entonces, tenían que ser más discretos y solían escaparse a los establos a urdir sus aventuras. Pero, durante toda esa semana en que los cuatro hermanos habían convivido mientras esperaban la boda de Parker, el porche trasero, con su suelo de teca, su balancín y su escasa iluminación, se había consagrado como el nuevo templo de los hermanos Sullivan.

—¿Qué tramáis, escapándoos al porche con una botella de whisky? —les preguntó Preston, burlón, echando un vistazo a la botella—. De un whisky de puta madre, por cierto.

—Ya tardaba en aparecer el chico de los discursos —comentó su abuelo.

—No me lo vas a perdonar nunca, ¿verdad? —Preston pasó un brazo por el hombro de su abuelo, que se desembarazó de él como de una mosca molesta.

—No creo. Aunque esa chica es guapísima, supongo que te compensa.

—No lo dudes.

—¿Dónde está tu gemelo? Creo que es la primera vez que os veo separados desde que nacisteis.

—¿Me llamabais? —Travis apareció, a la carrera, detrás de ellos.

—Travis se va a escandalizar cuando sepa que vas a beber y a fumar, abuelo.

—No seré yo quien tenga pelotas a echarle una bronca a este hombre — desmintió Travis.

—¿Qué coño pasa aquí? ¿Los casados no tenemos ya derecho a formar parte de estas reuniones? —Parker apareció jadeando junto a ellos, vestido solo con los pantalones del traje. La camisa, la corbata y la americana parecían haber pasado a mejor vida.

—Pensábamos que tendrías dos dedos de frente y estarías disfrutando de la noche de bodas —se burló Preston.

—Ya habrá tiempo. ¿Y ese whisky?

—¿Quieres probarlo? —le ofreció su abuelo.

—¿Te queda claro quién es el favorito, Preston? A nosotros ni nos ha ofrecido.

—Hay para todos, tranquilos —dijo su abuelo, dejándose caer en el balancín. Sus cuatro nietos mayores tomaron asiento a su lado o en el suelo frente a él.

—¿Por qué no dejáis de quejaros por todo y ponéis al abuelo al día de las novedades? —contraatacó Parker, encendiendo un cigarrillo que le supo a gloria, sobre todo porque, en pleno efluvio de amor matrimonial, acababa de prometerle a Amy que dejaría de

fumar en cuanto volvieran a Nueva York.

—¿De que este —señaló a Travis— se va a casar, y este —hizo lo mismo con Preston— va a tener un hijo?

—¿Papá te lo ha contado? —preguntó Mark.

—¿Qué va! A mí ya nadie me cuenta nada. Pero el diamante que lleva esa chica en el dedo casi deslumbra a medio Arizona. ¿Harry Winston, Travis?

—Evidentemente —respondió su nieto con suficiencia.

—Te hemos educado bien. —Nathaniel hizo una pausa para encender, y degustar, su habano. Les ofreció otro a sus nietos, y Mark y Preston aceptaron sin dudarlo—. Y la otra chica, la

pelirroja, no ha probado ni una gota de alcohol en todo el día. Y no creo que Preston se haya enredado con una chica abstemia.

—¿Estás seguro de que no fuiste espía en la guerra? —Preston fue el primero en beber directamente de la botella, e incluso su abuelo acabó imitando el gesto.

—Si os respondiera a esa pregunta, tendría que mataros. —Nathaniel sonrió con superioridad, y todos reconocieron en su gesto el parecido con Preston—. ¿Estáis seguros de las decisiones que habéis tomado?

—Sí —respondieron los gemelos al unísono.

—Bueno, pues confiemos en que no

la hayáis jodido. Por cierto, Parker, esa hija tuya —Parker sonrió orgulloso al escuchar el reconocimiento de su abuelo hacia Katie— es como el mismísimo demonio. Me ha tenido bailando subida a mis pies la mitad de la tarde.

—Y eso que no sabes hasta qué punto ha heredado tus dotes de espía.

—¿Volvemos al salón? Todavía queda una sorpresa para ti, Park —preguntó Preston.

—Qué miedo me dais vosotros dos.

De regreso a la carpa, en la que quedaban los más cercanos y los más jóvenes, Preston pidió permiso a la orquesta para tomar el micrófono.

—Como ya todos sabéis, soy el experto de la familia en discursos

melodramáticos, pero hoy no me voy a extender. Travis y yo hemos preparado una pequeña sorpresa para Parker, así que... mejor dejemos que las imágenes hablen por sí mismas.

Las luces de la carpa disminuyeron de intensidad y un proyector emitió un haz de luz sobre una pantalla improvisada. Las primeras notas de *Brother*, de Alice in Chains, empezaron a sonar, justo en el momento en que la imagen de un bebé, sonrosado y con los labios apretados, aparecía en el centro. A esa le siguieron los mejores recuerdos de las infancias de los hermanos: Parker con un diminuto gorro de Santa Claus en brazos de Mark, con Preston y Travis sentados a sus pies portando unas

diademas de reno; los cuatro hermanos subidos en sendas bicicletas con pose de rebeldes sin causa; Parker y los gemelos en Disneyworld, posando junto a Mickey Mouse, en un viaje que Mark se había perdido por un castigo implacable de su madre; Parker en su primer día de instituto, acompañado por Travis y Preston vestidos con su uniforme de futbolistas; los cuatro hermanos celebrando un cumpleaños de Mark, en la primera noche en que salieron de fiesta juntos; Parker tumbado por primera vez en la camilla de un salón de tatuajes, enseñando a la cámara un diseño tribal en su pecho; Parker y Mark subidos a dos preciosos caballos negros; Parker fumando un cigarrillo,

sentado sobre la moto de Mark; Parker y Amy en la biblioteca de Columbia, discutiendo con las manos, pero sonriéndose con la mirada; Katie sentada sobre los hombros de Parker, frente a la montaña rusa Cyclone de Coney Island; y, por último, los cuatro hermanos, sonrientes y guapísimos, frente a las fuentes del Bellagio, en la única foto de la despedida de solteros en que aparecían todos juntos.

El final de la reproducción y de la canción que la acompañaba marcó, en cierto modo, el final de la celebración. La orquesta siguió interpretando baladas clásicas, pero ya solo quedaban algunas parejas aisladas bailando. Las chicas intercambiaron una significativa y

burlona mirada al percatarse de que una de las parejas la formaban Patrick y Michelle. Los hermanos Sullivan no fueron tan discretos cuando sus ojos recalaron en el curioso dúo que componían Richard Bryant y Lynette Lancaster. Katie dormía sentada en el regazo de su abuela Vivian.

—Ha salido todo muy bien, ¿verdad?

—Ha salido perfecto, mamá —se apresuró a responder Parker, agradecido—. Y es todo mérito tuyo.

—Siento haber estado tan pesada esta semana.

—¿Esta semana, mamá? —se burló Mark—. Has sido pesada los últimos nueve meses.

—O los últimos treinta años — añadió Preston, ganándose una colleja de su padre. La enésima del día, por cierto.

—No seáis gilipollas. Mamá, ahora tiene que prometerme que harás por Travis lo mismo que has hecho por mí —le dijo Parker, agachándose para abrazarla y sacando la lengua a su hermano. Acababa de traspasarle un dolor de cabeza para unos cuantos meses.

—Y tú tienes que prometerme que bailarás esta canción con tu pobre madre —le pidió Vivian, pasándole a Katie a Amy—. Y no me vengas con que no sabes bailar.

—Está bien —aceptó él, tomándola

de la mano y dirigiéndose a la pista.

—Preston, tío... Nosotros éramos los favoritos de mamá. Si ahora ese puesto también lo ocupa Parker, ¿quién nos queda? —protestó Travis con una sonrisa.

—¿No os llega con nosotras? —protestó Lisa, señalando también a Emily.

—Tendremos que conformarnos —respondió Preston, ganándose una mirada de reproche de su novia.

—Míralos. Jackie Kennedy y el último mohicano —comentó Mark, con una sonrisa, observando la extraña pareja que formaban su madre, impecable como a primera hora de la ceremonia y Parker, con su pecho lleno

de tatuajes al aire y su pelo largo despeinado.

Todos sonrieron y emprendieron camino hacia sus habitaciones. George acompañó al abuelo hasta su coche, donde el chófer esperaba para llevarlo de vuelta a Phoenix.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte a dormir aquí, papá?

—Yo no duermo en el campo, hijo. Todavía no sé qué le veis a este lugar.

—Eres imposible. Y no te vayas a creer que no huelo el whisky y el tabaco desde aquí.

—Resérvate tus regañinas para tus hijos, George. Yo hace tiempo que dejé de llevar pantalones cortos.

—Ellos también, me temo.

—Habéis hecho un buen trabajo con ellos.

—Sí, eso parece.

—Cuando tu madre se fue, no pensé que la vida me fuera a dar la oportunidad de ver a mis cuatro nietos mayores felices y asentados.

—Papá... Ni yo mismo pensé que fuera a ver eso en toda mi vida.

—Pero lo están. Parker se ha casado y nos ha dado una bisnieta. Preston va a ser padre pronto, Travis va a casarse y Mark... Mark parece haber encontrado el camino al fin.

—Lo ha encontrado. Esa chica y ese proyecto de negocio son su camino.

—Podemos dar el trabajo por concluido, entonces.

—Supongo que sí. Ha sido duro, pero, al final, ha salido bien.

—Más que bien. Los cuatro chicos Sullivan han encontrado su lugar en el mundo.

EPÍLOGO.

Nueve meses después.

—¿Dónde diablos se han metido Mark y Alice? —preguntó Travis, por enésima vez en las últimas tres horas.

—Travis, por Dios... Hace cinco minutos que han aterrizado. No pueden teletransportarse hasta aquí —trató de tranquilizarlo Emily.

—Además, ¿para qué coño necesitas a Mark? —protestó Parker, fingiendo tranquilidad, pero deslizando su labio inferior con desespero entre sus dientes.

—No sé. Él siempre sabe qué hacer.

—¿Y qué esperas que haga, Trav?

—Se carcajeó Amy—. ¿Entrar con una escopeta de caza y sacar a ese bebé a la fuerza?

—¡Pues alguien tendrá que hacerlo!

¿Cuántas horas lleva de parto?

¿Veintitrés?

—Veintiséis —confirmó Parker.

—Hace horas que Preston no sale de ahí. Empiezo a estar preocupada de verdad —admitió Emily, recostando su cabeza contra el hombro de su marido. Él depositó un beso tranquilizador sobre su coronilla.

—Amy, ¿tu parto fue así? ¿Esto es normal?

—Yo di a luz veinte minutos

después de llegar al hospital. Lo único que ha hecho Katie sin dar problemas en toda su vida fue nacer.

—Hablando del diablo... ¿La recoges tú en el colegio?

—Tengo clase dentro de una hora. ¿No ibas a ir tú?

—Yo no pienso moverme de aquí hasta que nazca el bebé. No vayas a clase, recoge a la enana y veníos para aquí.

—A sus órdenes, señor Sullivan — protestó Amy, con una mueca sarcástica —. Está bien... Yo me encargo.

—¡Hey! —los cuatro se volvieron hacia la puerta de la sala de espera, que se abría en aquellos momentos con un golpe sordo.

—¡Mark! ¡Por fin, tíos!

—Hola a todos —saludó Alice con un gesto de su mano.

—Hola, chicos. —Parker, Amy, Travis y Emily se fueron levantando para saludarlos.

—¿Ha nacido ya? —preguntó Mark, ilusionado.

—¡No, joder! Lleva veintiséis horas ahí dentro.

—Casi veintisiete.

—Pues veintisiete. Y hace como cinco horas que no sabemos nada. Preston tiene el móvil apagado y no ha salido a dar noticias.

—¿Y papá y mamá?

—Mamá en el hotel. No quieras saber dónde está papá.

—Sorprenedme.

—Se ha ido a nuestro despacho, tras unas doscientas ochenta horas de sermón sobre lo irresponsables que somos por cerrar durante dos putos días solo porque uno de nosotros va a ser padre. Esa insignificancia.

—Todos sabemos que es una estrategia para estar lejos de mamá, ¿no?

—Por supuesto. —Travis sonrió—. Por eso se lo permitimos.

—¿Cómo habéis conseguido que mamá volviera al hotel?

—Pregúntaselo a Parker.

—Digamos que le puse algunos tranquilizantes en el café y fue fácil de manejar.

—Bien... Y ahora que tenemos una madre narcotizada, un padre adicto al trabajo y un sobrino que no quiere salir, ¿qué se supone que vamos a hacer?

—Pues... me temo que lo mismo que hemos hecho las últimas veintisiete horas. Esperar —respondió Emily.

Los seis se sentaron en silencio en la lujosa sala de espera privada de la planta cuarta del Lenox Hill. Los padres de Lisa aparecieron unos minutos después, acompañados por Vivian Sullivan, quien, quizá por primera vez, permanecía callada. Eso asustó a los hermanos más de lo que ya lo hacía la prolongada falta de noticias.

—No sé por qué estáis todos tan preocupados. Mark tardó catorce horas

en nacer, y los gemelos, diecisiete.

—¿Y Parker?

—¿Parker? —El menor de los Sullivan levantó la cabeza hacia su madre y esbozó una media sonrisa. Había escuchado esa historia cientos de veces en sus veinticuatro años de vida —. Treinta y una.

—¿Treinta y una horas? —Las mujeres presentes abrieron los ojos como platos, mientras Amy se estremecía y se dirigía a su novio—. Ni siquiera sueñes con dejarme embarazada, Parker. Katie será hija única toda su vida.

—Hablando de Katie...

—Sí. Me voy a recogerla. Llamadme si hay alguna novedad.

—Te acompaño fuera.

—Voy con vosotros —añadió Mark.

Salieron a la fría mañana de marzo.

El Upper East Side bullía de actividad entre taxis amarillos, grupos de adolescentes con uniforme de colegio privado y compras en las tiendas más lujosas del país. Amy y Parker se despidieron con un beso que se prolongó hasta que Mark protestó en voz alta. Amy se marchó, Parker se apoyó en una pared y encendió un cigarrillo. Mark rechazó su invitación muda con un gesto de su mano.

—Te veo muy reformado —se burló Parker—. ¿Qué tal el rancho? Hace siglos que no hablamos.

—No será porque yo no llamo.

¿Dónde te metes, enano?

—En el despacho. De ocho de la mañana a nueve de la noche. No sé cómo aún no me ha dado un infarto.

—¿Te explotan esos dos mamones?

—No tanto como querrían. Ellos también le están dando duro.

—¿Os va bien?

—Nos costó arrancar. Justo ahora han entrado un par de clientes más o menos buenos y nos empezamos a ganar bien la vida.

—Bien hecho, chicos.

—Bueno, ¿y el rancho, qué?

—Genial, Park. Genial. Mejor de lo que nunca imaginamos. Tenemos diez pacientes fijos y bastantes más que vienen varias veces por semana. Casi

todos niños y adolescentes. Es una pasada ver los avances.

—¿Y con Alice?

—Trabajamos juntos, doce o trece horas diarias. Y, cuando el trabajo acaba, nos vamos juntos a casa y estamos solos. Completamente solos, uno con el otro. No nos hemos separado más de tres horas desde el día de tu boda.

—¿Suenas agobiado o son imaginaciones mías?

—Son imaginaciones tuyas. Es maravilloso, Park. Paso veinticuatro horas diarias a su lado y, aun así, la echo de menos cuando va al cuarto de baño. Es perfecto.

—Vaya... —Parker no hizo ningún

ademán de disimular su estupefacción —. Nunca pensé que te oiría decir algo así.

—Lo sé. A veces me cuesta reconocermé en el Mark de los últimos años. Es como... es como si, desde que Alice entró en mi vida, hubiera recuperado a la persona que nunca debí dejar de ser.

—¿Y para cuándo la boda? — preguntó Parker, entre carcajadas, devolviéndole a su hermano parte de las burlas que él había recibido desde que se había convertido en un padre de familia.

—Sí... sobre eso... Quería que fueras el primero en saberlo...

—¡Joder! ¡Era una coña! No me

digas que tú también vas a casarte.

—Digamos que es un anuncio con carácter retroactivo. Hace dos semanas nos cogimos un día libre, nos largamos a Las Vegas y... —Mark levantó la mano derecha y le mostró a Parker un diminuto tatuaje en la parte inferior de su dedo anular, justo encima del lugar donde el dedo se unía a la palma de su mano—. Por supuesto, con esa esposa poco tradicional que tengo, lo de los anillos convencionales estaba descartado.

—Felicidades, tío. —A Parker la sorpresa le impidió hacer algo más que pronunciar la exigua felicitación y dar unas palmadas en la espalda de su hermano—. ¿Piensas decírselo a los demás?

—Sí, pensaba aprovechar estos días que vamos a estar todos juntos.

—Confiado en que el nieto ablande a mamá, ¿no?

—Más o menos. —Mark suspiró y miró a su hermano, que sacaba su paquete de Marlboro Red del bolsillo de su cazadora de cuero—. Dame uno, joder. Se supone que los hermanos mayores debemos ser una mala influencia para los pequeños, no al revés.

—A mí no me culpes de tus vicios. Y déjame aprovechar antes de que llegue Katie. Amy me perdonó que no lo dejara a cambio de que no fume delante de la niña.

—Yo ni lo probaba desde el día de

tu boda —dijo Mark, dando una profunda calada—. Creo que me voy a marear como un crío.

—¿Y por qué esa boda secreta? —preguntó Parker, comido por la curiosidad.

—¿La verdad? No te ofendas, tío, pero me agobió la idea de una boda como la tuya, con quinientos invitados y mamá entrando en barrena.

—¿Ofenderme? Yo estuve a punto de huir varias veces, te lo aseguro.

—Y la boda de Travis fue genial, así que dejó el listón demasiado alto.

Travis y Emily se habían casado tres meses antes en una boda íntima pero que todos recordarían para siempre. Con

poco más de veinte invitados, algunos de los cuales estuvieron a punto de no poder llegar por la severa tormenta de nieve que azotó Manhattan en los días previos, Travis había planificado la boda que Emily siempre había soñado. La ciudad no le había fallado al Sullivan que más la idolatraba, y el sol había decidido salir en el último momento para reflejarse en el blanco manto que cubría Nueva York e iluminar el día más feliz de sus vidas. Emily estaba radiante, con un vestido de manga larga y escote en pico y una capa de piel sintética. Travis estuvo a punto de desmayarse cuando la vio entrar en el Ayuntamiento, donde tuvo lugar la ceremonia civil. Tras escuchar por enésima vez las

protestas de Vivian por no haberse decantado por una boda religiosa, los novios y sus invitados cruzaron el puente de Brooklyn en medio del festivo ambiente navideño para celebrar el banquete en el River Café. Paradójicamente, después de reírse durante meses de Preston, Travis había elegido Brooklyn para festejar su momento de gloria.

—¿Travis lleva así de histérico todo el día? —preguntó Mark con una media sonrisa burlona.

—Todo el día de hoy y todo el día de ayer. Desde el mismo momento en que Preston nos llamó para decirnos que Lisa había roto aguas. Ni siquiera se han

ido a casa a dormir.

—¿Emily también lleva aquí desde ayer?

—Sí. Y no debería. Travis dice que le duele horrores la pierna, pero ella lo niega. Así que me dedico a echarle una Vicodina de vez en cuando en el café.

—¿Te has propuesto drogar a toda la familia?

—Creo que tengo algo de hierba en el coche, si te apetece unirme al club.

—¡Por Dios, Park! Que tú ya eres padre y Preston está a punto.

—Voy a matar a Alice. Tú eras el único hermano que molaba.

—¡Maaaark! —El chillido agudo de Katie cortó las risas de Parker y Mark, que se apresuraron a tirar sus cigarrillos

como dos adolescentes pillados en falta.

—Pero, bueno, señorita, ¿cómo es que has crecido tantísimo? —Katie Sullivan se había convertido en toda una señorita de siete años que aterrorizaba a propios y extraños por igual.

—Ya soy casi tan alta como mamá —le respondió ella, estirándose junto a Amy.

—Como si eso fuera muy difícil... —se burló Parker, encajando con deportividad el codazo que su mujer le asestó en el costado.

Los cuatro —incluso Katie— se quedaron paralizados en el momento en que los móviles de Parker y Mark comenzaron a sonar a la vez y vieron que eran Travis y Alice quienes los

llamaban. Ni siquiera se molestaron en contestar las llamadas y corrieron escaleras arriba hasta llegar casi sin resuello.

Lo que encontraron en la sala de espera amenazó con quitarles la poca respiración que les quedaba. Preston, sentado en una de las butacas del pasillo de la planta de maternidad, permanecía inmóvil con la cabeza enterrada en las palmas de sus manos. Travis, acucillado junto a él, le susurraba algo al oído, mientras Emily se secaba las lágrimas con un pañuelo de papel arrugado entre sus manos. Por un momento, los peores presagios pasaron por las mentes de los recién llegados, hasta que las miradas y sonrisas

tranquilizadoras de Vivian y Alice lograron tranquilizarlos. Emily miró a Mark y a Parker y, con un solo gesto, ellos entendieron que Preston los necesitaba a su lado.

—¿Está todo bien, Preston? —Mark se sorprendió de la profundidad de su propio tono de voz. Necesitaba asegurarse de que no había ocurrido nada grave.

—Es perfecto. Es calvo, y rosa, y tiene un montón de dedos en las manos y en los pies. —Las palabras incoherentes de Preston hicieron sonreír a sus tres hermanos. La tentación de burlarse era enorme, pero decidieron darle una tregua en homenaje a la solemnidad del momento.

—¿Y cuál es el problema entonces?

—Parker no comprendía por qué su hermano no estaba pegado a la cuna de ese bebé como si le hubieran aplicado cola industrial.

—Que no voy a saber hacerlo, chicos. —Preston levantó la cabeza de repente, con los ojos abiertos como platos, hasta casi asustar a los otros tres —. No voy a tener ni puta idea. Me desmayé dos veces en el parto, ¿entendéis? ¡Dos veces! Tuvieron que dejar de atender a Lisa para atenderme a mí.

—Qué marica eres, joder —se quejó Mark, entre risas. La tregua parecía estar llegando a su fin.

—Y ni siquiera me atreví a cogerlo

cuando me lo ofreció la enfermera. Tuve miedo a que se cayera y cargármelo o algo. —Preston seguía hablando, ajeno a las miradas socarronas de sus hermanos. Las lágrimas habían empezado a brotar de repente de sus ojos, y los tres se dieron cuenta de que no habían visto llorar a Preston desde que eran niños.

—Preston, escúchame. —Parker le dio una bofetada suave a su hermano para obligarlo a enfrentar su mirada—. Cuando yo era el tipo más descontrolado de todo el puto Nueva York, me encontré de repente con una niña de cinco años que hablaba de princesas y que solo quería pintarme los tatuajes de rosa. Y yo no tenía ni idea de ser padre ni quería tenerla, pero... míranos ahora.

Y la cago todos los días, ¿sabes? Hacemos burradas que implican ocultarle heridas de guerra a Amy, me pide ayuda con los deberes y me invento la mitad de las cosas porque no tengo ni idea de cómo se hacen y, cada vez que salgo a la escalera de incendios a fumar a escondidas, me pilla de pleno. En eso consiste, tío. En joderla y arreglarlo. Y disfrutarlo. Así que mueve el puto culo y llévanos a conocer a ese crío.

—Y así es como el pequeño Parker se convirtió en el hermano mayor — ironizó Travis, ayudando a su gemelo a incorporarse.

Todos los siguieron de camino a la habitación y se sintieron algo decepcionados al saber que se habían

llevado al bebé para hacerle una revisión. Todo el clan familiar, con la incorporación de último momento de George Sullivan, se reunió en torno a la cama de Lisa, que reía acompañada por sus padres.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Emily, estrechándola sin importarle hacerle daño o no.

—A punto de pedir una ligadura de trompas. Y feliz, claro —respondió ella con una sonrisa—. Es precioso, chicos. Tendremos que esperar a que le crezca el pelo para saber si es Sullivan o Holmes.

—¡Ay, ojalá sea pelirrojo! —dijo Amy en voz alta, haciendo reír a Lisa y a los demás.

Las risas cesaron, convirtiéndose en un silencio reverencial, cuando una enfermera entró en el cuarto con un diminuto bebé en brazos. Se acercó a aquel grupo de visitantes, sin duda demasiado numeroso, y abrió los ojos como platos al encontrarse con un clon del padre de la criatura. Travis levantó las manos desentendiéndose del asunto, lo que provocó las risas de los presentes. Mark señaló a Preston con un gesto de su cabeza, y la enfermera se acercó a él, haciendo un ademán para cederle al niño, lo que hizo que él reculara un poco.

—Preston... —le susurró Travis al oído—. Hazlo. Ya.

Preston alargó los brazos con

torpeza, pero se dejó guiar por su madre y la de Lisa para encontrar la posición correcta. Cuando tuvo a su hijo en brazos y lo miró por primera vez directamente a los ojos, que mantenía cerrados en un sueño tranquilo, supo que su vida no volvería ser la misma. Jamás. Y, contra lo que él mismo habría apostado apenas unos minutos antes, ese pensamiento lo tranquilizó. Exhaló el aire que había estado reteniendo sin ser consciente de ello y miró al grupo de personas que no apartaba la vista de su hijo.

—Familia... —La voz se le entrecortó, y carraspeó para disipar un poco la emoción—. Os presento a George Nathaniel Sullivan Holmes.

Las reacciones variaron del júbilo a la emoción, pasando por los mil elogios y la búsqueda de parecidos. Vivian se acercó a su hijo mayor, que esperaba su turno para coger en brazos a su sobrino, y le dio un beso en la mejilla.

—Bueno, hijo... Con dos de tus hermanos casados y Preston convertido en padre, ya solo falta que tú me des una alegría en forma de boda.

—Sí, mamá. Sobre eso... Creo que va a ser mejor que te sientes.

FIN

AGRADECIMIENTOS

La serie de los hermanos Sullivan comenzó allá por el mes de agosto de 2015, cuando yo aún estaba bajo la tormenta emocional que supuso la publicación de mi primera novela, *Pecado, penitencia y expiación*. Quería experimentar con el *new adult* y escribí un relato de menos de diez mil palabras que parecía destinado a acabar en la carpeta “Proyectos” de mi portátil. La primera persona que lo leyó me animó a publicarlo en Amazon «*a ver qué pasa*». Y pasó que mucha gente, muchísima más

de la que nunca pude imaginar, se puso en contacto conmigo para decirme que ese relato, *Parker y Amy: el pasado presente*, los había dejado con ganas de más. Y, ¿sabéis qué? Yo también me había quedado con ganas de más, de mucho más.

Desde entonces, ha pasado casi medio año y más de ciento diez mil palabras. Han pasado Travis y Emily, Preston y Lisa, Mark y Alice. Han pasado muchas cosas. Y todas y cada una de ellas no habrían sido posibles sin esos mensajes de lectoras que me animaban a continuar con las aventuras de los hermanos Sullivan y sus historias de amor. Por ello, mi primer agradecimiento tiene que ser para todas

esas personas que han leído la serie y se han emocionado, han opinado, han elegido a su hermano favorito, han pedido que la serie terminara con una novela más larga que las anteriores y que lo contara todo... Gracias, sobre todo, a quienes se han tomado unos minutos de su tiempo para hacerme llegar sus opiniones. De todo corazón, muchas gracias.

Escribir los agradecimientos de una novela siempre me ha parecido la hoja en blanco más difícil. No querría olvidarme de nadie, así que vaya por delante mi disculpa si ocurre.

A mi familia y amigos, como siempre, por su apoyo incondicional. No tengo palabras para expresar todo lo que

significa para mí tenerlos a mi lado en esta aventura loca —y solitaria— de escribir. A mi madre, muy especialmente, por no desmayarse cuando me da la locura de dejarlo todo por perseguir un sueño. A mi mayor fan, él ya sabe quién es, porque siempre será la primera persona a la que le envíe mis manuscritos, por muchos avatares que nos presente la vida. Y, con toda mi alma, al *club del manguito*, porque, sin ellas, nada tendría sentido.

A toda esa gente maravillosa que he ido conociendo desde que, hace menos de un año, me embarqué en la locura de escribir. A las blogueras que han escrito sobre mis obras; a las compañeras que me han ayudado, apoyado y animado; a

las *profes* que me han enseñado tantas cosas sobre materias de las que casi ni había oído hablar. A Érika Gael, porque todo lo que escriba tendrá siempre una deuda con ella. Y por esos *whatsapps* a horas intempestivas en los que me responde a dudas ridículas. Y, con mi mayor gratitud, a Altea Morgan, que “desatascó” esta historia a fuerza de *chats* de madrugada.

Sin todos vosotros, Mark y Alice no estarían aquí. Puede que ni siquiera Abril Camino estuviera aquí.

BIOGRAFÍA

Abril Camino nació en A Coruña en 1980. Su pasión por la literatura la llevó a licenciarse en Filología Hispánica e Inglesa, pero no fue suficiente para saciar su ansia por vivir historias ajenas. Devorar libros de forma incansable se convirtió en la mejor opción, pero un día descubrió que crear ella misma a los personajes y las tramas era aún más divertido. Desde entonces, vive pegada a las teclas de su portátil, dando forma a historias que, en muchas ocasiones, toman vida propia y le dan forma a ella.

En la primavera de 2015, publicó su

primera novela, *Pecado, penitencia y expiación*, una historia de amor y superación que se ha convertido en un éxito de ventas y crítica. *Parker y Amy: el pasado presente* fue su primera incursión en el subgénero *new adult*. El éxito de este pequeño relato dio lugar a la serie de los Hermanos Sullivan y sus aventuras en Nueva York. Tras *Travis y Emily: el pasado imperfecto* y *Preston y Lisa: el futuro presente*, llega *Mark y Alice: el futuro perfecto* para cerrar la serie, antes de que la autora se centre en nuevos proyectos que no tardarán en ver la luz.

www.abrilcamino.com

Facebook:
[abrilcamino.official](#)

Twitter: **[@abrilcamino](#)**

[1] Nombre por el que se conoce, de forma genérica, a ocho prestigiosas universidades del noreste de los Estados Unidos: Harvard, Brown, Yale, Columbia, Pennsylvania, Princeton, Cornell y Dartmouth.

[2] Literalmente, en inglés, «la Franja». Principal avenida de Las Vegas, en la que se concentran la mayoría de casinos y hoteles.